

CRÓNICA DE LA "CENA JOCOSA"

2004



Kayser

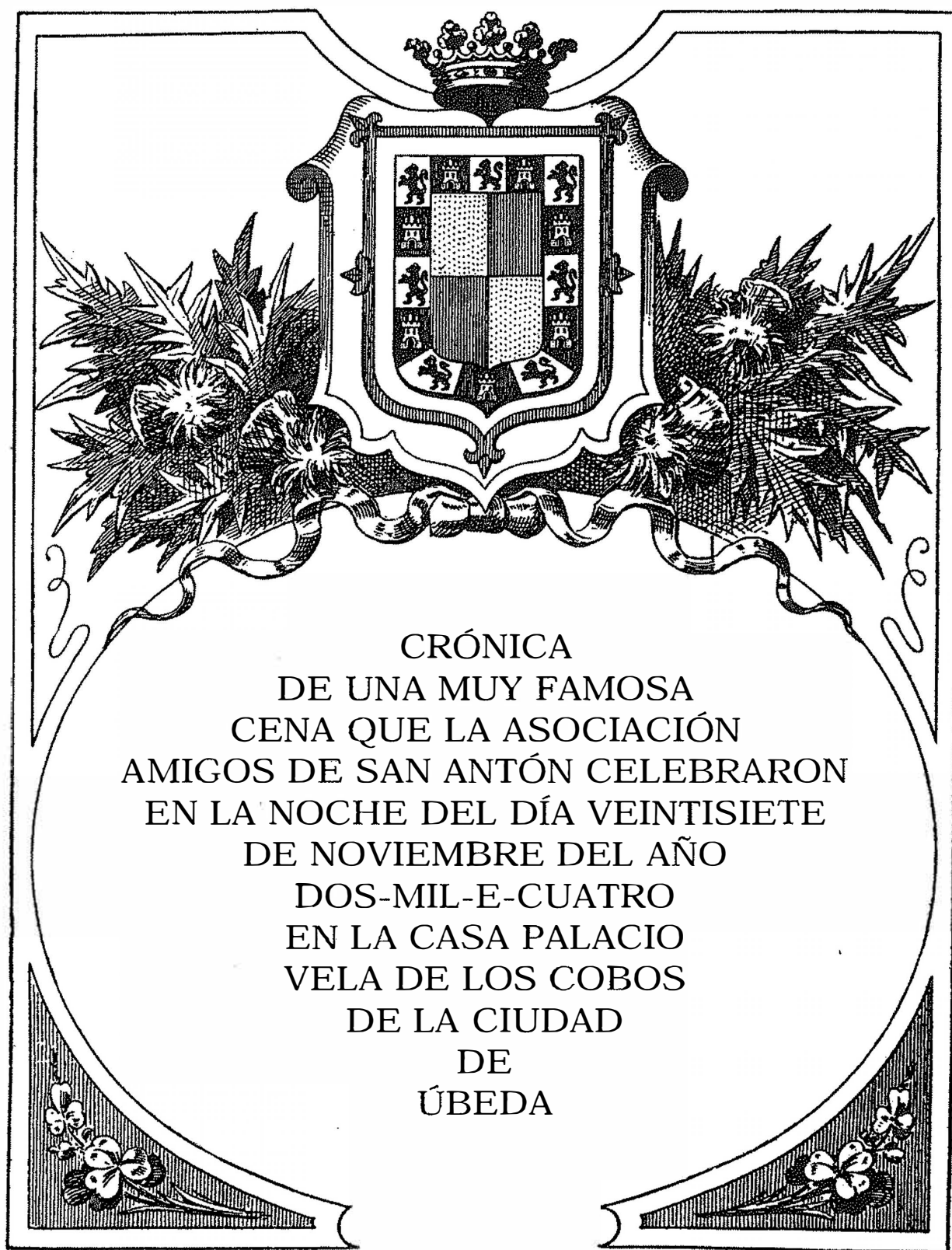
AMIGOS DE SAN ANTON
JAÉN

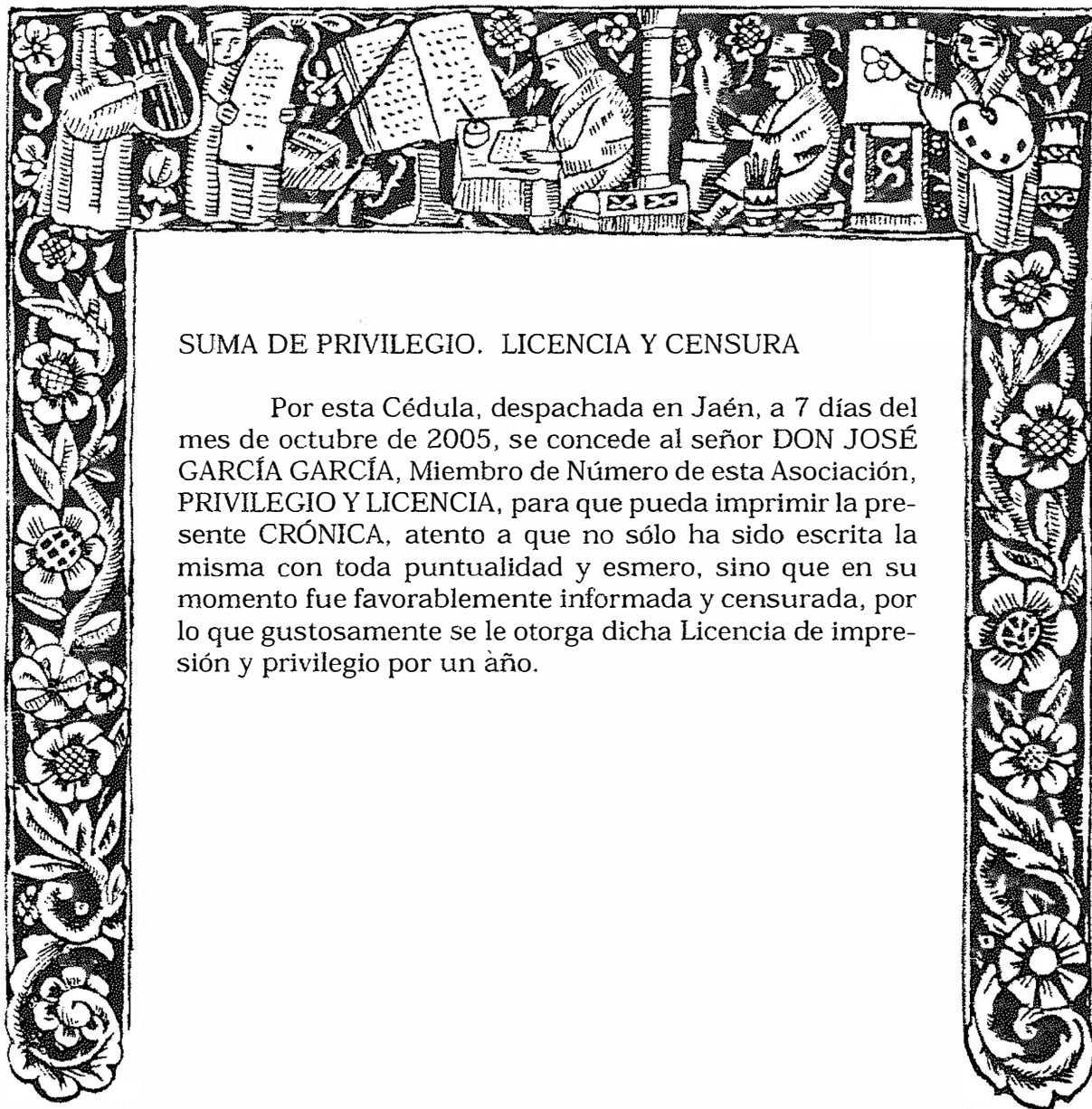


EJEMPLAR N.º 113

Como Prioste de esta Congregación, certifico que esta Crónica consta de DOSCIENTOS EJEMPLARES numerados, signados todos con mi firma y rúbrica.

Pérez



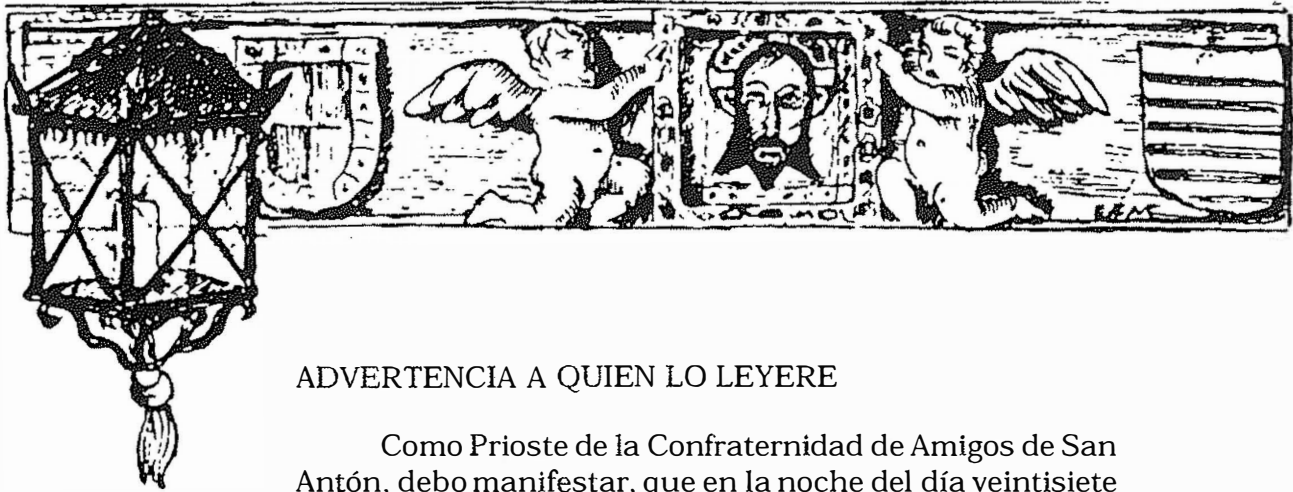


SUMA DE PRIVILEGIO. LICENCIA Y CENSURA

Por esta Cédula, despachada en Jaén, a 7 días del mes de octubre de 2005, se concede al señor DON JOSÉ GARCÍA GARCÍA, Miembro de Número de esta Asociación, PRIVILEGIO Y LICENCIA, para que pueda imprimir la presente CRÓNICA, atento a que no sólo ha sido escrita la misma con toda puntualidad y esmero, sino que en su momento fue favorablemente informada y censurada, por lo que gustosamente se le otorga dicha Licencia de impresión y privilegio por un año.

SUMA DE TASA

Tasaron los señores de la Confraternidad esta CRÓNICA en.....reales de vellón por página, lo que hace.....reales por ejemplar, según más largamente consta por certificación expedida por el Sr. Administrador de Caudales de la dicha Confraternidad de «Amigos de San Antón», el día 16 de octubre del año 2005.



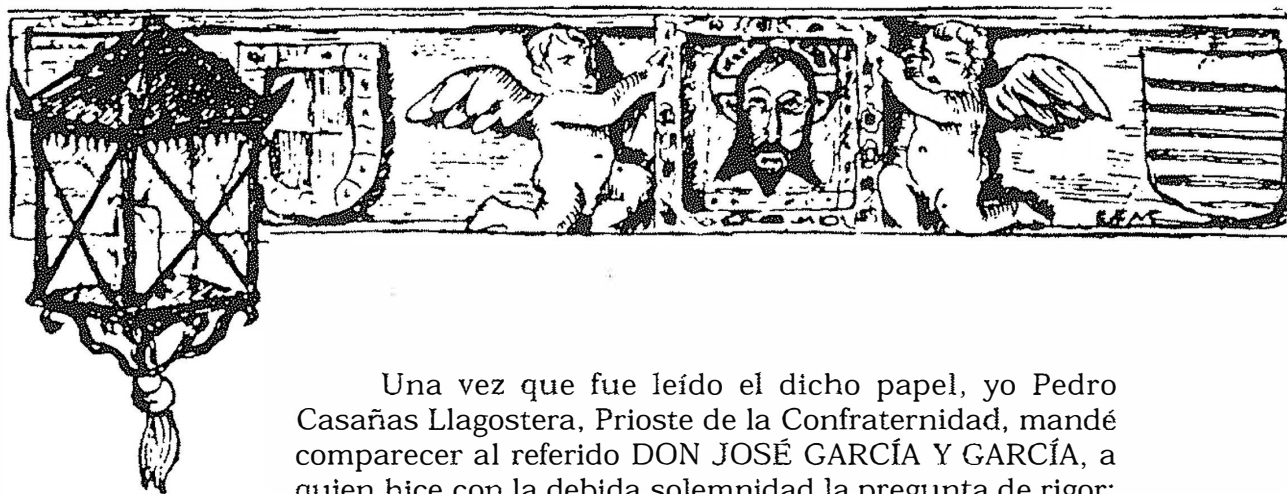
ADVERTENCIA A QUIEN LO LEYERE

Como Prioste de la Confraternidad de Amigos de San Antón, debo manifestar, que en la noche del día veintisiete de noviembre del año dos mil cuatro, pasado que había sido el toque de ánimas y estando reunida la dicha Confraternidad, así de Miembros de Número como de Honor en estancias nobles de la Casa Palacio Vela de los Cobos, de la ciudad de Úbeda, leí cierto papel cuyo contenido era del tenor siguiente:

«Notorio y manifiesto sea a todos los aquí presentes, cómo la Asociación Amigos de San Antón, estando junta y congregada, como lo hace de uso y costumbre para tratar y conferir de las cosas tocantes a la utilidad de la Confraternidad, el día dos de octubre del año 2004, en la estancia alta del Arco de San Lorenzo de Jaén, entre otras disposiciones y acuerdos se adoptó el siguiente:

«Cuidadosamente, vistas y examinadas las circunstancias que concurren en el muy honorable señor DON JOSÉ GARCÍA Y GARCÍA, Miembro de Número de la Asociación, por unánime asentimiento se conviene en que se le comunique el deseo de que sea el Cronista o Relator del desarrollo y pormenores de nuestra Cena Jocosa o de Santa Catalina del año 2004, que habrá de tener lugar en la noche del día veintisiete de noviembre que vendrá, debiendo ser esta Crónica, fiel y exacto reflejo de todo cuanto en ella aconteciere, a fin de que por la misma se deje constancia fidedigna a la posteridad».

Dado en Jaén a 29 de octubre de 2004.



Una vez que fue leído el dicho papel, yo Pedro Casañas Llagostera, Prioste de la Confraternidad, mandé comparecer al referido DON JOSÉ GARCÍA Y GARCÍA, a quien hice con la debida solemnidad la pregunta de rigor:

— Muy honorable señor don JOSÉ GARCÍA Y GARCÍA, ¿sois conforme en redactar fiel y cumplida CRÓNICA de todas cuantas cosas viereis y oyereis durante el desarrollo de esta Cena de Santa Catalina del año 2004?

A lo que atentamente respondió el referido DON JOSÉ GARCÍA Y GARCÍA:

— Sí, lo soy.

A lo cual yo como Prioste manifestele:

— Complacidos agradecemos esta aceptación, encareciéndoos y exhortándoos a que sin demora ni dilación alguna os iniciéis en el encargo, entregándoos para ello el correspondiente Recado de Escribir.

Aceptó el dicho DON JOSÉ GARCÍA Y GARCÍA el Recado de Escribir del mejor grado, recibiendo con él las noragüenas y parabienes de todos los presentes.

Y por ser de utilidad, yo, el dicho Prioste, pongo aquí testimonio para conocimiento de quien leyere.



ASISTENTES A LA CENA

Ángel Viedma Guzmán, Luis Berges Roldán, Vicente Oya Rodríguez, Natalio Rivas Sabater, Francisco Cano Ramiro, Pilar Sicilia de Miguel, Arturo Vargas-Machuca, María Isabel Sancho Rodríguez, Antonio Martínez Lombardo, Ramón Quesada Consuegra, Fernando Lorite García, Soledad Lázaro Damas, José Casañas Llagostera, Pedro Alejandro Ruiz Ortiz, Pedro Jiménez Cavallé, María José Sánchez Lozano, Juan Espinilla Lavín, Juan Antonio López Cordero, Juan Higuera Maldonado, José María Pardo Crespo, Ángel Aponte Marín, Juan Cuevas Mata, Antonio Casañas Llagostera, Antonio Martos García, Luis Coronas Tejada, Rufino Almansa Tallante, José García García, Pedro Antonio Galera Andreu, Manuel Káyser Zapata y Pedro Casañas Llagostera, que hizo la fotografía.



Amigo Lector:

Se bienvenido a la mesa
que bien dispuso Baltasar
y no te ha de causar sorpresa
si en vez de viandas tomar
te sustentas de la lectura
de esta Crónica jaenesa
que compuso con presteza
aqueste minimista yoglar

**Crónica
de la Cena Jocosa o de
Santa Catalina del
año 2004**

Prolegómenos

El viernes, día de Santa María Salomé, 22 de octubre de este tristísimo, por doloroso, año 4º del tercer milenio, recién pasadas las fiestas de San Lucas, por tercera vez tuve la satisfacción de romper los sellos de lacre de la no por esperada menos agradablemente recibida misiva en la que se nos convocaba a los Amigos de San Antón a la tradicional, muy famosa, festiva, culta y feliz Cena Jocosa, inexplicablemente envidiada por algunas gentecillas a las que, como a todo el que se pone verde, ciertas hieles se les suben al gaznate y escupen malos humores.

A este escribano, por contra, lo que le ocurrió fue que revivieron, por los lares estomacales, el gusanillo voraz del evento gastronómico, y otro no menos activo pero más nervioso, el de la sospecha, más que fundada, de que el honroso encargo de ser el relator del acontecimiento, añadiría una responsabilidad más a la de compartir con tantos buenos amigos unas muy venturosas horas.

Me encontraba de pie en mi despacho, con la epístola en la mano; sonreí para mi coleteo; pero, de inmediato, reflexioné seriamente sobre cómo me las arreglaría y, tras una vacilación breve, como Julio César cuando atravesó el Rubicón, dije en voz alta: ¡Al loro!

Mi esposa, que venía a mi encuentro, al llegar junto a mí, como me había oído, me preguntó, mientras miraba alrededor intrigada:

— ¿Qué dices de un loro?

— *Nada; son cosas mías. Es que he recibido la carta del Criado Portugués.*

— ¡Ah! -dijo lacónicamente, renunciando a un más inquisitivo interrogatorio, mientras me daba un beso y, de inmediato, preguntaba:-
¿Comemos?

Ya en la mesa, con la tele apagada, gracias a Dios, le recordé lo del Criado Portugués y la Cena de los Amigos de S. Antón. Le referí el que, por este año, en la fecha prevista, nos desplazaríamos a Úbeda (pero en autobús, recalqué para su tranquilidad), a un palacio que Rosa y yo conocíamos, aunque sólo en su exterior, el Vela de los Cobos.

A vos, notable e buen Amigo de Señor San Antón, salud e gracia participo en nombre de mi señor Don Lope, el cual, pese a sus dolencias e profusos achaques, anda siempre en diligencia e con preocupación, de demandar lugar de acomodo para la Cena Jocosas o de Santa Catalina, que en cada un año propulsa e fomenta esta tan jaenese Confraternidad.

Díjome asimesmo el dicho mi señor, que habiendo ya entrado un nuevo siglo, diacurren novedosos tiempos que otorgan diferentes cambios e modernidades, por lo que no debiera ser bueno ir contra corriente dello y, de estas razones usando e con gran sorpresa mía, saliose por los cerros de Ubeda al decirme, que oportuno sería evadiese un tanto del hecho de componer siempre estas Cenas en el «Jardín donde resido», e por ende buscar distintos e originales acomodamientos y, en base a lo dicho, expresase con gran contento al comunicarme que había tenido diversidad de comunicaciones e que largamente había departido e platicado sobre esta cuestión, con el honorable e distinguido caballero Don Natalio Rivas Sabater, prócer muy señalado de la ciudad de Ubeda, el cual manifestase identificado e complacido de lo que sobre ello parlamentaron.

En su consecuencia, participo a V. M. que la novedad que hogaño se otorga para tal evento, es que la XXXIII edición de estas Cenas Jocosas, ha de tener su asentamiento en la ciudad de Ubeda, en la Casa-Palacio-Museo que se titula Hela de los Cobos, en la noche del sábado, día 27 de noviembre que vendrá, pasado que sea el toque de ánimas, por generosa e cumplida dejación que para tal efecto ha tenido a bien hacer esta ilustre personalidad, señor de tan principal mansión.

Avíve pues V. M. e no se descuide en aderezar sus quehaceres, a fin de no caer en falta en este particular sucedimiento, siendo de igual forma conveniente, el hacer ciertas privaciones ante diem, para un mejor dar cumplida cuenta del sostenimiento e viático que al efecto se apareja.

Dóile este recado de aviso e recordación, pasadas que son las fiestas del Señor San Lucas, deste año de gracia que cuenta dos mil e cuatro del Nacimiento de Nuestro Salvador Jesucristo.

El Criado Portugués.

El día

Y llegó el día 27 de noviembre, día de los santos Máximo y Facundo. La minuciosa preparación y organización de la salida, su efectiva y oportuna convocatoria (las letras negrillas de la persuasiva carta que rezaban: **en punto**), las sugerencias para la aproximación y posible estacionamiento de los coches en torno al lugar del encuentro..., la preocupación por los amigos que pudieran tener menos facilidades para llegar..., todo, sobrevolaba y aureolaba la figura de nuestro Prioste, alma, sangre y (¡quién lo diría!) huesos de esta confraternidad que, evidenciando el mutuo respeto y las buenas formas que, por desgracia, en tantos ambientes se van difuminando, como una sola persona, se presentó junto al autobús a la hora prevista.

Desde el centro de la Plaza, los bronce de las batallas de las Navas de Tolosa y de Bailén, que juegan desde hace tantos años al escondite en la base del esbelto monumento que las rememora, parecían envidiar nuestra salida y no tuvieron más remedio que quedarse apoyando al aéreo ángel de las victorias que las corona sobre el monolito.

Nos saludamos todos afablemente y comentamos, apesadumbrados, algunas inevitables ausencias. Por fin tuve la oportunidad de darle un cariñoso abrazo, que le debía desde hacía más de un mes, a nuestro incansable Antonio Martínez Lombardo, quien me flanqueó, y al otro lado nuestro erudito Rufino Almansa Tallante, en mi primera cena de los Amigos de S. Antón, allá en el Castillo...

Trabados los primeros hilos del tapiz que se iría tejiendo durante el resto de la velada, fuimos subiendo y acomodándonos en el coche.

Por vieja amistad (que conste que lo de *vieja* va por mí, que ya jugaba al fútbol en campos grandes y mediaba el bachillerato, cuando ella andaba naciendo), por afecto y, por qué no decirlo, por si se me pegaba algo de su inmediata experiencia como cronista, me senté junto a María José

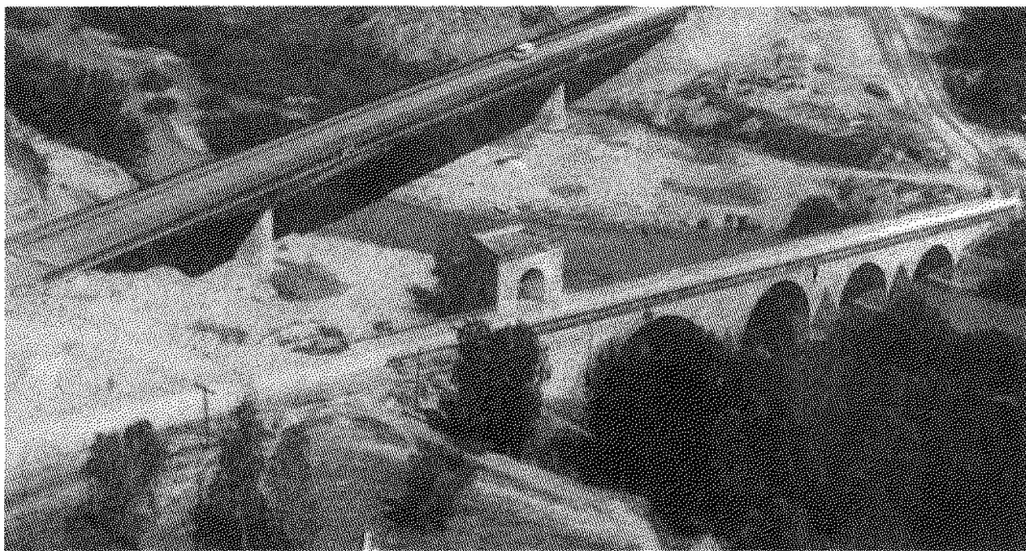


Plaza de
Las Batallas

Sánchez Lozano. La penumbrosa iluminación del *automóvil omnibus* (que así dicen que comenzó a llamarse lo que hoy se llama sólo *bus*; ¡quién se lo iba a decir a Cicerón!, que una terminación de dativo o ablativo se convertiría en el nombre de un artefacto tan grande y tan ruidoso), invitaba a conversar a media voz. Y así lo hicimos, salvo excepciones mínimas, las parejas de viajeros.

La nuestra fue una amena charla en la que Pepita me dio útiles consejos de escribana, me ilustró con frutos de sus investigaciones y, cómo no, también charlamos de nuestra profesión y de nuestras familias y amigos comunes. El paisaje, al estar la noche oscura como un cerrojo (que no sé yo esto del cerrojo..., a no ser que estuviera pintado de negro...) no me permitió entonces el que pudiera ahora dejarme llevar por el azul del cielo, ni por los verdes olivos dispuestos para la recolección, ni por las montañas que escoltan la carretera y acunan el valle de nuestro gran río por el sur, ni por nada más que las luces hirientes que al atravesar la zona industrial de Mancha Real, que cada vez se estira más hacia el norte, nos deslumbraron durante un minutejo. Eso sí, al transitar junto al puente del Obispo, los ojos vandervirianos, alguno de ellos casi redondo en el cristalino reflejo de la poquita agua que salva, iluminados para que tal obra no pase desapercibida al viajero, parecieron ofrecernos un primero y cordial saludo de bienvenida a las tierras de las Lomas.

Al comenzar la cuesta de Baeza, recordé con nostalgia la primera vez que, siendo yo muy niño, mi padre me habló del peaje (y me explicó lo que era eso), que era tradición pagar por pasar sobre aquel puente lla-



Puente del Obispo●

mado del Obispo. Rezamos juntos una oración y a mí me pareció muy barato aquel pago. Comenzaba, al menos eso recuerdo, mi formación en el respeto y el cariño por las cosas de nuestra tierra y por sus gentes. Y de eso se encargaban mis padres, no se lo delegaron a ningún maestro ni a ninguna institución... Eran otros tiempos menos ricos, menos adelantados, menos informados; pero más familiares o, al menos, desde la distancia, a mí me lo parece.

Llegamos a Úbeda. No tardamos en aproximarnos a nuestro destino, a pesar de que también en esta ciudad proliferan las obras y una de ellas obligó al conductor a maniobrar por calles estrechas y a buscar el camino que (esto debe de estar en todas las ordenanzas municipales para que así los visitantes hagan más turismo mientras se pierden), no se indicaba en las vallas que nos cortaban el paso. Con la ayuda de José María Pardo, que nos demostró una vez más que el urbanismo también sirve para orientarse, se solventó el obstáculo.

El frío de la zona sacudió la modorrilla del viaje, despejó las ideas y brillantó algunas venerables calvas. Bien abrigados, salimos del autobús en la parte alta del Arroyo de Santa María, y caminamos hacia el extremo oeste de la plaza de Vázquez de Molina. Desde la entrada de esta, salieron a nuestro encuentro Maribel Sancho, quien con su marido tuvieron la buena idea de alojarse en la ciudad y así aprovechar mejor la estancia y el disfrute de las luces y la monumentalidad; Vicente Oya y Rufino Almansa, que procedían de una de sus múltiples reuniones o congresos de Cronistas, y la neocenante Soledad Lázaro Damas. Saludos y parabienes, mientras mis ojos se extasiaban en una rápida ojeada al exclusivo y privilegiado entorno que, amelado por la luz artificial, me ofrecía la hermosura de la panorámica de Santa María, de la Cárcel del Obispo, del Palacio del Marqués de Mancera, del Pósito, del Salvador, del Parador del Condestable Dávalos y del Palacio de las Cadenas.



Plaza Vázquez de Molina

En este ambiente, les aseguro por todos los manes y penates, que ni vi ni adiviné ni se corporeizó ningún duende o fantasma ni nada

que se le pareciera. Y no será que no lo busqué, habida cuenta de lo familiar que se nos va haciendo que uno de estos umbrosos individuos aparezca en nuestras cenas. ¡Nada! Será que como no creo en ellos... Aunque, al paso que vamos, todo se andará, sobre todo porque como ahora tenemos entre nosotros un muy buen especialista en esas lides...

Lo que sí surgió fue una retahíla de redondillas que, a modo de cabeza, aquí siguen:

Cabeza

De Jaén, donde resido,
he venido hasta la Loma
-me han citado por que coma-,
y ello un gran placer ha sido,

pues, si al hecho de cenar,
se añade el feliz evento
de hacerlo en un monumento
de belleza singular

y que será en compañía
de damas y caballeros
discretos, nobles, punteros
de toda sabiduría,

¿qué más puedo desear?
Buen saber, fraternidad,
compañía y amistad
y un largo y rico yantar,

amén de franca acogida,
que el generoso anfitrión
dará a los de San Antón.
¡No lo olvidaré en la vida!

A fe, señor Portugués,
¡la cena será tan buena
que no sentiré la pena
de no hacerlo con mi Inés!

Caminamos un breve trecho y, tras superar la plaza del Ayuntamiento, nos abre sus ventanas esquinadas, partidas por columnas, y su galería alta, el palacio al que nos dirigimos. Con el verbo y la sabiduría de Luis Coronas, de Pedro Galera, de Soledad Lázaro, de..., querría contar para recoger lo que mis ojos vieron y mi mente gozó ante tanta hermosura, tanta euritmia, tanta historia. Me daba la impresión de que no era yo solo el que disfrutaba así aquellos inolvidables momentos.



Fachada del Palacio Vela de los Cobos, una de las mejores obras de
Andrés de Vandelvira

Entramos en el zaguán y, después de atravesar la doble puerta de cristal que limita y reserva el interior, ayudados por unas atentas y serviciales señoras que nos saludaban amables y que nos indicaban, sobre todo a los despistados como quien esto escribe, la existencia de algunos escaloncillos, no sólo en ese momento sino también en la posterior visita, lo que me hizo pensar en que o bien la casa, por sus diferentes e inevitables restauraciones y obras de mantenimiento, tenía varios niveles, o, lo más probable, las edades que lucimos algunos de los sanantonianos ya no están para descuidos; superadas las cristaleras -decía-, don Natalio Rivas Sabater, abierto, receptivo, simpático, amable y paciente nos recibe y saluda a todos y cada uno de nosotros, mientras el Prioste nos presenta por nuestros respectivos nombres. Junto al arranque de la escalera monumental, en la sotarrampa, vamos dejando los abrigos y bufandas; el ambiente es cálido y acogedor.

BIENVENIDA E IMPRESIONES PRIMERAS EN LA CASA

Concluida la presentación y recepción personal, Pedro nos pide por primera vez silencio y atención.

D. Natalio se dirige a todos nosotros -invasores del lugar en que nos encontramos- y, sonriente, acogedor y confiado, nos da una muy cordial bienvenida a la ciudad de Úbeda, a esta su casa y, con toda gentileza y caballerosidad, nos comunica que él no es o no se siente anfitrión; porque dice, generosa y noblemente, que, desde ese momento, esta es nuestra casa. Su breve, pero tan preñado verbo, arranca a todos una placentera sonrisa y un coreado, aunque no ensayado, así que espontáneo, *muchas gracias*, como aplauso a su natural y afable cortesía. Inmediatamente, una relajante carcajada cierra el feliz y formal encuentro.

Contemplo el entorno del patio central de la casa-palacio-museo. Es un patio convertido en sala, a base de una cubierta cenital, que, dada la hora, supongo traslúcida. En la planta primera cuenta con un galería corrida. Abajo, al fondo, frente a la puerta de entrada, una gran chimenea monumental abre su boca y, paradójicamente, parece enfriar la cálida sensación de la acogida; pero no así la de la temperatura que es muy agradable para una noche tan fresca. Allí estaban preparadas las mesas, en forma de «u» abierta hacia el acceso principal. Sobre los respectivos platos, en cada plaza, me doy cuenta de que hay uno de cerámica ubetense. ¡Agradable y pertinente detalle! Sin duda que ese va a ser el recuerdo de este año.

A la izquierda, se abre una amplia escalera de mármol, con barandilla, que me parece de bronce (al menos en las perinolas y las macollas) y que da acceso a la planta superior. Veo unos cuadros y un espejo que da gran profundidad al rellano y que juega con la arquitectura. Se abre tras un arco, gemelo al del contravano, ambos apoyados en una esbelta columna, también de mármol blanco.

Esta columnita, en la planta superior, es imitada por una gemela de su mismo material y esbeltez, sobre la cual se apoya el dintel que culmina el hueco de los dos tramos de escalinata, lo que otorga cierto reposo a la llegada, arriba, frente al movimiento que sugieren los arcos en la planta baja. Tanto los dos ar-



Natalio Riva Sabater

cos, abajo, como el dintel, arriba, se apoyan sobre graciosas ménsulas de madera en sus extremos exteriores.

En el patio, numerosos cuadros, objetos diversos, huecos con recercado de piedra y bonitas puertas, que dan acceso a otras estancias, nos confirman que estamos en una casa palacio museo. Más adelante, durante la noche, D. Natalio, atentamente, me confía que, al margen de los volúmenes de las bibliotecas, el inventario de los objetos, que está en elaboración, será de casi dos mil de ellos.

Mientras contemplo este espacio, el tiempo comienza a ser algo prescindible. El ambiente se

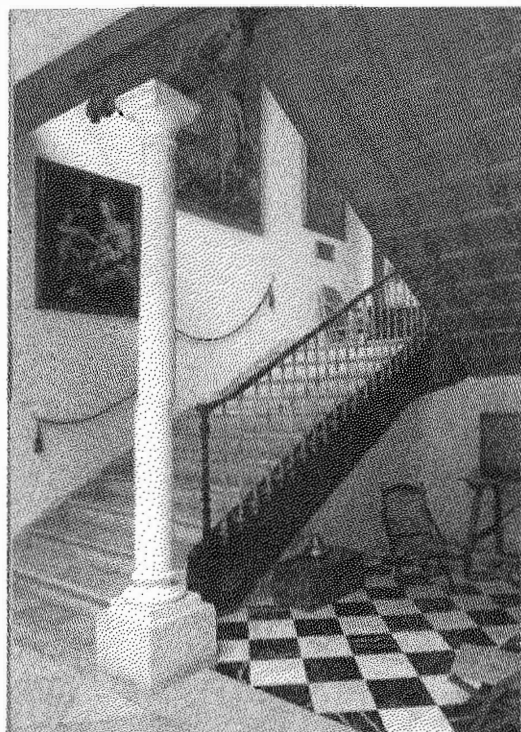


Foto interior:
Escalera

va colmando de la cordialidad que acentúa las expectativas de esta nueva Cena Jocosa, de Santa Catalina o de los Amigos de San Antón, nombres que recibí según nos dejemos llevar por su remoto precedente literario del siglo XVI, por la fecha, más o menos aproximada, de la onomástica de la copatrona de Jaén, o por la Asociación de los cenantes.

Al moverme entre los amigos y observar el lugar, de pronto soy consciente de que, por más que me esfuerce (y tal y como la memoria empieza a gastarme bromas), no lograré cumplir, cosa que sí hicieron a plena satisfacción los cronistas antecesores, con el papel que me van a atribuir dentro de poco. Al menos en lo tocante a conversaciones,orros, fugaces intercambios de opiniones, etc. Y conste que no es que atribuya yo a cualesquiera de los hábiles –incluso virtuosos– cronistas sanantonianos previos, a quienes envidio sanamente (o sea, que quisiera



Pedro Alejandro Ruiz, María Isabel Sancho y María José Sánchez

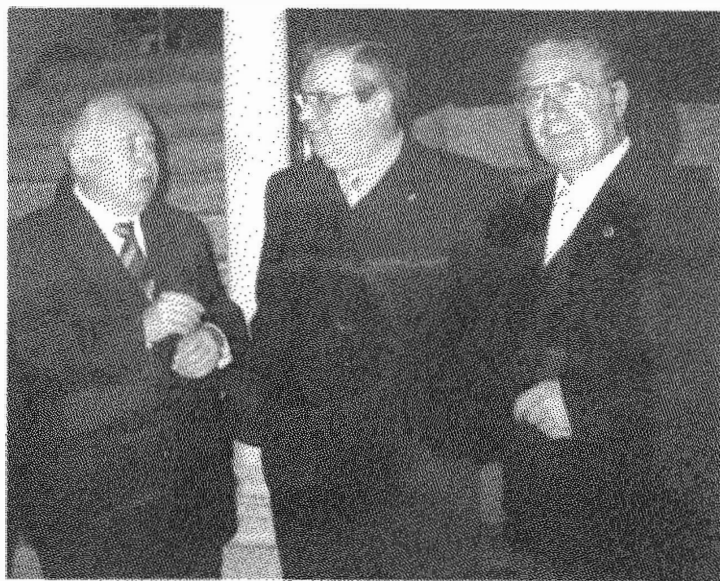
tener sus plumas; pero sin desearles mal alguno), el que en su momento fueran metijones o metiches, impertinentes, sabuesos, hurones ni fisgones; ni siquiera curiosos, disimulados observadores (léase espías), ni ninguna de estas especies, no. Lo que sentí fue que, para ser cronista hay que contar lo que ocurre y, pardiez, que nunca he sido capaz de enterarme de lo que pasa a mi alrededor, si mi alrededor está poblado por más de dos o tres criaturas que, encima, hablan de temas diversos, además de interesantes.

Por un momento, lo intenté; pero saqué como conclusión un extraño mensaje que hablaba de salud, de ausentes, de mala televisión, de trabajo, de política, de economía, de vida familiar, de fútbol, de santos, de ropas, de literatura, de aquella casa, de comidas, de visitas, de agricultura y olivar, de recuerdos, de apariciones, de reconocimientos, del viaje, de anécdotas jocosas y tristes y trágicas, de chistes, de agendas recargadas, de loterías, de bibliografía, de relaciones de toda índole, de estudios, de publicaciones, de prensa, de construcción, de turismo... ¡Abandoné!

No sólo no lograba captar más que retazos (y ello a base de impertinencia), sino que, además, era incapaz de anotarlos, y lo sería luego de ordenarlos y exponerlos con una mínima coherencia.

En ese momento creí encontrar la clave para ser original en mi papel: Redactaría una crónica abstracta. Una crónica que fuera como un espejo de aquella buena noche, pero un espejo que hubiera sido dejado caer, desde la galería hasta el suelo de la planta baja; un espejo roto en mil pedazos (o setecientos cincuenta y dos, que tampoco sé yo el porqué de esto de los mil pedazos cada vez que algo se rompe), para que los avezados lectores del año siguiente, entre aquellos reflejos y sus propios recuerdos, reconstruyeran esta vigésima séptima Cena Jocosa.

Rechacé la genialidad por varios motivos: porque me pareció una falta de respeto a los posibles lectores y a la tradición; porque, al fin y al cabo, sería como descubrir la pólvora negra: no conozco ninguna crónica de algo que haya presenciado, en la que no se mezclen los cristales del cronista con los dibujillos de mi propia memoria; y porque, con aquella idea-jerigonza, me estaba distrayendo más de la cuenta y estábamos siendo reclamados para que, en la doble sala lateral, tomáramos el convite de entrada.



Vicente Oya,
Fernando
Lorite y
Pedro Jiménez
Cavallé



EL CONVITE

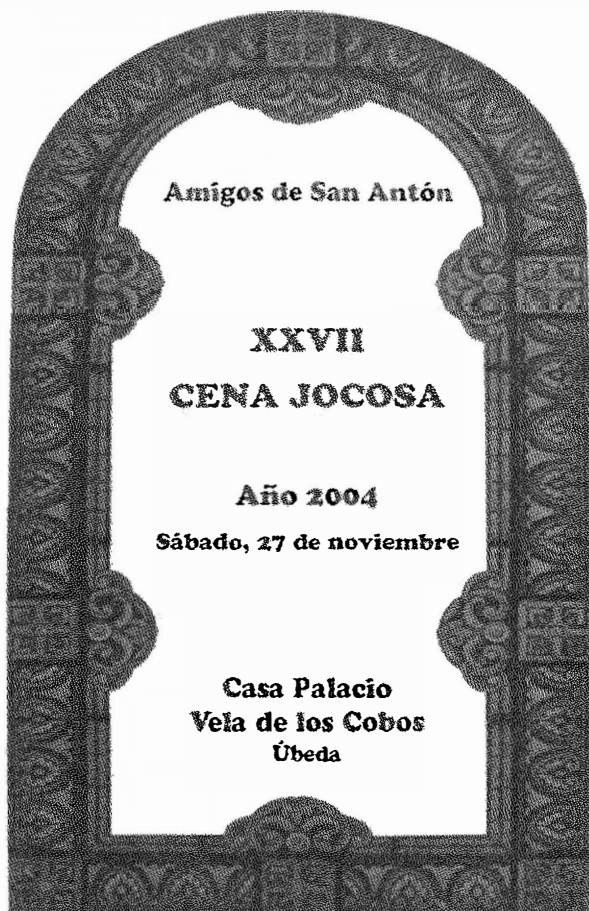
Alrededor de dos amplias mesas y rodeados por pinturas, armas, relieves de ebanistería, esculturas, puertas de maderas ajustadas, bronce, algún repostero; todos objetos antiguos, artísticos y, desde luego, evocadores e interesantes, nos dedicamos a hacer los honores a las apetitosas, por su presentación y calidad, y muy oportunas, porque la hora ya lo reclamaba, viandillas que nos centraron en la primera de las cuestiones que dan nombre a este encuentro que les relato.

El frío de la espumosa cerveza y lo saladillo de las almendras y las patatas de casa Paco, hicieron que recuperáramos esos niveles internos que dicen los sabios que hay que cuidar para que el ánimo no se deprima. Si a ello se le añade el toque de los garbanzos *tostaos* y su cuscurreo,



Luis Coronas, José García y Antonio Martos

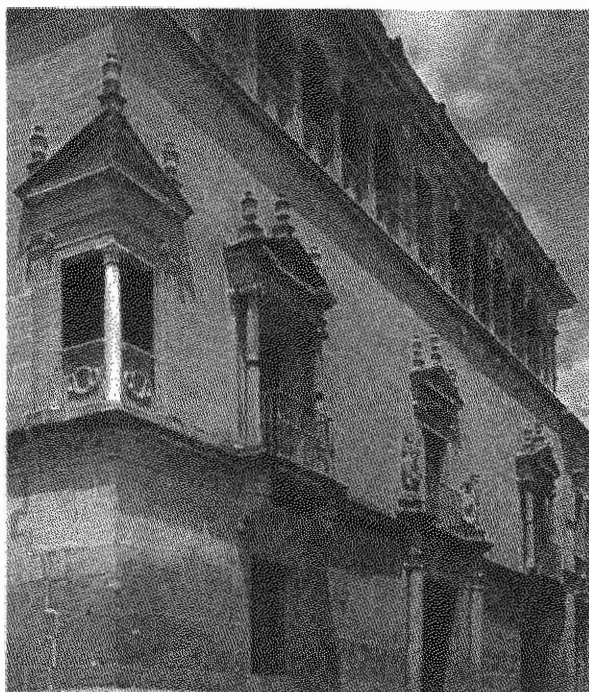
que despabila las mentes, y, con unas copitas de fina manzanilla, la morcilla de Carchelejo, el chorizo ahumado, el jamón serrano y el lomo embuchado, que elevan las dosis energéticas con sus diferentes y ricos sabores y grasillas, así como el refrescante picoteo de nuestras aceitunas de cornezuelo y el picantuelo saborcillo del queso manchego... ¿qué les puedo contar más? Que todo esto nos animó a disfrutar y a seguir nuestra fiesta anual en tan buen amor, acogimiento y compañía.



Estamos en la ciudad de Úbeda. En la calle que se llamó de la Rúa y que hoy dicen de Juan Montilla, encontramos en su número seis, hermosa edificación renacentista que se construyera cumplida la primera mitad del siglo XVI, según traza y proyecto de Andrés de Vandelvira, por encargo que le hiciera el ubetense Francisco Vela de los Cobos, Gentilhombre de Cámara que fue de Felipe II.

Esta casa-palacio conocida como de Vela de los Cobos, fue heredada mediados el siglo XVII por la familia Porcel y, ya entrado el siglo XIX, la adquirió el banquero y político Don Ignacio Sabater y Aráuco, que realizó importantes obras de reforma en el mismo, dado el estado ruinoso en que se encontraban. En la actualidad pertenece a su descendiente, Don Natalio Rivas Sabater, quien en 1966 le imprimió la última restauración.

En esta señera y acogedora mansión y por generosa dejación que para ello hace este prócer ubetense, celebran los Amigos de San Antón la XXVII edición de su Cena Jocosa o de Santa Catalina, pasado que sea el toque de ánimas del sábado día 27 de noviembre del año 2004.



Minuta

Convite de entrada

Aceitunas de cornezuelo / Almendras saladas
Patatas de Casa Paco / Garbanzos tostados
Morcilla de Carchelejo / Chorizo ahumado
Jamón Serrano / Queso Manchego
Lomo embuchado
Cerveza *El Alcázar* / Manzanilla *La Guita*
Refrescos varios

Cena

Caldo con avío

De caldo toma mucho y poco del estofado.
Espinacas rehogadas con pasas y piñones
Espinacas y Piñones, con pasas me las pones.
Codorniz en Escabeche
Sería mejor ace la Perilla.
si no fuera más gustosa la codorniz.

Postre

Peras al vino

Mejor te sabrá las peras si las tomas viñatera.

Vinos

Haloque-Trasañejo

En beber vino, compañía, más es su pastoreo.

Sobremesa

Yemas de Las Carmelitas Descalzas
Sultanas de coco y fruta confitada

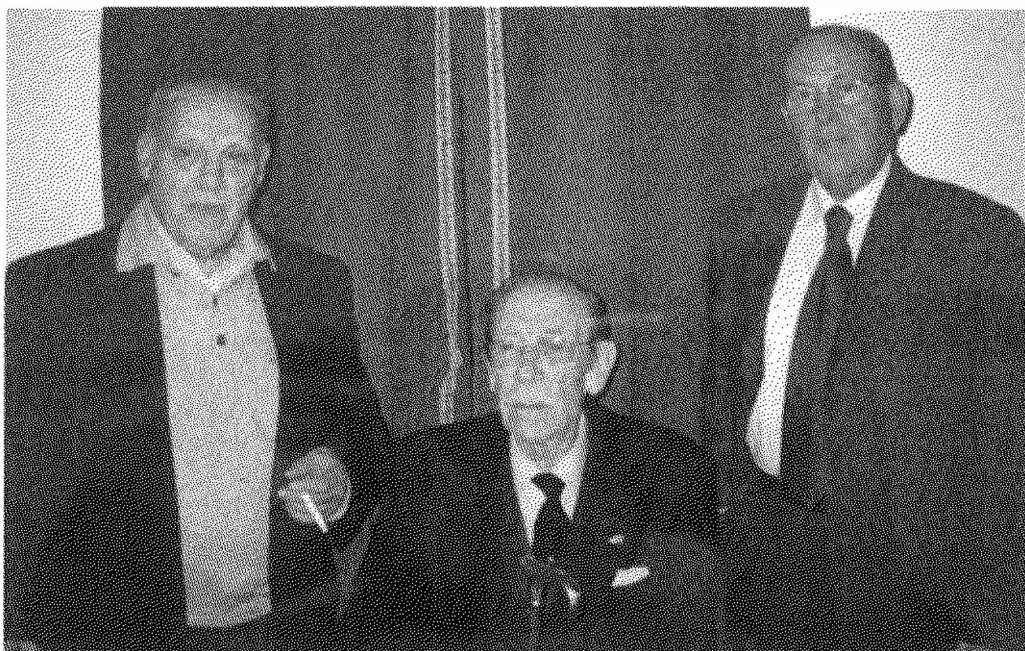
Repsol elaborado en Torres (Jaén). Gentileza de María José Sánchez.
Anís Castillo de Jaén de las Destilerías de Ángel Tirado.

En los corrillos que se renovaban y se removían como los garbanzos en un bote grande, las amenas charlas seguían y seguían mientras que, mirando mi copa, pensé en lo bien que estaba pensado el que no hubiera que conducir al regreso...

En esas estaba yo, ajeno al tiempo, aunque nunca al espacio ni mucho menos a las gentes, pues me dirigía hacia la pareja que formaban Antonio Martínez Lombardo y Francisco Cano Ramiro, cuando oigo una voz que pregunta:

— ¿Dónde está Pepe García?

Era la voz del Prioste quien, desde una de las esquinas de la sala, ante un pétreo leoncillo tal que ibérico y casi debajo de un farolón de



José Casañas, Antonio Martínez Lombardo y Francisco Cano Ramiro

cristales emplomados, cuya parte superior figuraba una espectacular águila bicéfala coronada, con las alas abiertas, la cual parecía ampararlo y autorizarlo (al Prioste) aún más, si es que esto cabe, reclamó mi presencia a su vera, para celebrar contra mí, la necesaria ceremonia que relato a continuación.

Conforme me aproximaba a él, sorteando comensales y bebensales (la primera de estas palabrejas sí puede valer, por las patatillas y las almendras; pero ¿la segunda...?), y gestos de cierta malicia, como queriendo decir: *La que se te viene encima...*; miré hacia el lugar que ocupa-

ba y fui plenamente consciente de que si me reclamaba desde allí, no era porque aprovechara aquel casi heráldico apoyo imperial, sino porque, en tal espacio, había más bombillas y algunos tenían que leer... ¡Luminosa idea!

En fin, que llegado hasta su lado, tomó la bronceína campanilla y la agitó como suele (aquí lo de la gracia, donosura, armonía de movimientos, etc., no lo voy a poner; porque iba a ser evidente que le hacía la pelotilla, cosa que ni yo uso ni nuestro buen don Pedro necesita ni toleraría. Así que dejémoslo estar en que el señor Prioste tocó la campanilla). De inmediato, ante aquel delicado y penetrante tintineo..., tuvo que agitarla de nuevo (con algunos repiques más que antes y con una mayor intensidad), ya que nadie, salvo los más inmediatos asistentes (no más de seis o siete), hizo caso al reclamo de atención y silencio.

Como nevada de primavera, las palabras de los corros fueron cayendo hasta el suelo y desaparecieron fundidas al calorcillo de un trago de cerveza o de manzanilla y entre el aroma de la morcilla o del chorizo. O sea, que se callaron por fin todos y miraron hacia nosotros.

He de confesar que, aunque he leído (y disfrutado) las crónicas de las cenas, y que en todas ellas se repite el solemne ceremonial de la designación de escribano cronista, así como la fórmula de aceptación, no las tenía todas conmigo sobre sí, ante la elaborada pregunta del señor Prioste, que, sin duda, honra a quien la recibe, no saldría yo, si no por peteneras, porque ya no tengo voz para cantar flamenco, sí por un *sí quiero*, como si fuera una boda; por un *fiat*, excesivo a todas luces; o por alguna otra frasezuela de esas que tenemos acuñadas y archivadas en el disco duro (en unos más duro que en otros) de nuestro cerebro y que aparecen cuando menos debieran aflorar.

Confieso también que, en el instante crucial me encontraba tan tranquilo en este sentido, dado que, nada más entrar en la sala del convite, me percaté del montoncito de crónicas de la cena anterior, que descansaban discretamente junto a una pared. Me dirigí a ellas y, sin parar en esa fatua o inmodesta curiosidad que te hace comprobar si sales bien en las fotos del año pasado, de si te han cogido el perfil bueno o el malo..., localicé la fórmula de investidura y aseguré mi papel:



Arturo Vargas
Machuca y
Juan Cuevas

— Sí, lo soy.

Pensé que había sido hábil, ágil y discreto. Ya estaba sosegado. Aún no había soltado el librito en su sitio, cuando una voz conocida, discretamente, me susurra desde atrás y casi al oído:

— ¿Te la has aprendido?

EL ENCARGO

Confesado lo anterior, retomo el hilo del relato. Dio la palabra el Prioste a Antonio Martos García para que leyera el acuerdo de mi nombramiento, lo cual hizo entre un expectante silencio con esa vibrante voz (como de sochantre, que diría él) que Dios le ha dado y, de inmediato, Pedro Casañas asumió su rol de presidente para, con el ritual habitual, nombrarme oficial y formalmente Cronista de aquella noche.

Recogidos, pues, los trastos de matar, ¡digol!, de escribir, un *Pilot Hi-Tecpoint V5 Extra Fine*, que escribe casi solo (y que nadie se extrañe, porque con ese nombre...) y un blocecito con dos anillas, de negras cubiertas plastificadas, con hojas en octavilla cuadriculadas, entre las cuales lucen dos separadores, uno amarillo y otro azul, también de plástico, modelo 14016 *Miquelriu*, me dispuse a rellenarlo con diligencia.



Juan Antonio López, Soledad Lázaro, Pedro A. Galera y Luis Berges

Antes de seguir, deseo justificar la inclusión de una tan detenida descripción de estos adminículos. Ello es, en primer lugar, porque considero (y así lo he visto en las cenas que he tenido el placer de compartir con vuestas mercedes) que el recado de escribir es una parte importante de la noche, al menos para el cronista. En segundo lugar, porque, aunque sometidos a una cierta modernidad, el pilot y el bloc parecen chirriar



Ángel Aponte, Pedro Jiménez y Ángel Viedma

un tanto en el conjunto (claro que tampoco sería cosa de entregar, por lo incómodo, un palillero, un juego de plumillas de latón o aleación más preciosa, y un tintero con su escanciador, un secante, etc.; ni, por lo caro del invento, un ordenador portátil dotado de cámara *webcam* y micrófonos cuadrafónicos). Y, en tercer lugar, porque, además de imprimir carácter, dotan de un especial distintivo a la criatura que, con tal recado a cuestas, intenta captar lo que puede entre los contertulios; distintivo que permite su fácil calificación de espía oficial de la noche. Desde ese momento, cuando con mi bloc me acercaba a algún grupo parloteante, telepáticamente recibía el pensamiento de los contertulios: *¡Ojo, que está aquí el escribano! ¡Cuidado con lo que se dice, que este va y lo cuenta luego!*.

Aparte de esto, también recibí, de viva voz, algunas consejillas y referencias de doble filo: *¡Pues hubo un cronista que, por tomar notas de todo, no cenó!; ¡A ver cómo te apañas, que yo casi llené el blocecito!; Áni-*

mo, hombre, que ya te falta menos; ¡Apunta todo, que después no te acuerdas de nada! ¡Enhorabuena...y a trabajar...!

En resumen, que nuevamente fui preocupado, ¡digo!, animado por todos; que asumí responsablemente el encargo, y que procuré olvidarme (pero no pude en toda la noche) de que estaba rodeado por consumados maestros que ya habían probado su valor en sendas batallas, cosa que a mí (lo del valor cronístico, digo) se me suponía. Para animarme, adapté en mi beneficio el conocido grito de guerra: *¡San Antón y cierra España!*, pensando en que así evitaría seguir enganchado en ese otro dicho que no me dejaba en paz y que habla de que me había llegado mi San Martín... Volví a perderme por los vericuetos del refranero y, para evitarlo, me refugié en las viandillas.

Como tenía una mano menos que los demás (la de la escribanía), procuré organizarme para (¡aquello de no cenar, por tomar notas...!) apurar mi copita de manzanilla y trabarla con una rueda de morcilla, que me hicieron pasar el trago, en tanto que observaba algunas conversaciones y a sus protagonistas; pero nada puedo decir más que lo dicho, ya que no los oía. Me aproximé a Luis Coronas Tejada y a Antonio Martos García y recordamos a Alfonso Sancho y la llegada de Luis a Jaén, que nos

refirió en crónica anterior. Allí estaba, divertido con el verbo bienhumorado de estos dos amigos, cuando la voz de Juan A. López Cordero -creo-, me sugiere que reclame a las autoridades de la *cumfratría* lo del marranillo.

— *¿Lo del marranillo?* -pregunto un poco desorientado.

— *Sí, hombre, la insignia de solapa que sólo llevan algunos de los cenantes; pero no todos. Yo ya la pedí en mi crónica.*

— *¡Ah!* -digo comprensivo-,

pierde cuidado que lo mencionaré para ver si así logramos hacernos todos con el distintivo.

Y, es verdad, como unos lo lucen y otros no, no todos parecemos de auténtica pata negra, que se dice ahora. Por mi parte, miro a mi ojal y me encuentro que llevo colocada la insignia de la Asociación Española contra el Dolor, que mi amigo Diego me regaló hace tiempo. Estuve a punto de explicar que hacía juego con mis sufrimientos; pero me pare-



Natalio Rivas
y Pedro
Casañas

ció excesivo y me callé. Lo dicho, queremos un marranillo (de solapa) para cada uno, aunque no sea de oro.

Suena la campanilla y mientras el silencio se abre paso entre nosotros, el oficio de Fernando Lorite García me hace caer en la cuenta de un nuevo despiste:

— ¡Pepe, pon las horas, que eso ayuda!

Son las ocho y cuarenta horas de la tarde

¡Cielos, cómo se me han escapado los minutos! Me enredo en el *tempus fugit* y, al instante, me saca de ello la voz del Prioste que nos saluda y dice:

Amigos: Más que bienvenidos, bien reencontrados todos en la fraternal amistad que nos convoca y reúne, a fin de engarzar un eslabón más en esta, hasta hoy, ininterumpida cadena de anuales encuentros, que son nuestras jaeneras Cenas Jocosas o de Santa Catalina, de las que alcanzamos ya la cota número veintisiete.

Son encuentros gozosos frutos de una inquietud, que permanece durante todo el año como adormilada, pero que, cuando la naturaleza se engalana de su viva y variopinta vestimenta otoñal, y los primeros fríos que anuncian un próximo invierno son ya una realidad, es cuando esa inquietud durmiente se espabila y se aviva a impulso de la ilusión de este evento tan esperado.

Corre el año 2004 y en él, y por vez primera, se ha quebrado la inveterada costumbre de celebrar estos particulares encuentros dentro de la ciudad de Jaén o su término. Y es que ya lo indicaba el Criado Portugués al decir que su señor, hogaño habíase salido por los Cerros de Úbeda. Y toda la razón tenía, pues verdad es que nos encontramos para esta celebración, en la bella y gran ciudad de los Cerros. Y para más exactitud, dentro de la casa-palacio-museo que está marcada con el número seis, de la calle que se llamó de la Rúa y que hoy se nombra de Juan Montilla; mansión monumental, donde por generoso y hospitalario gesto de su propietario don Natalio Rivas Sabater, celebran los Amigos de San Antón la Cena Jocosa del año 2004, en gesto caballeroso que tanto nos honra.

Preceptivo es, y no sería correcto omitir en esta noche, un recuerdo hacia aquellos Amigos de San Antón, que por diversas circunstancias hoy

no nos acompañan, haciéndolo especialmente en primer lugar, hacia el bueno de Manuel Elías Carrasco, que el pasado mes de octubre nos dejó. Muchos de vosotros no le conocisteis, pues muchos años llevaba imposibilitado. Fue cofundador y miembro de número de la Asociación y fue, sobre todo, amigo de sus amigos y persona buena donde las haya. Asimismo, hemos de tener recuerdo especial también hacia los que por dolencias más o menos irreversibles no nos acompañan: Juan Castellano, Luis Armenteros, José Chamorro, Francisco Cerezo o Francisco Olivares.

Hoy vemos entre nosotros una cara ajena a la Asociación, aunque amigo de algunos de nosotros. Hemos querido que en esta noche nos acompañase el excelente amigo Ramón Quesada Consuegra, notable investigador y escritor ubetense, una de las personas que más saben de Úbeda y que dará fe y testimonio de que los Amigos de San Antón celebraron la Cena Jocosa de 2004 en esta querida ciudad.

Motivo grande de satisfacción es la incorporación que en esta velada hacen a la Asociación, María Soledad Lázaro Damas, como Miembro de Honor y Juan Espinilla Lavín, como Miembro de Número, de quienes en breve se hará cumplida presentación y consiguiente recepción. Para ambos expresamos la más cordial bienvenida y que sea por muchos años.

Finalmente, amigo Natalio, creo que soy de los aquí presentes, el que mejor conocimiento tiene de la excepción que has hecho en las actuales costumbres y normas de esta casa, al darnos hoy albergue y cobijo acogiendo esta velada, excepción tanto por la dedicación que has dado a este hermoso palacio, como por los años y años que viene estando exento de aconteceres similares a este. Por ello nuestra gratitud ha de ser doble y sentida, amplia y sinceramente reconocida por cuanto vale. Nuestro deseo es que continúes manteniendo viva la dedicación que hoy otorgas a esta hermosa mansión, una de las joyas del patrimonio monumental ubetense. Para ello, nuestros mejores deseos y el más sincero reconocimiento por tu noble gesto.



Se relaja y diluye la atención, después de aplaudir al orador, y de nuevo la cerveza y la manzanilla frescas alegran y agilizan las lenguas que, entre quesito y lomo, o entre patatillas y jamón, continúan entonando las bocas y templando las mentes. Ramón Quesada de parte con Pedro Alejandro Ruiz. En algún momento da la sensación de que hay más fotógrafos que asistentes; aquello, por los repetidos e intensos destellos luminosos de los flashes, parece un concurso de misses o un parti-

do de rivalidad local. Soledad Lázaro Damas y Ángel Aponte Marín hablan de historia, de institutos (meto baza, es lo mío también), Arturo Vargas Machuca y José María Pardo Crespo siguen con lo suyo que me parece que lo traen desde el autobús. Juan Espinilla Lavín me amonesta casi con seriedad cuando pregunto por los duendes... Juan Higuera Maldonado y Pedro Galera Andreu andan a vueltas con el arte clásico. El anfitrión informa a cuantos se le acercan, se multiplica y, al tiempo, no quiere ser protagonista. Antonio Martínez Lombardo charla, sobre Úbeda, con Ramón Quesada Consuegra y yo también.

Son las ocho y cincuenta y siete horas,

cuando un nuevo toque atrae nuestra atención hacia Juan Cuevas Mata, quien es el encargado de presentar a los dos nuevos miembros, de honor y de número, respectivamente, que formarán parte de los Amigos de San Antón a partir de ahora.

Lo hizo de esta guisa:



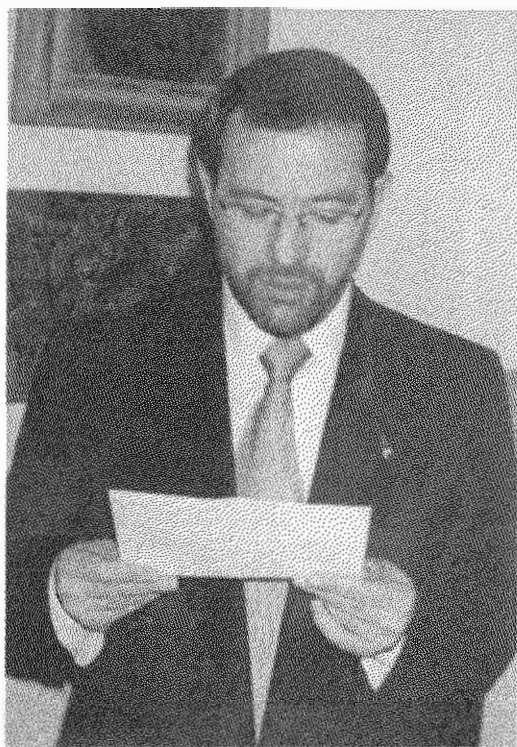
Queridos amigos:

En esta ocasión en la que por primera vez salimos de los pagos capitalinos para celebrar una cena jocosa, nada más y nada menos que a la señorial, renacentista y Patrimonio de la Humanidad ciudad de Úbeda: al espléndido palacio que mandara construir el regidor de Úbeda y capitán de caballería en la guerra contra los moriscos de Granada, Francisco Vela de los Cobos, gracias a la generosa hospitalidad de su actual propietario, D. Natalio Rivas Sabater, me cabe el honor de presentar, por encomienda de nuestro prioste, Pedro Casañas, a los dos nuevos miembros de los Amigos de San Antón nombrados en el capítulo correspondiente a este año de 2004: D. Juan Espinilla Lavín, como miembro de número, y Dña. María Soledad Lázaro Damas, como miembro de honor.

Juan Enrique Espinilla Lavín nació en Granada, aunque con sólo un año de edad, por traslado de su padre, maestro de escuela, vino a vivir



Ramón
Quesada
Consuegra.
Notable
investigador y
escritor
ubetense que
nos honró con
su presencia
en esta Cena



Juan Cuevas
Mata

a Jaén, ciudad de la que es vecino desde entonces y a la que ama profundamente.

Los estudios primarios los realizó en la escuela de D. Guillermo Llera y el bachillerato en el Instituto «Virgen del Carmen». Inició los de Comercio, en la calle Maestra Alta, pero tuvo que dejarlos por el primer trabajo ya que pertenecía a una familia grande, seis hermanos, y el sueldo del padre no alcanzaba para mucho. Después ingresó en la Caja de Ahorros de Córdoba, al igual que otros tres de sus hermanos, desarrollando en ella casi toda su vida laboral, treinta y siete años. Tanto copaban la Caja los cuatro hermanos Espinilla, que algunos socarrones la denominaban jocosamente «el rosario», porque estaba llena de «Espinillas».

Desde niño ha sido un gran aficionado a la montaña, actividad que sigue practicando con el mismo grupo de amigos siempre que tiene ocasión, hasta el punto de que se puede decir que se ha pateado prácticamente todos los parajes de interés paisajístico, medioambiental e histórico de la provincia. A veces, sale al campo también solo, puesto que, además del sano ejercicio físico, en las cumbres de las montañas consigue, gracias a sus profundas convicciones religiosas, una intensa comunión con Dios. Tal vez por este motivo, no falte cada año por Navidad un Belén junto al punto geodésico que señala la máxima altura de Jabalcuz.

En su juventud practicó también la esgrima, disciplina en la que alcanzó cierto nivel gracias a las enseñanzas de su maestro el Capitán Samper.

Desde que inició estudios de dibujo en la Escuela de Artes y Oficios, con D. José María Tamayo, desarrolló una gran afición a las Bellas Artes que, con el tiempo, se ha convertido en una bien dotada biblioteca sobre Arte en general y Pintura y Arquitectura en particular, y en la que también abundan los libros sobre las grandes civilizaciones antiguas y, cómo no, de Historia de Jaén.

Llevado por su especial devoción a Santa Catalina de Alejandría y a su interés por su iconografía, ha conseguido reunir a lo largo de su vida varios cientos de estampas, grabados y fotos de la copatrona de Jaén.

Ha sido miembro activo de la Sociedad Giennense de Ufología y Parapsicología, puesto que esos temas han provocado en él una gran seducción. Sus estudios sobre esoterismo, ocultismo, simbología, espiritismo, ufología, etc. y sus vivencias en relación con ellos a lo largo de los años, le han convertido en uno de los mayores conocedores de los fenómenos paranormales acaecidos en la provincia de Jaén, por lo cual es un asiduo colaborador del programa de Onda Jaén TV titulado «Enigmas sin resolver»; y, algunas de sus teorías como la que relaciona la ciudad aparecida en las excavaciones de Marroquíes Bajos con la mítica Atlántida, sobre la base de su estructura de anillos concéntricos y a la lectura de Platón, o su interpretación de la simbología de las pinturas rupestres de la cueva del Barranco de la Tinaja, han despertado más que interés en algunos de los expertos en los temas.

Juan Espinilla está ya jubilado, tiene siete hijos y tres nietos, es tremendamente tímido, y continúa su búsqueda de una más amplia visión de la realidad física y espiritual.

María Soledad Lázaro Damas es giennense de pura cepa, nació en el barrio de San Bartolomé, en la castiza calle de Josefa Sevillanos, y ha vivido también en el no menos castizo callejón de las Flores. Tiene dos preciosos hijos, una niña y un niño, todavía pequeños.

Al contrario que a Juan, al que he conocido recientemente, a Soledad Lázaro la conozco desde hace mucho tiempo, desde que coincidimos en el aula de primero de Historia del Colegio Universitario de Jaén y desde entonces he tenido la suerte de contarme entre sus amigos.

Una vez licenciados, por mi trabajo en el Archivo Municipal, tuve ocasión de asistir a los inicios de su brillante carrera como investigadora, porque Soledad no entendía su labor como historiadora sin la investigación, y daba muestras, desde un principio, de una gran constancia y de un gran dominio de la paleografía, cualidades imprescindibles para todo buen investigador. Lástima que tanto ella como los demás investigadores recién licenciados, que por entonces acudían asiduamente al Archivo, tuviesen que buscar otras salidas profesionales, normalmente en la enseñanza, al comprobar que de la investigación sólo se podían obtener satisfacciones personales. Pocos han compaginado después la investigación



Juan Espinilla
Lavín y
Soledad
Lázaro Damas,
nuevos
Miembros de
Número y
Honor
respectiva-
mente

con otros trabajos y, de esos pocos, casi todos están presentes en esta cena: Soledad Lázaro, Ángel Aponte Marín, Juan Antonio López Cordero y María José Sánchez Lozano.

Soledad ingresó en el cuerpo de profesores Agregados de Bachillerato en el año 1988, y ha ejercido la docencia desde entonces en diferentes centros de bachillerato de las provincias de Jaén y Granada. Desde hace diez años es profesora en el I.E.S. «Pedro Jiménez Montoya» de Baza.

Desde el punto de vista docente hay que decir que ha asistido y participado activamente en cursos y actividades relacionadas con el patrimonio histórico-artístico y la Historia en general convocados por los Centros de Profesores de Jaén, Úbeda y Baza; ha dirigido varios proyectos de investigación e innovación educativa, ha impartido varios cursos en la sede de Baza del Aula Abierta de Formación Permanente de la Universidad de Granada, y es también profesora tutora de Historia del Arte del Centro asociado de la UNED de Baeza.

Su currículum en relación con la investigación es el fruto de más de veinte años de intenso trabajo y dedicación a la Historia del Arte, y tan extenso que sería muy prolijo de pormenorizar en el ámbito de esta cena, por lo que solamente destacaré que realizó su Memoria de Licenciatura en Historia del Arte sobre «Las fuentes de Jaén», en 1984, y defendió su Tesis Doctoral, titulada «Iconografía mariana en el arte de Jaén: la vida de la Virgen», en la Universidad de Granada, en el año 1995.

En cuanto a las publicaciones, Soledad Lázaro tiene editados cuatro libros como autora individual: Las fuentes de Jaén, Desarrollo histórico del casco urbano de Jaén hasta 1600; La vida de la Virgen en el arte giennense de la Edad Moderna, Arte e Iconografía sagrada en Jaén; La Inmaculada Concepción de María, y dos en colaboración: Pegalajar: aproximación histórica, y Semana Santa en la provincia de Jaén. Tiene otro en prensa: Los plateros giennenses y su clientela en el siglo XVI; y un capítulo dedicado a la catedral gótica en el libro La catedral de Jaén, cuya edición prepara el Obispado.

Ha escrito un total de treinta y siete artículos sobre urbanismo, arquitectura, pintura, escultura, artes menores, etc. para el Boletín de la

Real Academia de Córdoba, el Boletín del Instituto de Estudios Giennenses, y las revistas Senda de los Huertos, Sumuntan, Artes y Oficios, Demófilo, El Toro de Caña, Péndulo, etc.

Ha presentado dieciséis comunicaciones a otras tantas jornadas de estudios, todas ellas relacionadas asimismo con la Historia del Arte: Asamblea de Estudios Marianos, Congreso Peninsular de Historia antigua, Congreso sobre Carlos III y las Nuevas Poblaciones, Jornadas de Estudios de Sierra Mágina, Jornadas de Religiosidad Popular, etc.

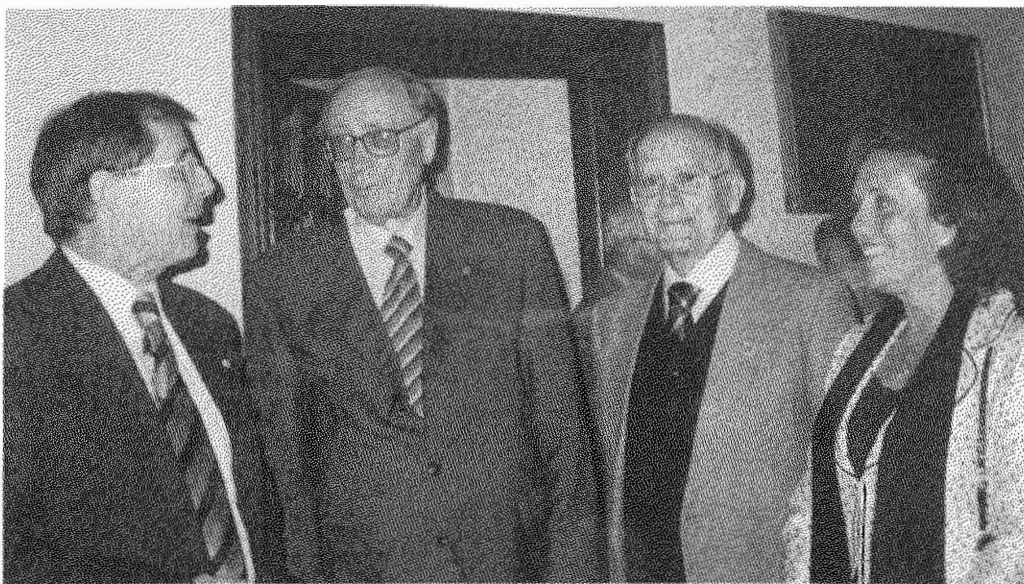
Ha colaborado con varias instituciones como el Museo Provincial, para el que ha realizado varias hojas didácticas, con el Diario Jaén, con artículos divulgativos sobre Nuestras plazas y nuestras fuentes, etc.

Es socia fundadora de CISMA, el Colectivo de Investigadores de Sierra Mágina. Es miembro del consejo de redacción y asesora técnica de la revista Péndulo. Revista miscelánea de difusión cultural, de Baza. Consejera correspondiente del I.E.G. Y, ahora, la cuarta mujer que ingresa en los Amigos de San Antón.

Soledad, Juan, bienvenidos a esta Confraternidad.



Todos aplaudimos la magnífica presentación que Juan Cuevas ha hecho de los neófitos y comentamos algunas de las anécdotas más llamativas que acabamos de conocer.



José García, Luis Coronas, Juan Higuera y María Isabel Sancho



Juan Antonio
López y Ángel
Aponte

En un nuevo giro entre los corrillos, me encuentro comentando con Luis Coronas y Juan Higuera acerca del *galufo* al que hacen ¡fu! los vecinos del sur, y sobre otros extravagantes (para nosotros) alimentos de culturas distintas a la nuestra. Con su buen humor, Juan cierra el asunto respecto a lo del jamón:

— ¡Pues ellos se lo pierden!
¡Donde se ponga un maravilloso
marranillo..., no se pone el alcuzcuz!

Vuelvo con Juan Espinilla y, no sé cómo, acabamos hablando de que él, curiosamente, aprendió a leer con D. Guillermo Llera, maestro extremeño que ejerció en Jaén y a quien conocí. A su vez, este señor aprendió a leer con un abuelo de Juan, también extremeño (pensé en que los extremeños se tocaban) y, claro, le referí que a mí me dio clase José Morales, cuyo hijo aprendió a leer conmigo; hijo este que, a su vez, fue maestro de mi hijo menor. O sea, que la vida es un ovillo sorprendente que, con cierta frecuencia, tiende a repetirse.

Allí al lado, Ángel Aponte y Vicente Oya Rodríguez también están muy entretenidos con unos personajes históricos y sus relaciones.

Son las nueve y treinta y dos horas

cuando, para que hable en nombre de los nuevos, el Prioste da la palabra a la doctora María Soledad Lázaró Damas, después de campanillear brevemente.

Esto dijo:

Estimados amigos y amigas: a veces, cuando se buscan palabras adecuadas para expresar sentimientos y emociones, no siempre se encuentran. Quizá esta sea una de estas ocasiones y, por eso quiero expresaros de la manera más natural y sencilla posible lo que en días pasados y aún ahora ha supuesto para Juan Espinilla y para mí que hayáis querido que, como vosotros, seamos miembros de número y de honor de la Asociación Amigos de San Antón.

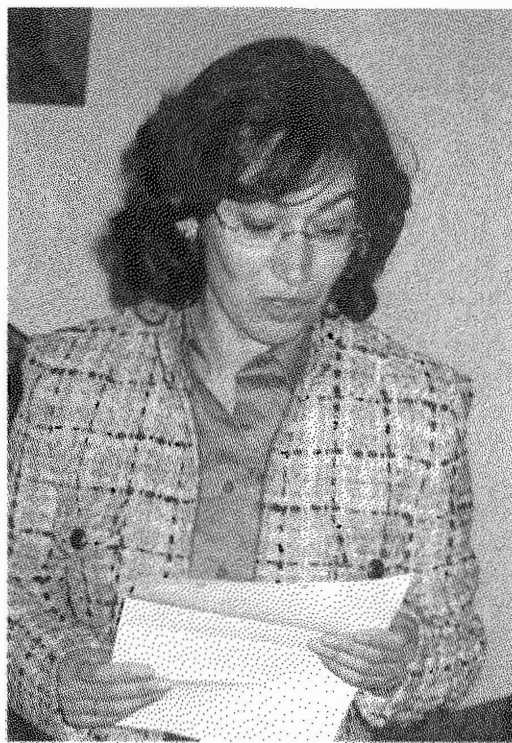
Estar aquí, en el escogido marco arquitectónico que habéis elegido para nuestro ingreso en esta Confraternidad y en esta ciudad singular, en vuestra amistosa compañía, es para nosotros algo muy especial y no sólo porque hayáis tenido la amabilidad y la gentileza de invitarnos a compartir esta noche vuestra renombrada cena jocosa, sino porque, al hacerlo, nos habéis demostrado vuestra atención, vuestro aprecio y vuestra estima.

Queremos agradecer, pues, vuestra cordial invitación a formar parte de esta hermandad, de esta confraternidad que es, al mismo tiempo, una invitación a reforzar los lazos de amistad que nos unen a algunos de vosotros desde hace muchos años, a iniciar otros,

a estrechar nuestro compromiso con la cultura giennense que, de forma tan especial, habéis sabido conservar y transmitir a lo largo de tantos años. Una invitación clara y sutil a compartir vuestros afanes y objetivos.

Y no quisiera yo concluir mi intervención sin demostraros que, desde la distancia que me ha impuesto eso que viene en llamarse vida laboral, no he descuidado aquella curiosidad adolescente que se transformó en un abierto interés por las manifestaciones artísticas de otros tiempos y que se trocó en pasión a veces desenfrenada desde aquella primera vez en que tuve ocasión de cruzar ese sólido y, a veces, frágil puente que nos permite simultanear nuestro presente con el pasado; es decir, desde la primera vez que entré en contacto con la documentación histórica, con un archivo. ¡Palabra bendita!, pensaréis muchos. ¡Incómodo e invencible rival!, habrán pensado alguna vez algunas de vuestras esposas y nuestros maridos. Pero, en todo caso, un bálsamo vivificador y un instrumento que me ha permitido, en la lejanía, seguirle la pista –como dirían los mejores guionistas del cine negro–, a algunos artistas del reino de Jaén que escogieron las crudas altiplanicies del reino de Granada para dejar a la posteridad su obra. Y de esa cuestión quiero hablaros.

Cuando era niña, me enseñaron los libros y mis excelentes maestras que Granada fue conquistada al poder musulmán en el año 1492 y,



Soledad
Lázaro Damas

aunque después leí mucho sobre ello, no comprendí la profunda significación que encerraba esta frase tan lacónica. No lo entendí plenamente hasta que me trasladé, para vivir, a aquellas tierras, a Baza, y me encerré, yo sola, —pues era la única investigadora—, muchas horas en un archivo incómodo y frío enclavado en una verdadera casa consistorial del siglo XVI con pórtico y alfarjes renacentistas. Aquellos papeles, que tantas veces he tenido en mis manos y he revisado, me hablaban de una febril actividad urbanística y constructiva que pretendía renovar en la medida de lo posible la imagen de una ciudad andaluza; aquellos documentos me hablaban de pleitos con Úbeda, con Quesada, por simples cuestiones de linderos y me proporcionaron nombres de maestros dedicados a la arquitectura y a las Bellas Artes a los que después he tenido ocasión de conocer de una manera más profunda. Pero, sobre todo y en algunas ocasiones, me brindaron la posibilidad de volver a leer los nombres de aquellos otros maestros que registraron los escribanos de mi amada Jaén.

Así encontré a Florentín Cheranton, cantero vecino de Úbeda, que se ocupó durante algún tiempo con su cuadrilla, de las obras de construcción del puente del río Barbata; una obra en la que participaron otros maestros de cantería como Rodrigo de Gibaja y sobre la que opinaron otros como Luis Machuca. Creo necesario comentaros que este puente era vital para mantener las fluidas relaciones económicas entre Baza y el reino de Jaén. También vecinos de esta ciudad que nos acoge fueron los primeros maestros documentados en relación a la tasación y condiciones que cumplir en las obras de la cabecera de la catedral de Guadix, unas obras en las que también intervino otro maestro, Hernando de Tovar en 1516.

En la abadía de Baza y en la cercana Huéscar tuve la inmensa satisfacción de encontrar a otro conocido nuestro, el escultor Juan de Reolid, que vivió durante algún tiempo en Huéscar y no por casualidad, allá por los años cuarenta del siglo, de lo que queda refrendo documental (como decimos los historiadores cuando no queremos que otros nos critiquen por la rotundidad de nuestras afirmaciones).

Los bordadores giennenses, entonces muy considerados, también probaron suerte. Y así Francisco Cerezo, bordador vecino de Baeza, realizó diferentes obras para la capilla mayor del monasterio mercedario de Santa María de la Piedad de Baza, patronato y enterramiento de don Melchor de Luna, biznieto del otrora condestable de Castilla, valido de Juan II. Este bordador no sólo realizó ornamentos sacerdotales, sino que sirvió de intermediario entre algunos artistas giennenses y los abades de Baza y los clérigos de la iglesia oscense, dependiente de Toledo.

Unos maestros pintores, Jusepe del Olmo y Juan Antonio de Aguilar, hermanos por más señas, trabajaron en la catedral accitana y también en

el retablo de la capilla mayor del convento de San Francisco de Guadix. Sobre la validez y calidad artística de sus obras, el destino, con su carga negativa de enfrentamientos, de guerras y de destrucción, nos ha impedido pronunciarnos.

Las iglesias del reino de Granada también necesitaron campanas y para algunas de ellas, como San Miguel de Guadix o las iglesias de Abia, Zújar o Diezma, realizó Juan de Balabarca el producto que lo distinguió en su época como un hábil maestro. Quiero decir que este maestro campanero no era giennense sino cordobés, pero trabajó mucho para la diócesis de Jaén.

Siguiendo con los metales, y a los nobles me refiero, también trabajó el oro y la plata para Guadix y Huéscar, a mediados del siglo XVI, mi muy estimado platero Francisco Muñoz y, de entre las obras que realizó, se ha conservado con fortuna una custodia procesional, «la Torrecilla» la llaman los oscenses, realizada con capricho y galanura. Otro maestro que sirvió de oficial en el taller del singular Francisco Merino en Jaén, y que se llamó Francisco Mínguez, también anduvo por Guadix en la segunda década del siglo XVII, pero, de este, poco comentaré pues no fue su actividad, al parecer, tan idónea como se esperaba.

Y como no quiero ser parcial, ni pecar de olvidadiza, ni mucho menos discriminar a artífices de otras tierras, diré que un maestro organero de Andújar vino a Baza para realizar en 1587 el órgano cuyas notas resonaron durante muchos años entre los muros y bóvedas de su Iglesia Mayor.

Y para terminar, pues no quiero alargar en exceso mi intervención, cómo no hacer mención a la figura del insigne arquitecto que diseñó esta casa. He de decir que anduvo algún tiempo en Guadix y su entorno más cercano donde se ocupó en cuestiones de tasaciones y peritaje en relación a su catedral; pero también en la realización de alguna traza. Que paseó por las calles de Baza, que tuvo ocasión de ver las obras que allí se realizaban, que eran unas cuantas y, en especial, las trazadas por su colega Gibaja.

Ni que decir tiene que el reino de Granada fue un terreno virgen, una tierra de promisión en sus primeros tiempos, y con unas amplias expectativas laborales en todos los campos del quehacer artístico, motivo que impulsó a los artistas giennenses a explorar las distintas posibilidades que la cristianización de estas tierras habían generado. Una cristianización que hizo posible, incluso, el traslado de las devociones particulares de los giennenses a las altiplanicies. Hoy en día poblaciones como Zújar, Benamaurell y Cúllar son famosas por sus fiestas de moros y

cristianos, centradas por el referente de una advocación mariana que introdujeron en la zona los repobladores de Jaén y que no es otra que la Virgen de la Cabeza. Yo me he referido brevemente a los artistas, pero podrían comentarse otros aspectos para destacar la presencia de «los de Jaén» —como se decía en D. Lope de Sosa—, en el reino de Granada.



Otra cerrada ovación subraya las muy eruditas palabras de nuestra nueva compañera sanantoniana y, como si intuyéramos que el convite de entrada se acerca a su final, apuramos nuevos y estimulantes traguitos frescos y, en mi caso, me aproximo a D. Natalio y a Pilar Sicilia de Miguel, que está solicitando de nuestro anfitrión el que, si tiene o conoce alguna bibliografía o testimonio que recoja costumbres, vestuario, dan-

zas..., que, por favor, se lo haga saber, para sus continuas investigaciones sobre tales cuestiones. Me resulta curioso el que, como anécdota, cita Pilar lo reticentes que son algunas gentes para permitir el estudio de, por ejemplo, unas medias de la tatarabuela y, en cambio, no dudan en ceder para el mismo fin, una joya cara, sin miedo a que no se la devuelvan. (¡Parecemos personas!)

Hago a ustedes una confidencia. Cuando Soledad hablaba del incómodo e invencible rival que para nuestros cónyuges podría ser un archivo, no pude evitar el pensar en que

tal problemilla no lo tienen nuestros varios compañeros de fraternidad que son célibes y, claro, ellos sí que se deben sentir más libres... Pero rechacé la idea porque me distraía y porque me sonaba a justificación de que «por eso yo investigaba mucho menos» (¡qué cosas!).

En otro corrillo, me entero de que uno de los asistentes y su hermana se han comprado sendos cochazos de la marca Mercedes y, encima, con un sensible ahorro en el precio. Me da un gusanillo...; pero que quede claro que me alegro por ellos y les deseo los más felices y no caros kilómetros por muchos años. ¡Ah!, mantengo el anonimato de estos nuevos mercedarios para que nadie se interfiera en su disfrute; que, en mis tiempos, siempre se decía que esas cosas no se prestan...



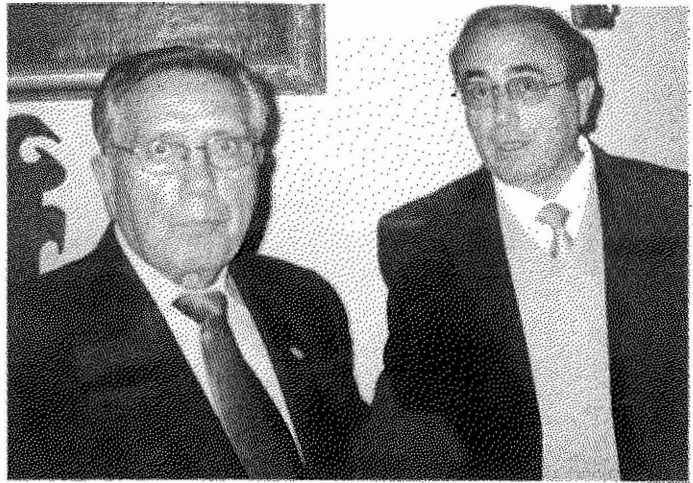
Manuel
Kayser y
Rufino
Almansa

Son las nueve y cuarenta y cinco horas,

en el momento en que, discreta y modosa, suena la campanilla nuevamente. ¡Y nada! Que la comunidad no parece reaccionar. Menos mal que el Prioste tiene buenas muñecas (además de recuperadas rodillas) y el segundo toque domina y acalla los murmullos (y es que se nota que estamos a gusto). En tanto que el silencio se abre paso entre el cañaveral de los corros y las cañitas de manzanilla, que todo hay que decirlo, y que se aprovecha el lapsus para limpiarse los restos que el chorizo, el queso, la morcilla, el jamón, el lomo..., han dejado en las yemas de los dedos, una voz que no está bien que aquí se diga de quién era, comenta:

— *A este paso, vamos a tener que cambiar el instrumento. ¡Parece que ni con un cencerro!*

Como la sangre fónica no llegó al río timpánico, pues no hubo más y se nos requirió para abandonar los escasos restos del convite inicial y para aprovechar el siguiente ratito en un recorrido por la hermosa e interesantísima casa palacio museo, estimulados y dirigidos por su huesped.



Antonio
Casañas y
Juan
Espinilla

LA VISITA

Ya mencioné, páginas ha, que durante la visita, unas amables señoras nos indicaban la existencia de ciertos escaloncillos... Volví a reflexionar sobre ello. ¿No será que por la edad de algunos no se fían de nuestra vista y, por la misma razón, sea por lo que no oímos la campanilla? Si esto fuera así, compadezco al Prioste cuando tenga que agrandar la campana..., aunque se podrían crear un par de plazas de auxiliares campaneros (lo de campanillero me pareció demasiado folclórico) quienes, sobre un palo sostenido a hombros, transportaran la campana y la hicieran sonar o incluso la voltearan a petición del señor Prioste.

De nuevo me resultó evidente que estaba en Ubeda y que parecía deambular por sus cerros. Para más prueba de ello, hube de apoyarme en el brazo de Luis Berges Roldán, porque el desgastado bocel de uno de los escalones y mis fantasías me hicieron vacilar en la pausada ascensión.

Cuando andábamos llegando al primer tramo de la escalinata, se nos requiere para la foto de familia que, con alternancia de fotógrafos, Pedro Casañas y nuestro virtuoso casi profesional de la imagen Ángel Viedma Guzmán, nos hacemos repetida (excepto ellos dos, claro está, que se sacrifican a salir sólo en una). Procuramos poner nuestra más fotogénica carita y, ¡que salga lo que Dios quiera!



Foto interior:
Soledad
Lázaro y Pilar
Sicilia de
Miguel

Durante la visita, desde la escalera con su gran espejo, hasta las diversas salas y galerías; pinturas, bronces, sillones, alfombras, columnas, ménsulas, piedras nobles... entonan un hermoso, histórico, interesante himno al respeto por los testimonios de otros tiempos.

María José
Sánchez y
Juan Cuevas

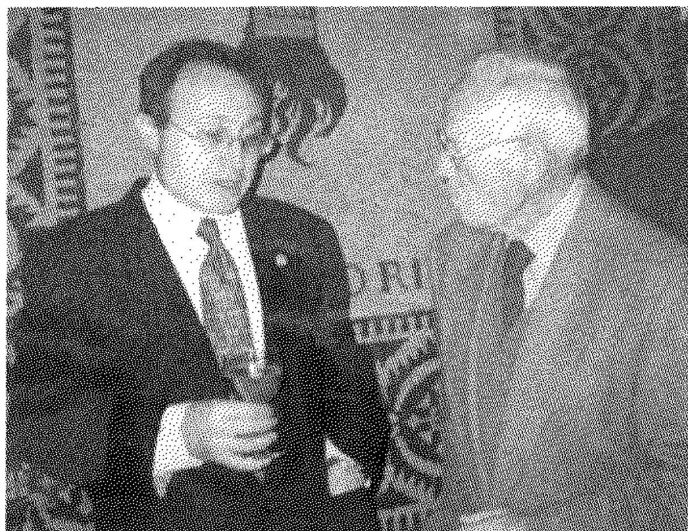
Viejas puertas lucen sus ajustes y marqueterías. Resaltan un medallón y una figura de toro de Benlliure y una Inmaculada de Valdés Leal de hacia el sesenta del siglo XVII. Espejos y cornucopias, mesitas y bargueños con muy diversos objetos preciosos; fotografías, etc., rezuman historia y testimonian otras vidas. Unos volúmenes recogen, bajo el rótulo de *Nuestro tío Juan, en 1902, fue nombrado Ministro de Justicia*, sus discursos en las Cortes y numerosísimos telegramas. Es una gran sala con un rico mobiliario: sillaría, mesas con más y más figuras y fotos. En una de estas, aparece Alfonso XIII... Alguien comenta, como si no fuera muy monárquico, algo sobre cierto consumo excesivo de güisqui... (Sí, me refiero a esa bebida de origen escocés; pero es que la Real Academia de la Lengua lo escribe de este modo y yo, como no sé inglés...)



La biblioteca, con galería intermedia que aprovecha y soluciona



Aspecto parcial de la Biblioteca que guarda más de catorce mil volúmenes



Pedro A.
Galera y Luis
Berges

la apreciable altura de la sala, nos sorprende a cuantos no la conocíamos. D. Natalio resume: *Hay algunos incunables (1494..), otros volúmenes del XVI; los hay en diversos idiomas, algunos tan exóticos como en hebreo, en árabe o incluso en chino...*

Recorro algunos lomos..., vamos deprisa..., espero poder regresar algún día, aunque sólo sea para curiosear con más reposo.

Ahora que he mencionado la magnífica Biblioteca, en la que a algunos de los cenantes, si no a todos, nos hubiera encantado quedarnos,

quiero mencionar, aunque sea de pasada, que, algo más de un mes después del convite, regresé al palacio, donde se me acogió como la vez primera y solicité permiso para rehacer en solitario nuestra visita y para curiosear entre los fondos bibliográficos.

Amablemente se me concedió y, después de gozar morosamente por las diversas salas, recalé en la mencionada biblioteca. No llevaba allí ni cinco minutos, cuando se me ocurrió sacar un viejo y no muy grueso



Pedro Casañas, Rufino Almansa y Juan Higuera

libro en cuyo lomo no logré leer lo que en tiempos debió de ser un rótulo escrito con tinta, ya desvaída. Lo abrí cuidadosamente. Estaba escrito en letra procesal. Eran documentos o, al menos, eso me pareció. Pero en el cuarto o quinto folio lo escrito estaba en columna. Parecían versos. Me centré en ellos.

En una horripilante letra procesal de pasada la mitad del siglo XVII, la más difícil que he leído en mis no demasiado abundantes aventuras archivísticas, pude descifrar lo que sigue, a todas luces copia de algún texto anterior, por los arcaísmos gráficos que no eran pocos:

Tenía este caballero
un criado portugués,
con un ojo de través
y el otro que quedó huero
en un lance pendenciero
en que el bisojo se vio
-del golpe que recibió-,
contra un jaque sevillano
qu'ágil le ganó la mano
y que el *moço* no esquivó.

A pesar de ver tan poco,
y de su mirar torcido,
pronto fue muy conocido
y temido como a un loco.

No había timba en que se hablara,
ni lupanar ni mesón,
ni tugurio o gazapón
en donde no se narrara

del derecho o del revés
la vida, las correrías,
lances o tafurerías,
deste *torto* portugués.

Y tanta fama cobró
por toda l'Andalucía
el mal nombre que tenía,
que hasta a los nobles llegó.

Tal que D. Lope de Sosa
en una bayuca un día
escuchó que se decía
que el portugués *Boamoça*

era el bergante truhán
más alevoso e infiel;
que todos mentaban dél
qu'era infame y vil rufián.

Picado nuestro don Lope
por la fama de tan fiero,
de tan ruin extranjero,
se dijo: *–En cuanto lo tope,
le diré «Ven que te arrope;
a tus iras pon ya tasa;
serás criado en mi casa.
Tenho un vinho muito bom
del que darás buen pregón.
La paga no será escasa».*

Al fin se encontró con él
e hizo como pensó:
al portugués contrató
y firmaron un papel:

*Yo, criado, y yo, señor,
veamos lo que veamos,
o lo que quiera que hagamos,
por el presente juramos
no denunciarnos entramos
ante el Justicia mayor.*

Hasta aquí decía el folio y me sentí desconcertado. ¿Cómo era posible que nuestro admirado D. Lope de Sosa y nuestro tan servicial, discreto y prudente criado portugués (de todo esto último podíamos dar fe en los últimos veintisiete años en que no nos falló en nada), fueran unas personas que llegaran a firmar un pacto casi contra la justicia? ¿Cómo y por qué llegaría a firmar D. Lope aquel pacto? ¿Sería para atraerse la confianza del portugués y ganárselo por un primer afecto personal?

No sabía qué hacer. Me repetía mentalmente aquellos versillos de D. Baltasar: *...y dírete Inés la cosa / más brava dél qu'has oído...*

Se me ocurrió, más por vicio profesional que por otra razón, comprobar si eso de la bravura, atribuida a D. Lope, era tal y como generalmente pensábamos. Y allí me encontré la explicación, al menos para este folio primero que de los papeles antes citados, logré transcribir. En el *Tesoro de la Lengua Castellana o Española*, de Sebastián de Covarrubias, se dice: '**Brava cosa**' por necia cosa y fuera de razón.

No lo habíamos entendido. La cosa más brava no era sino la cosa más insensata y necia. Ahora sí que tenían sentido aquellas dos décimas y sus redondillas.

Satisfecho con mi hallazgo, metí mano en el folio siguiente y, de nuevo, la historia de nuestros personajes se esfumaba, aunque, esta vez, no por una cena. El folio contenía una aburrida contabilidad casera. Hojeé los siguientes y, ¡nada!, allí no había más versos ni prosecución de lo anterior. Tan sólo era una de esas colecciones que, como papeles raros y curiosos, algún aficionado a no deshacerse de ningún documento, había cosido y encerrado en aquel legajuelo.

Así pues, amoscado por aquella frustración, ya que me había ilusionado con desvelar el secreto en que se quedó colgado Baltasar del Alcázar, seguí con los apuntes de mi crónica.

En otra dependencia que recorriamos, Manuel Kayser Zapata, con quien había comentado alguna de las pinturas y tablas, identifica unas figuritas de *art nouveau* y, junto a ellas, más armas, vajillas muy bien conservadas... Una nueva sorpresa es para muchos de nosotros un biombo oriental, bordado en seda, sobre un marco negro, tallado ricamente. Los motivos, de aves, sobre todo, ofrecen luces, brillos, tornasoles e irisaciones en la gama del blanco al hueso, sobre fondo rojo, que casi me hipnotizan.

Escudos, pinturas, un aguamanil mural, la coronación de un retablo... Y pasamos a otra sala. El comedor noble, cabría llamarla. Grandes espejos, elegantes cornucopias, varias artísticas chimeneas, una gran mesa con preciosos centros escultóricos, relojes de bronce, jarrones de bellas porcelanas, sugestivos bargueños, y los suelos, que acompañan el conjunto.

Pasamos a otro amplio gabinete de trabajo, con otra no tan grande biblioteca y diversos objetos: una vieja y gran caja fuerte, aparatos de proyección, monedas, sellos, armas, páginas de libros corales, láminas diversas, mapas...

Contrasta notablemente con lo anterior la visita a un dormitorio isabelino. La cama luce un precioso dosel de bronce, con delicadas



Antonio
Martos y
Soledad
Lázaro



Luis Coronas, Vicente Oya y Natalio Rivas

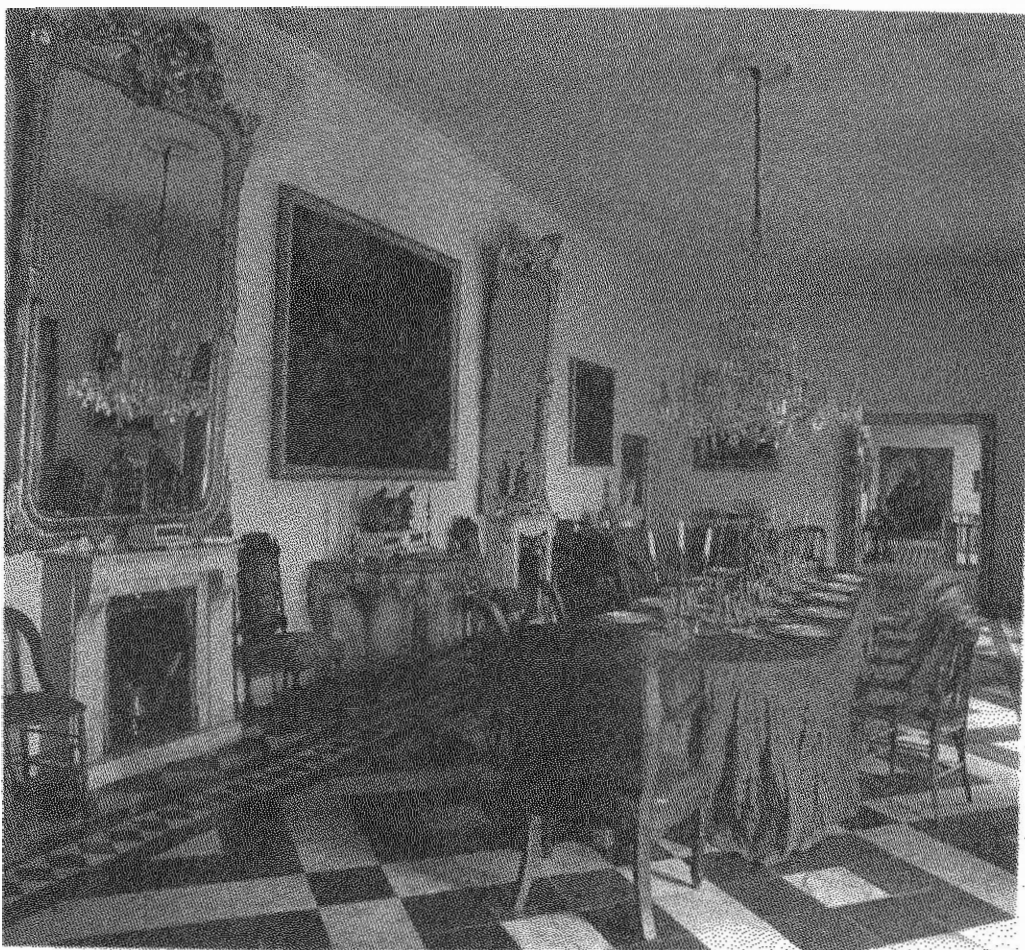
columnitas. Una vitrina exhibe unos coloristas uniformes, que me parecen pequeños; un armario nos ofrece diversos *bibelots*, objetos chinoscos, abanicos con incrustaciones de nácar... ¡Una preciosidad de la época!, me dice Antonio Casañas Llagostera.

En un rincón, un modesto calentador de cama como el de la abuela de mi mujer, con su largo mango de madera y su braserillo de bronce, me remite a mi prosaico y vulgar repelús ante la idea de meterme entre unas sábanas frías. Sonríó para mi capote: algo de aquellos tesoros también lo tenemos las gentes del montón...

Descendemos. En la sala baja, cuadros, títulos, fotografías. Es como el testimonio genealógico-socio-político de la familia. En un gran marco de plata, dedicado en la orla, el título de Caballero de Isabel la Católica, preside desde un testero. Y otros marcos y más fotos y bastones...

Y, en diversos lugares, hemos contemplado artesonados o trozos de ellos, algunos con casetones...

Salimos (porque no hay más remedio y porque el reloj no se para sino en nuestra mente, que quisiera seguir mirando, leyendo, admirando, sorprendiéndose, con tantas, tan interesantes y tan variadas y bellas prendas) al patio central.



Y LA CENA

Es la hora de la cena. Quien al inicio no localizó la tarjeta con su nombre y apellidos, indicadora del lugar que le corresponde en la gran mesa, busca o se deja guiar por quienes fueron más curiosos al principio, a la entrada.

Soledad me llama la atención al comentar que los lindos platos del artista alfarero ubedí Paco Tito, antes mencionados, son diferentes. En cada plaza de comensal, el plato que soporta la servilleta plegada es de un diseño que compite con el siguiente y con el de enfrente y con el de al lado... Caigo en la cuenta de que mi tradicional recuerdo cerámico del acontecimiento que celebramos puede no ser el que ahora descansa en mi sitio. Como decía más arriba, oportunísimo detalle, en fin. (¡Este Pedro...!)



Natalio Rivas, Pedro Alejandro Ruiz y José María Pardo

Son las diez y veintidós horas,

cuando nos sentamos a la casi monumental mesa. Siguen las chácharas entre los grupitos y, a partir de ahora, sí que no me entero de nada más que de lo que se dice u ocurre a mi alrededor más inmediato. Alguien me sugiere (o amenaza, no sé), otra vez, aquello del cronista que se quedó sin probar casi nada por tal de pescar todos los recados que navegaban



Pedro A. Galera, María Isabel Sancho y Luis Berges

entre los cenantes, con lo que estuvo el hombre toda la noche de la ceca a la meca, o zascandileando, vaya usted a saber; aunque tampoco consiguió una exhaustiva reproducción... Aquello me recordó unas palabras que Maribel Sancho me dijo al encontrarnos en la llegada: *Me he comprado una grabadora pequeña, de gran capacidad..., con un micrófono pequeño que se podría colocar en la solapa..., como de espía... Te hubiera venido bien hoy. Me lo he comprado como herramienta para la investigación de lengua oral...*



José García y
José Casañas

¡Cielos!, y yo que no recojo casi nada y que, lo digo sin vergüenza (en dos palabras, no en una), no pienso renunciar a los placeres de la cena... ¿Qué me saldrá?

Nos han retirado los platos de recuerdo y distribuyen los cuencos del resucitante *Caldo con avío* cuyo olorcillo se esparce por el salón hasta que tropieza con los sonos de la campanilla que reclama el silencio necesario para la ceremonia de bendición.

D. José Casañas Llagostera, nuestro buen capellán, a cuyo lado estoy sentado, me oye decir, al mirar yo la hojita preparada con la oración, que es nueva... Esto le hace echarle un ojo e inmediatamente sonreír, como diciendo *¡anda ya!*. Su gesto da lugar a que Ángel Aponte, que lo caza todo, pregunte que qué pasa. Le repito la broma y ello obliga a que D. José haga un gesto muy suyo y desmienta mi ironía.

Son las diez y treinta y dos horas

En fin, decíamos, que sonó de nuevo la campanilla. En esta ocasión, el pueblo, que, tal vez por el indiscreto gusanillo estomacal debía esperar los sonos, calla de inmediato y el Prioste dice:

— *La bendición de la mesa.*

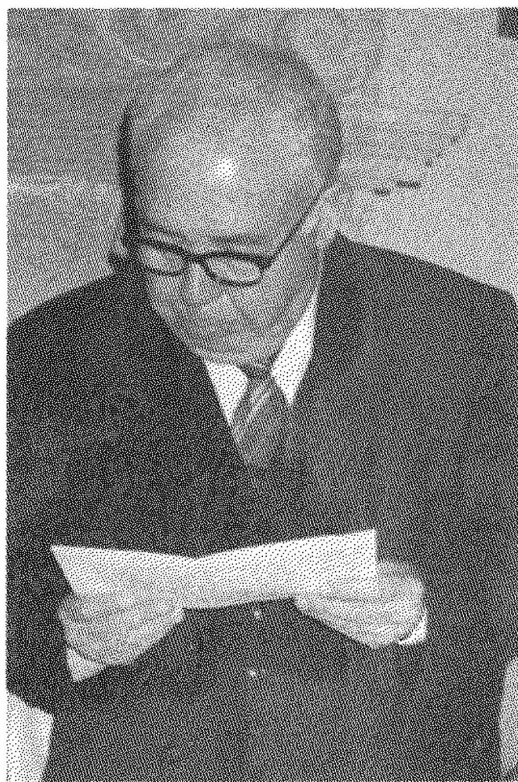
¡Y comienzan algunos imprevistos! Sea por la escasa luz o sea por la vista escasa, nuestro querido bendecidor no tiene más remedio que salir de su sitial y aproximarse a uno de los faroles del patio, porque la oración no se deja leer.

En esos momentos, no puedo remediar el colocar, junto a nuestro invocado San Antón, a Santa Lucía, que también el cronista va acercándose (¡y a qué pasos!) a esa frontera en que uno se atasca o se le saltan las lagrimillas o se cansa, por culpa de... que no hay luz bastante. ¡Oh, tempora!

El amén cierra el silencio y abre el cuchareo. Mengua el runrún y crece el paladeo y el calorcillo que este primer plato aporta a cada uno de los asistentes.

A las diez y cuarenta y seis,

un nuevo tintineo nos solicita otra pausa (el relevo de plato lo van realizando con discreción y silencio los buenos profesionales que nos sirven) para que prestemos atención a Vicente Oya. Nuestro orador se levanta, allá por la cabecera de la gran mesa; saca unos papeles y comienza su exposición con una premonición de inconvenientes que achaca a la «ex-



Vicente Oya
Rodríguez

periencia» (que en su caso es verdad que la tiene, aunque no en el sentido irónico que él cita; no que hay gentes que superan su vigorosa edad y ni han experimentado nada, ni saben nada, ni casi se han dado cuenta de que han estado vivos).

El hombre se echa hacia atrás, rebusca en su manuscrito, vacila, mira hacia el farol más próximo y al ambiente, se recoloca las gafas... De pronto, cuando levanto los ojos desde mi bloc, donde estaba anotando lo anterior, hacia Vicente, me doy cuenta de que Pedro Alejandro Ruiz Ortiz le ha encendido algo junto a la oreja. Como el bueno de Vicente no se queja ni huele a oreja quemada, pienso que no es un mechero, que fue mi primer pensamiento, ni que Pedro sea un eficaz y amable

hachero. Resulta que su oportuna luciérnaga es eléctrica; así que, en vez de hachero, es un lucero (como me enseñaron, hace siete lustros, en

Guaro, que se llamaba al tío de la luz). No sé por qué pensé que aquella linternita procedía de Pedro Jiménez Cavallé y andaba yo buscando una causa por la cual este la llevara encima: localización de semifusas traviesas, miedo a los apagones, tan frecuentes en esta nuestra muy modernizada (por segunda vez) Andalucía...; pero no, al devolverle el artefacto, con la correspondiente cascada de *gracias* que Vicente le da a Pedro Alejandro, que este le traspassa a su homónimo Jiménez y que este transmite a Maribel Sancho, caigo en la cuenta de que es ella la que ha facilitado el chirimbolo luminoso. ¡Es que no puede dejar de ejercer su madrinazgo! ¿O quizás todo se deba a que, como me dijo una vez mi madre, *el bolso de una dama es una mezcla del arca de Noé, el cajón de un sastre y la sopera del aparador*? (Esto de la sopera lo decía porque sobre el aparador teníamos una de ellas que sólo se usaba como adorno y en la que se echaba todo lo que aparecía por el piso y no se sabía donde ponerlo: botones sueltos, una cerilla, tres alfileres de novia, un papel con números telefónicos pero sin nombres, un cadejillo, una rueda de esparadrapo, el tubo de pegamento, un cab● de lápiz, una goma de borrar, un recordatorio fúnebre, otro de una primera comunión, tres gomillas elásticas, un dedal roto, una foto antigua de un bebé desconocido, etc., etc., etc. ¿En casa de usted no hay una de esas soperas?) También se me ocurrió que podría ser alguna antorcha de los equipos fotográficos de su excepcional fotógrafo privado...

En resumen, que Vicente, iluminado por fin, nos leyó esto que sigue:

DE UNA ENTREVISTA

Quiero Aprovechar esta grata Cena Jocosa de 2004, para evocar una larga entrevista que aquí, en esta noble mansión, mantuve con Natalio Rivas Sabater, su propietario, para Senda de los Huertos, nuestra entrañable revista de Los Amigos de San Antón y que se publicó en su número 27, correspondiente al trimestre de julio, agosto y septiembre de 1992, se han cumplido ya doce años.

Aquel encuentro con Rivas Sabater, durante toda una tarde deliciosa, con la compañía de nuestro prioste, Pedro Casañas Llagostera, Juan Castellano de Dios y su hijo Juan, fue muy gratificante para nosotros. Una casa-palacio como esta, me parece a mí que es como la síntesis de una Úbeda serena, hecha de calmas, en calles estrechas, plazas recoletas, remansada en sus templos y en sus conventos y en sus viejos y nobles palacios y caserones. Porque en estos lugares, de tejas para abajo, vibran

la historia y la intrahistoria; vive el arte en sus variadas expresiones y especialmente renacentista; y, finalmente, es donde anidaron bellas y hermosas leyendas que el tiempo no ha podido desgastar del todo. Y es también esta casa-palacio el agua que corre, por el Guadalquivir y el Guadalimar, a los pies de la Loma, con el arrastre continuo de sus viejas culturas. Porque aquí hay vestigios y recuerdos de hechos con proyección universal y de biografías de personajes que tuvieron la admiración de las generaciones al paso de los siglos. Y es, en definitiva, esta casa-palacio como un símbolo más, y muy expresivo, de la Úbeda del emotivo Palomar carmelitano desde donde la Mística Universal, con Juan de la Cruz, levanta sus vuelos camino de la azul inmensidad de los cielos.

GÉNERO PERIODÍSTICO

La entrevista viene a ser uno de los géneros más complicados de la actividad periodística. Es un diálogo que, en su desarrollo, forja preguntas y respuestas y se adentra o invade las más variadas temáticas. Todo cabe. En un diálogo se puede abrir paso todo un precioso material informativo que satisface el deseo de saber y favorece la posibilidad de reflexión. En el Quijote, los diálogos entre el famoso Hidalgo y su escudero Sancho, sus conversaciones, llegan a razonamientos y conclusiones. La obra cervantina es, ciertamente, una serie de diálogos.

Siempre, a lo largo de mi actividad profesional de periodista, he procurado buscar en los entrevistados todo aquello que tienen de interés humano y de proyección divina. He tratado de situar al personaje en un clima propicio para mostrarlo como es de verdad y para que así sea reconocido. No siempre nos encontramos con una personalidad que valga la pena. He querido buscar su realidad humana, libre de prejuicios por fidelidad a mí mismo, al propio entrevistado y al lector. Y así, a lo largo de mucho tiempo, me he tropezado con tipos de la gran farsa del mundo, con gentes variadas como escritores, pintores, músicos, cultivadores de otras artes, profesores, empresarios, trabajadores, políticos o actores, toreros, deportistas, personas, en fin, del quehacer cotidiano. De todos he aprendido y, en algunos casos, ciertas hermosas lecciones.

Algunos de mis personajes, como diría Sancho, se manifiestan sin ton ni son o a tontas y a locas. Diríamos también con el escudero universal, que aparecen en las páginas de periódicos y revistas, la radio o la televisión. Bueno, Sancho seguiría diciendo hoy que estos ciertos personajes que están en el candelero de la fama, muchas veces son como gallinas en corral ajeno, o que van como vicetiples por rastrojo o que pueden venir a cuento como pedrada en ojo de boticario.

La entrevista es cosa de dos, pero no siempre. A veces el entrevistado se hace sus preguntas y sus respuestas y el entrevistador lo único que hace es su firma con alguna ligera intervención. En ocasiones es el periodista quien hace las preguntas y también las contestaciones por lo que su autoría está plenamente justificada. Por último está la verdadera entrevista, la del periodista que pregunta y la del entrevistado que contesta.

DESDE LA EVOCACIÓN

En aquella entrevista que recuerdo, con Natalio Rivas Sabater, mi entrevistado me dijo: Estoy orgulloso de mi casa que es, a un mismo tiempo, monumento, museo, archivo y biblioteca, pero vivos, porque para mí viven el monumento, el museo, el archivo y la biblioteca de esta casa.

Hablaba yo con Natalio Rivas Sabater y, al propio tiempo, me parecía que conversaba con todo lo que convive aquí. Con la historia, con el arte y con el alma de las cosas. También con familias que vivieron en esta casa-palacio y que han tenido peso en la vida de España, como los Rivas, los Sabater, los Montillas, figuras todas ellas con espléndidas biografías.

Todo en esta casa es muy importante para el actual propietario. Pero la biblioteca es algo que aprecia Natalio Rivas Sabater de una manera muy especial. Recuerdo cuando la visité, que tenía algo más de once mil volúmenes. De las más diversas disciplinas y saberes.

En la estancia, con un mobiliario clásico, cargado de nobleza, presidía desde un rincón un Crucifijo con rostro de gran dolor y de amargura inagotables. Había también un cuadro que representaba a José María el Tempranillo, obra de un pintor francés y que llegó a la familia como un regalo curioso, porque, sobre el Tempranillo, el abuelo, Natalio Rivas Santiago, había escrito un valioso trabajo, toda una gran semblanza. Al lado del Crucifijo, el bandolero podía ser el buen o el mal ladrón.

La biblioteca de la casa-palacio es la vida de Natalio Rivas Sabater. Los libros están muy vivos. Cada pieza de la biblioteca es para él como un familiar muy allegado.

Me llamó la atención el libro del abuelo, Rivas Santiago: El siglo XIX. Episodios históricos (Editora Nacional, Madrid, 1945), con el subtítulo de Páginas de mi archivo y apuntes para mis memorias, segunda parte de su Anecdótico Histórico Contemporáneo. Para conocer más y mejor detalles de la intrahistoria del siglo XIX es bueno también acudir a este libro. Yo lo encontré en una Caseta de Libros Antiguos, Raros y Olvidados de las que hay en la cuesta de Moyano, de Madrid.

Quiero aprovechar la ocasión para resaltar una breve ficha biográfica de Natalio Rivas Santiago (Albuñol, Granada, 1865 – Madrid, 1958). Fue abogado, Diputado a Cortes por Granada, presidente de la Diputación granadina y académico de la Historia. Era afecto al Partido Liberal. Durante algún tiempo fue director general de Comercio y luego subsecretario de la Presidencia y de Instrucción Pública. Finalmente ministro de Instrucción Pública. Destacó como escritor. Además de la obra antes citada escribió Anécdotas y narraciones de antaño; Misceláneas de episodios históricos; Estampas del siglo XIX; La escuela de tauromaquia; Luis López Ballesteros, ministro de Fernando VII; y Sagasta.

AMISTAD CON PÉREZ GALDÓS

Aunque no coincidían en muchas cuestiones políticas, Natalio Rivas Santiago tuvo buena amistad con Benito Pérez Galdós (Las Palmas, 1843 – Madrid, 1920).

En el libro mencionado sobre el siglo XIX, Rivas Santiago tiene un capítulo titulado Recuerdos íntimos de Pérez Galdós. Pone de manifiesto la amistad que hubo entre ellos. Desvela que el autor de los Episodios Nacionales se sirvió, y mucho, de los datos que le proporcionó Rivas Santiago para los episodios titulados España sin rey, España trágica y Amadeo.

Cuando llegó a Pérez Galdós la hora de la muerte, Natalio Rivas Santiago, como ministro de Instrucción Pública y Bellas Artes, presentó ante Alfonso XIII un Real Decreto concediendo honores al glorioso escritor y presidió su entierro, acompañándole ante la sepultura, en representación del gobierno.

DESDE EL SILENCIO

Natalio Rivas Santiago, escritor, jurista y político, con el banquero Ignacio de Sabater y el ministro Juan Montilla y Adán forman una trilogía de familias nobles que llenan de recuerdos y siguen vivas entre las paredes de esta casa-palacio. Notables caballeros, junto a egregias damas, todos ellos y todas ellas, viven en los viejos papeles de unos archivos familiares y oficiales. Y en cada rincón de esta mansión.

Todo aquí, desde el silencio, que no desde el olvido, está abierto a muchas preguntas y respuestas. A una entrevista larga, distendida, sin solución de continuidad, con noticias todavía sin dar y con datos que conmueven y estremecen. Natalio Rivas Sabater, el nieto de aquella generación, que esta noche nos acoge en esta casa-palacio, es el guardián de

este patrimonio que promueve en nosotros el afecto y la consideración muy singulares.



Los aplausos a Vicente Oya calentaron las manos, que fueron a los tenedores y, con ellos, las espinacas rehogadas con pasas y piñones se trasladaron, modosamente, por el estrecho camino que dijera D. Baltasar, hasta su lugar de reposo y digestión.

Y, ya que menciono de nuevo a D. Baltasar, quiero ahora entremeter el fruto de una pequeña investigación que realicé después de la antes mencionada visita segunda al palacio de los Vela de los Cobos.

A estas alturas de mi trabajo, se me ocurrió pensar que, si hasta la admirable biblioteca del palacio de los Vela había llegado el documento de las redondillas antes transcrito, no sería mala idea el intentar rebuscar otros papeles raros en más archivos.

¡Trabajo de chinos! (Perdón, ¡trabajo improbable!) Pero di con lo que buscaba. Fue en el de la catedral de Baeza. El mismo tipo de papel, las mismas tinta y letra. Allí seguía la historia:



Antonio
Casañas y
Juan
Higuera

D. Lope es que había pensado,
pues era un hombre cabal,
sacarlo de tanto mal,
convertirlo en hombre honrado.

Por su parte Boamoça
vio en D. Lope un buen partido:
*-Qu'un rico me haya elegido
siempre será buena cosa.*

Sólo había pasado un día
y cambió de tal manera
el porte de aquella fiera
que un buen hombre parecía:

su hablar, ni el de Garcilaso,
sus modales, excelentes.
Lo recibían las gentes
y admirábanse del caso.

Pregonó tan bien el vino
que el amo le encomendó
que, en menos de un mes, vendió
veinte barriles de fino,

dieciséis de trasañojo
y veinticuatro de haloque.
-¡Y que ni un duca lo toque!
-pensó D. Lope, perplejo.

Entre el amo y el criado
pronto hubo gran confianza;
este llenaba su panza
y aquel se sentía colmado.

A D. Lope, una belleza,
un día lo encandiló
y el hombre se enamoró;
casi perdió la cabeza.

Ella se dejó querer
y concedió matrimonio;
firmaron que el patrimonio
d'ambos pasaría a ser.

D. Lope capituló
y, otorgado el documento,
que lo llevara al momento,
al criado encomendó.

Al llegar a la morada
de la señora elegida,
a una antigua conocida
creyó haber visto a la entrada.

Dudó, tan sólo un momento,
si fue mujer o visión
que por su imaginación
la hiciera volar el viento;

Ni siguió ni preguntó
por la mujer referida,
mas la imagen, suspendida,
en su memoria quedó.

La dueña lo recibió
con gran afecto y finura;
pero tanta galanura
al portugués lo escamó

y, sin pensar lo que hacía,
decidió, como tahir,
jugarse en un solo albur
la fortuna que tenía.

No le entregó su mandado
y, con gran desenvoltura
aplomo y gran cara dura,
dio a la dama este recado:

*-Mi amo está por vos tan loco
-dijo sin más parabienes-
que os dará todos sus bienes
si es que lo apretáis un poco.*

La señora enmudeció
ante tal bellaquería;
mas, la ambición que sentía,
sin querer, la descubrió.

*-¿Qué podríamos hacer
y qué pedís para vos?
-De acuerdo iremos los dos
y vos fijaréis mi haber.*

Y hasta aquí lo que encontré sobre esta historia en la catedral de Baeza. Pensé en acabarla por mi cuenta, a mi manera, que no hubiera sido otra que la de hacer atravesar al bellaco del criado de una justiciera estocada, bien por encargo o bien a manos del propio De Sosa, quien, por cumplir su palabra, no lo demandaría a la justicia para que le devolviera su hacienda. Pero, para que yo arbitrara la que consideraba merecida muerte del infiel criado, había un inconveniente grave. ¿Quién repartiría las cartas de las próximas cenas jocosas? Así que lo dejé estar, como lo hiciera D. Baltasar cuando la primera cena con Inés.



Luis Coronas y Ángel Viedma

Son las once y veinte horas,

cuando Pedro Galera, tras el consabido campanilleo y el oportuno silencio, diserta, a petición según nos dice, sobre el palacio que nos ocupa y sobre el autor de sus trazas.

Antes, como durante toda la cena, la charla de mi entorno se ocupa de todo lo que surge. Sobre todo, a este escribano, lo ilustran acerca de historia, investigación y arte, Ángel Aponte, Soledad Lázaro y Juan Cuevas.

A pesar de la hora, la animación no mengua, como tampoco el trasiego de vino, quien blanco, quien tinto; algunos agua; y caen en buena lid las codornices escabechadas, como si nunca hubieran surcado los cielos, como si hubieran estado acostumbradas a esperar en el plato, a desprenderse de sus huesecillos, a caminar por las tragaderas humanas... ¡Pobrecitas, lo buenas que estaban...!

Por el aspecto (y salvo algún ligerillo síntoma de búsqueda de Morfeo que, arteramente, observo en algún comensal; no sé si debido a haber dado cuenta de su plato con excesiva rapidez o a los efectos de los vapores etílicos...), da la impresión de que la compañía no quiere dejar que la asamblea concluya.

Dijo Pedro Galera:

El Palacio Vela de los Cobos de Úbeda

Tenemos el honor los Amigos de San Antón de cenar esta noche en uno de los palacios señeros del Renacimiento jiennense, diseño de Andrés de Vandelvira, y elemento destacado en el conjunto que ha merecido llevar a Úbeda a la declaración de Patrimonio de la Humanidad, junto a la vecina Baeza. Como me piden los Amigos, por mi dedicación a estos temas voy a esbozar en la intimidad de la reunión y de la buena mesa que nos junta algunos comentarios que me suscita esta noble pieza.

Como es sabido, el palacio fue encargo de Francisco Vela de los Cobos, miembro de la familia ubetense encumbrada por el que fuera Secretario del emperador Carlos V, Francisco de los Cobos, continuado por Juan Vázquez de Molina, pariente de igual manera, y así el mismo propietario original de esta casa tuvo la distinción de gentilhombre de cámara con Felipe II y activo prohombre dentro de la comunidad ubetense en la que fue Regidor.

Si por un lado el palacio ha sufrido una reestructuración interior, que no nos permite hoy nada más que juzgar la dimensión vandelviriana en lo que es la crujía delantera del edificio, por otro esa parte es enormemente interesante y además de las que ofrece una documentación fehaciente y precisa de la autoría del maestro de Alcaraz. Se trata, en efecto, de una obra de madurez planteada a comienzos de la década de 1560 o finales de la anterior y que está finalizada en torno a 1564. A través de una escritura notarial sobre la ejecución de una de las partes más llamativas y originales de la mansión, la galería que corona la fachada, realizada por el cantero Jorge Leal sobre diseño de Vandelvira, tenemos unos dibujitos de detalle de los arcos en un margen, hecho relativamente frecuente, pero inestimable por lo que de documento gráfico del maestro, sin duda, posee. El mismo documento además nos informa de que también la portada, realizada por Leal, es asimismo diseño de Andrés de Vandelvira, lo que confirma mejor su responsabilidad en esta obra.

Analizando con detalle lo que resta de original, decía que también merece la pena valorar este palacio. No como uno más, sino como pieza singular. Es cierto, que por una parte ofrece rasgos que para esas fechas ya consolidados en la arquitectura civil del maestro, no por ello menos interesantes, tal como el concepto de «fachada de crujía», que me atrevería a denominar; esto es, el no concebir la fachada como un plano limitado estrictamente a las aristas que comprende al plano que da cara a una calle o plaza, sino que lo continúa lateralmente hasta donde muere la línea del muro definidor de la crujía delantera de la casa, siempre la más noble, y además lo hace de una forma tan intencionada, que resulta a la vez ingenua y brillante, pues la dobla como si de un papel de envolver se



Pedro Antonio
Galera
Andreu

tratara subrayando ese doblez del quiebro plegando una ventana, tal y como la vemos aquí con ese llamativo parteluz o en la continuación de la galería del piso superior. Vandelvira saca así, de paso, un partido inmenso a la esquina, que pasa de ser un elemento muerto a un elemento muy vivo, enfatizado por ese carácter de mirador para los moradores, pero a la vez de objeto que atrae la mirada de los transeúntes; un espléndido juego entre interior y exterior, que repercute indudablemente en el espacio abierto de la calle (recordemos que la plaza a espaldas del palacio Vázquez de Molina no existía como tal, sino que es fruto posterior de la Exclaustración del s. XIX). Su efecto y sus consecuencias se pueden comprobar en el palacio del marqués de Guadiana, unos metros

más arriba en esta misma calle, pero realizado en las postrimerías del siglo, de mayor altura, pero a costa de enfatizar la esquina transformada en torre. De acuerdo que tanto la solución torre-vivienda como la ventana en esquina tienen un «pedigree» dentro de la tradición arquitectónica española, pero pocas veces resuelta con tanta elegancia y potencia como aquí, con recursos sencillos, pero efectivos, como es el contraste de lo desnudo del paramento con la oquedad de la ventana, contrapunteada sutilmente con la columnita de mármol blanco del parteluz y la molduración del frontón.

Los frontones, que acompañan a los tres balcones del plano principal son otro elemento diferenciador en la composición de las fachadas vandelvirianas, pues no solamente resultan elementos clasicistas escasos en el panorama español de la época y del catálogo vandelviriano, sino que por su amplio despliegue del muro, contrasta asimismo con la lisura de este e introduce además la columna y la pilastra, alternantes, como soportes, sin renunciar a los elementos antropomorfos tan queridos del maestro de Alcaraz, relegados ahora al papel de tenantes de los escudos nobiliarios. Todo este segundo piso, tan claramente distinguido del resto en altura y soluciones plásticas, se corresponde con esa paradójica transparencia –a pesar de lo cerrado del muro pétreo– que la composición

renacentista con su sencilla división horizontal nos indica que detrás se desarrolla el Salón o Sala de estrado, la más importante del piso noble de una casa, aquel gran espacio rectangular que se dedica a «recibir» y como tal se mantiene todavía en esta casa.

Por último, la citada galería, obediente a la tradición popular de los altillos o «sobrados», cuya apertura de vanos se liga a las funciones de cámara de almacenaje agrícola y en los palacios urbanos también a aposentos del servicio, se reviste aquí de un tono culto en su decoración moldurada, abandonando la ejecución rápida y de materiales pobres, que suele mostrar la mayor parte del caserío de la ciudad y de la comarca.

El resto del interior de la casa sufrió cambios numerosos e importantes en la medida de los avatares de la historia del inmueble. Vela de los Cobos moría en 1569 y el palacio fue envejeciendo mal, tal vez por el poco uso que el absentismo nobiliario con que se caracterizó la vida social jiennense desde finales del s. XVI afectó a todas estas grandes mansiones en mayor o menor medida.

En 1873, ya en muy mal estado, fue adquirido por el banquero D. Ignacio Sabater, quien le haría una ampliación, además de la gran reforma, que fue el añadido del jardín-cochera lateral, pero que he de decir que es un elemento contemplado curiosamente en otros palacios similares ubetenses del círculo vandelviriano, algo bastante italianizante. La historia más reciente es bien conocida porque la protagoniza su descendiente y magnífico anfitrión, D. Natalio Rivas, que tan gentilmente nos ha puesto este palacio tan significativo en la vida ubetense y en la historia de la arquitectura renacentista para nuestro disfrute cultural, por el cual, como ya se ha dicho aquí esta noche, nos congratula y a cuyo agradecimiento me sumo.

Un caluroso aplauso subraya la intervención que antecede y, a vueltas con la cena y el vinillo, surge en nuestro corro y colaterales un tema trascendente. El de la lotería. Uno de los miembros de honor, pregunta algo así como que cuál es la diferencia entre ellos y los de número. Un numerario responde con que la diferencia reside en que los de número vendemos lotería y los de honor no. Supongo que, como no hubo más comentarios, lo tomarían en serio, al menos algunos.

Media noche, las doce en punto

El Prioste da la palabra a María José Sánchez Lozano quien, en una divertida excursión por las Alpujarras, Pitres en concreto, nos deleita con «La Alpujarra Marítima de D. Natalio». Esto dijo:

Uno de los mayores quehaceres de los políticos en campaña electoral es el de pronunciar promesas. Promesas y promesas, por prometer que no quede. Si se puede hacer, bien y, si no, ya veremos; pero prometer hay que prometer. Bajo esa premisa han sido innumerables las promesas que muchos de nuestros políticos nos han lanzado en campaña electoral y de las que jamás se supo; pero la verdad es que algunas han pasado a la historia por la espectacularidad de su contenido. La que yo traigo a colación esta noche es una de ellas. La protagonizó don Natalio Rivas Santiago (1865-1958).

Fue a comienzos del siglo XX, en la localidad de Pitres, en plena Alpujarra granadina, muy cerca de las conocidas Pampaneira y Capileira. Actualmente Pitres es cabeza de la Taha que forman las localidades de Mecina, Mecinilla, Fondales, Ferreirola, Atalbeitar y Capilerilla. Por entonces, la zona pertenecía todavía a una de las regiones más pobres, aisladas y menos conocidas de España. Puede parecer extraño que precisamente aquel apartado y recóndito lugar formara parte de los mítines electorales de don Natalio. Político que en aquellos momentos, aunque no había llegado a ser Ministro, ya era muy conocido en la política nacional, habiendo desempeñado cargos como el de Director General de Comercio, entre otros.

Había una razón y es que nuestro personaje era alpujarreño, de Albuñol, para más señas, y durante mucho tiempo estuvo muy vinculado a su tierra desde su corazón y desde el compromiso político. Antes de involucrarse en los cargos citados había sido Diputado por Órgiva y Presidente de la Diputación granadina.



Pedro Jiménez
y Antonio
Martos

Pues bien, en una de sus campañas electorales, este insigne alpujarreño, afiliado al Partido Liberal, llegaba al pueblo de Pitres dispuesto a pronunciar uno de sus brillantes discursos, pero el destino le tenía reservado que no sería uno más, este pasaría a la historia y no precisamente por su contenido. ¿Qué es lo que ocurrió?, os estaréis preguntando. Veamos:

El mitin, sin duda debió de ser vibrante, porque las masas tenían que estar enfervorizadas para que don Natalio se dirigiera a ellas entusiasmado preguntándoles: ¡Bárbaros de Pitres!, ¿qué queréis? En medio del frenesí propio de una plaza de pueblo repleta de gente oyendo a uno de sus líderes, se alzó una voz –otros dicen que muchas–, contestándole: ¡Puerto de mar!; a lo que don Natalio, en medio de la pasión política del momento unida al desconcierto de tan extravagante, original y absurda petición, no pudo manejar más opciones y respondió: ¡Concedido lo tenéis!

Es obvio que no voy a entrar en detalles sobre la imposibilidad física de dotar a Pitres de puerto de mar, pero lo que sí puedo contar esta noche –porque paso allí buena parte del verano–, es que a Pitres, poco a poco, lo que le faltará para tener el puerto será el agua. Por lo pronto, nada más llegar al pueblo el visitante se tropieza con una hermosa barcaza, provista de su correspondiente ancla. Enfrente, una placa explica el motivo de tan insólita ubicación, haciendo alusión a tan ilustre prócer y por supuesto explicando que el calificativo «bárbaro» en ningún caso se refiere a grosero, tosco o inculto, ni mucho menos. Don Natalio lo utilizó en su sentido coloquial de estupendo y extraordinario. Y, según he podido comprobar, el gentilicio de Pitres es bárbaro o pitreño, de modo que nada intencionado había en la expresión.



María José
Sánchez
Lozano

El espacio que he descrito se llama Puerto de Pitres y como corresponde a todo puerto de mar, el camino por donde se accede a él se llama Paseo marítimo de Pitres. Realmente llama la atención circular por una carretera de montaña rodeada de castaños, encinas, barrancos... y de

pronto ver un letrero que te indica que estás en un paseo marítimo. Y eso no es todo. Si entramos en el supermercado podremos adquirir latas de melva. Hasta ahí bien, pero es que si seguimos leyendo veremos que textualmente dice: Melva del Puerto de Pitres. Lo mismo ocurre en los restaurantes, en cuyas cartas no faltan especialidades marítimas aludiendo al puerto.

E incluso, corre de boca en boca el rumor de que con el tiempo se construirá un enorme faro marítimo que podrá verse desde el Mediterráneo. De esa forma los barcos podrán distinguir bien el puerto de Pitres. Desde luego, ahora es imposible, la altura de Pitres, 1295 metros sobre el nivel del mar y los montes de la Contraviesa de por medio lo impiden ampliamente.

No se trata de entrar en consideraciones sobre las causas de semejantes pregunta y respuesta. Pero sí quiero indicar que posiblemente el mitin debió de tener lugar después de 1911 que fue cuando se inició la construcción del puerto de Adra, localidad en la que Natalio Rivas vivió de adolescente y gracias a su influencia fue posible la construcción. A buen seguro que los alpujarreños que tan ardorosamente pedían su puerto, lo que pretendían -hartos de las pésimas condiciones en que les llegaba el pescado de Motril-, era no ser menos que los vecinos de Adra. Si don Natalio les había dado un puerto a los abderitanos, ¿por qué a ellos no?

Al señor Rivas, como era de esperar, nadie le pidió responsabilidades, su promesa era totalmente inofensiva, y por supuesto no le impidió continuar su ascendente carrera política en la que llegó a ocupar la cartera de Instrucción Pública hasta en tres ocasiones. Solamente se mantuvo al margen, porque así él lo deseó, durante la dictadura de Primo de Rivera. Por ese gesto, bien podría representar la excepción a la frase, aplicada a los políticos de aquellos tiempos, de que eran «los mismos perros con distintos collares». Al respecto, Gregorio Marañón decía de él que era el símbolo arquetípico de una generación política que se aleja por el empuje de la evolución y no, afortunadamente, por los años.

En esos años de descanso político fue precisamente cuando pudo dedicarse a extraer de sí mismo sus dotes de escritor, historiador y crítico taurino. También atendió su bufete, era la tradición familiar, pero nunca la abogacía marcó sus preferencias.

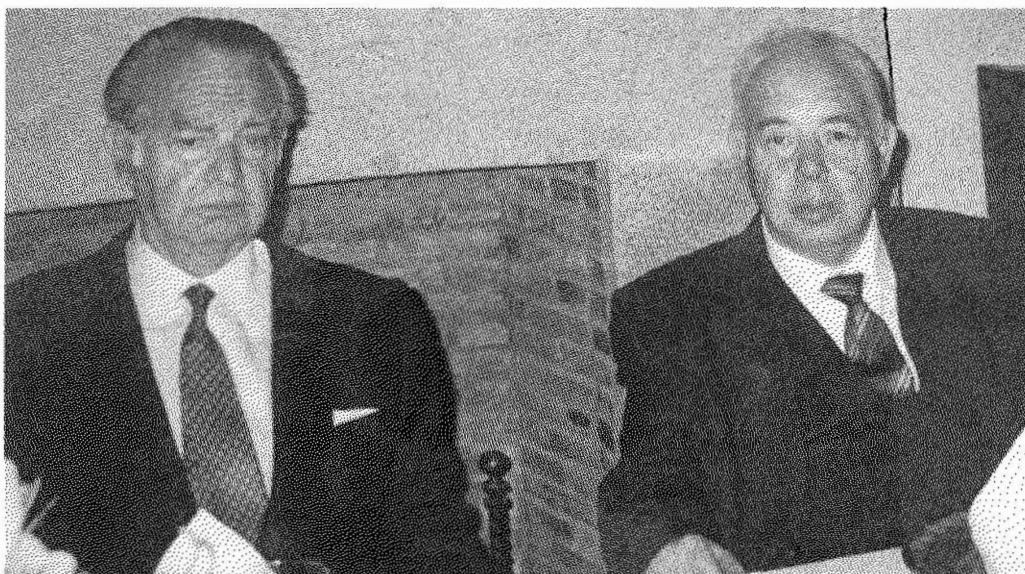
Don Natalio no pudo conocer la trascendencia de su promesa. Murió en 1958 y los alpujarreños de Pitres han decidido reivindicar su paso por la localidad hace muy pocos años. Si él hubiera vislumbrado el alcance de su discurso a buen seguro que lo hubiera incluido en su Anecdotario histórico contemporáneo (1944-1950).

El Pitres de ahora ya nada tiene que ver con el de aquellos años de penurias y escaseces. Hoy es una población con una lenta pero continua expansión económica, la que es capaz de procurarle una fábrica de zapatillas de ballet instalada por los japoneses, y el turismo, aspecto al que del todo no es ajeno don Natalio, pues cada vez llegan más turistas preguntando por el puerto.

Por toda la provincia de Granada son numerosos los colegios, asociaciones, hospitales, calles y plazas que llevan el nombre de Natalio Rivas. En Adra, además, el paseo marítimo también se llama así. Fueron muchas las iniciativas que impulsó y apoyó desde la Corona y no olvidemos que es de bien nacido el ser agradecido. En Pitres, los vecinos, nunca le pusieron su nombre a calle, colegio o plaza alguna. La verdad es que tanto los pitreños como don Natalio volaron muy alto, tanto que el reconocimiento no podía llegar; sin embargo, con el tiempo, es como si la promesa se hubiese cumplido y puede que algún día veamos un rótulo con el nombre de Puerto de Natalio Rivas. ¿Quién sabe?



Mientras que dedicábamos a la oradora aplausos y enhorabuenas, nuestro paciente anfitrión se levantó, fue hasta el sitio de María José y le dio un cariñoso y efusivo abrazo, mientras le decía: *Me ha emocionado mucho.*



Natalio Rivas y Vicente Oya

Sentada ya en su silla y, mientras recibe parabienes más cercanos, le llega de improviso un taco de lotería y, tras recogerlo como cumple, no puede aguantarse un comentario: *¡¿Cómo que los de honor no vendíamos lotería?!*

Y es que está claro que no se puede uno fiar ni de los numerarios; porque, ya se sabe, *hacienda somos todos*.

Servían las peras del postre, con esa amoratadilla coloración que el hervir en vino les da, con la inigualable textura suave y el sabor dulciagrio y exquisito de la fruta y de su aromático caldo..., que hacían pensar al cronista en gratos momentos domésticos y de cocina profesional, cuando una voz fácilmente identificable como casañera, me hace llegar el dato de que tal manjar ha sido preparado, confitado y, para colmo de la generosidad, obsequiado a los cenantes, por D^a Esperanza Casañas Llagostera. Por las entretelas del cronista surge un torrente afectuoso de no tan lejanos recuerdos que evocan familiares imágenes imborrables... y, para sí, murmura un *¡Gracias, Espe!*

Son las doce y veinte horas

Campanita sonante, se le concede el turno a José María Pardo Crespo que nos dijo lo siguiente:



Dice el texto sagrado:

«Cimentad sobre piedra para que cuando vengan las aguas y las tempestades, el edificio se mantenga firme en pie.»

Una de las serias dudas que se plantean al arquitecto al diseñar un proyecto a lo largo de su vida profesional, es cómo afrontar la enorme diversidad de problemas de estabilidad de edificios sobre los terrenos que nos ofrecen, cuya naturaleza suele ser de lo más variopinta.

Y efectivamente, esa duda se me ha ido presentando personalmente a lo largo de las casi cuatro décadas que llevo en esta apasionante profesión y, a lo largo de ella, la duda se fue disipando inexorablemente, al no tener más remedio que coser al terreno el edificio, sea cual fuera el tipo de material que hubiese debajo.

Cuando te hacen el encargo de un proyecto, la primera gestión como arquitecto que tienes que realizar, es averiguar qué tipo de terreno tiene que soportar las miles de toneladas de hierro, cemento y todos los demás

elementos constructivos que lleva consigo un edificio. Una vez que sabes el tipo de terreno que tienes debajo, debes estudiar minuciosamente qué cimentación vas a colocar y cómo la vas a agarrar al citado terreno.

Pues bien, me ha parecido oportuno, a la vez que curioso, exponer a mis Amigos de San Antón, cómo me las he arreglado a lo largo de estos tres lustros y medio, en mi devenir profesional, en cuanto al sistema de sujeción de la edificación, dependiendo de la naturaleza de los terrenos que se nos presentan.

A) Sobre arenas de mar

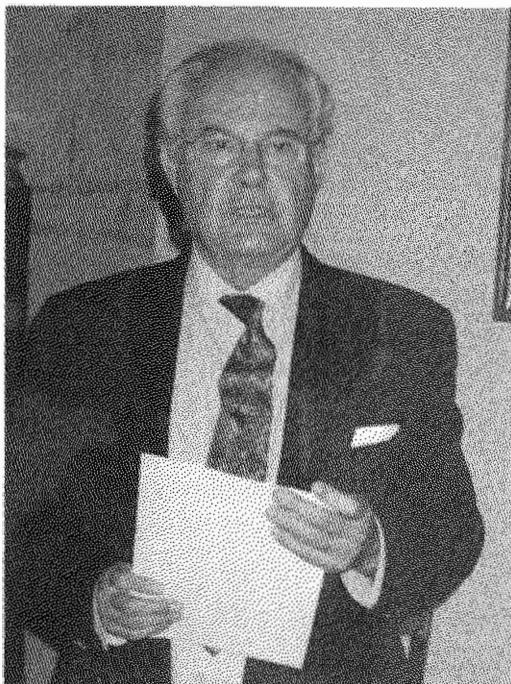
Comencé mi carrera profesional a finales de los años sesenta, en la costa granadina. En el litoral fueron mis primerizos y anhelados encargos de proyectos, y me tuve que enfrentar de golpe y porrazo con terrenos portantes del edificio, en la primera línea de playa, que eran arenas de mar.

En estas playas no merece la pena excavar para alcanzar el firme, pues siguen saliendo arenas, hasta las antípodas; de modo que hay que cimentar en ellas, a base de unas grandes losas sobre las cuales se apoya el edificio. Estas moles de hierro y cemento se mueven sobre la arena, como los barcos se mecen sobre el agua del mar. Se mueven al ritmo lunar de la pleamar y bajamar, pero no se caen.

*En estos tiempos tuve la oportunidad de encontrarme en los cimientos de un edificio en la «costa tropical», con el embarcadero del antiguo puerto de la vieja **Sexi** (vocablo fenicio que le da el nombre a la actual **Almuñécar**). El sistema de cimentación era similar al que adoptamos nosotros para nuestro edificio, con la diferencia de que el fenicio utilizaba enormes módulos de piedra caliza y nosotros utilizamos hormigón armado.*

B) Sobre roca

*Poco tiempo después en la misma provincia granadina, pero esta vez en un pueblecito llamado **Albuñol** –tierra de buen vino–, se*



José María
Pardo Crespo

me encargó un edificio que albergaba una partidora de almendras. Esta es como un terremoto en lo alto de una estructura. Además este edificio estaría ubicado sobre una roca, al borde de una rambla de agua.

La cimentación se tuvo que hacer a base de perforar la roca con barrena y meter unos redondos de hierro descomunales, que serían los elementos de unión con la estructura del edificio.

Pasado el tiempo que fue, se terminó felizmente la obra portadora del citado «terremoto» y cuando se inauguró y ya estaba en funcionamiento la maquinaria de la partidora de almendras, vino una caudalosa y fortísima riada que se llevó al mar todo lo que estaba edificado a un lado y a otro de la rambla, incluida una obra de cuatro plantas; nuestro edificio se quedó solo con el esqueleto de estructura de hormigón, pero la cimentación anclada a la roca no se inmutó.

Indudablemente habíamos acertado con la elección del anclaje.

La riada a la que me he referido fue la de octubre de 1974, la cual originó un delta de la costa y una modificación de la morfología costera coincidiendo con la Rambla de Albuñol, que aún hoy se observa en la fotografía aérea.

C) Sobre arcillas expansivas

Pasado el tiempo, un compañero que fue Amigo de San Antón, Pablo Castillo García Negrete, me puso en contacto con unos promotores de Villacarrillo, pueblo situado en una zona compuesta por arcillas expansivas, es decir, terrenos que al desecarse –pérdida de agua–, se encogen y, al volver a hidratarse, se expanden. Como podéis comprender, estos terrenos no son de fiar, pues se están moviendo continuamente, a modo de acordeón.

Para evitar estos movimientos de sístole y diástole de los terrenos, tuvimos que bajar a cimentar a una cota, en donde ya no aparecían arcillas, y allí precisamente, a unos doce o catorce metros de profundidad, hincamos unos pilotes de hormigón armado –cilindros de unos cincuenta centímetros de diámetro– y sobre ellos apoyamos el edificio.

Los promotores de Villacarrillo quedaron contentos estructuralmente, pues el edificio no se movió; pero económicamente sufrieron un palo fuerte, pues este sistema es muy caro.

En varias ocasiones me he tropezado con estas malditas arcillas expansivas en la zona del Polígono del Valle de Jaén y las rehúyo como si del diablo se tratara. Mi amigo y compañero Manolo Millán, en cierta ocasión me contaba de cuantas noches se las pasó en vela cuando tenía que

cimentar en este tipo de terrenos móviles; pues en cierta ocasión vio como estas malditas tierras en su movimiento de traslación, partían un pilote de hormigón armado de sesenta centímetros de diámetro, como si lo hubieran cortado con un cuchillo.

D) Sobre corrientes de agua

En otra ocasión, unos amigos míos de Campo Redondo, me llamaron para informar una ruina de unos chalés en el campo, que su padre les había regalado con motivo de su veinticinco aniversario de boda y que inexplicablemente se estaban arruinando sin saber por qué. El padre estaba entrando en depresión, después del esfuerzo económico realizado y toda la familia estaba preocupadísima.

Después de un minucioso examen del terreno y ver que era un ferruginoso fuerte, tierras coloradas capaces de soportar mucho más de lo que tenían encima, comenzamos a sospechar de causas ajenas al terreno. Efectivamente, habían realizado una carretera a unos doscientos metros de los chalés, por la parte superior del terreno; estos movimientos de tierras habían desviado violentamente unas corrientes de aguas a unos dos metros de profundidad y las estaban dirigiendo hacia los cimientos de las edificaciones, y estas corrientes las estaban horadando y consiguientemente arruinando.

La solución fue realizar una zanja a unos tres metros de profundidad y desviar el cauce de las endiabladas corrientes de agua.

Se arreglaron los cimientos y todo quedó en el susto. El abuelo se recuperó de su estado depresivo y me obsequió con unos gemelos de oro que, después de treinta años, luzco con satisfacción en determinados momentos recordando el evento. (Son estos).

Estas corrientes de aguas subterráneas las hemos tenido que lidiar durante más de una década, en todo el barrio de las Fuentezuelas de nuestra capital. Como su nombre indica, en esta zona manaban más de veinte fuentes, procedentes del cerro de Santa Catalina, que hemos tenido que ir encauzando y embovedando a través del turbulento y caudaloso barranco de la Magdalena. Nombres como Fuente del Alamillo, de los Corzos, de la Parra... han quedado inmortalizados en los carteles que dan nombre a las calles del moderno barrio.

E) Sobre muralla árabe

Siendo arquitecto de Bellas Artes, allá por los años ochenta, se me encargó por parte de la Dirección General, la reconstrucción y rehabilitación de la Casa de la Tercia de Úbeda. Inmueble situado entre la anchurosa Corredera y la recóndita calle Ventanas.

Este inmueble medio en ruinas estaba al socaire de un Torreón árabe de planta octogonal impecable y sobre un lienzo de muralla de igual época.

La reconstrucción del maltrecho edificio, de época mucho más moderna, la llevamos a cabo sobre los fornidos cimientos de parte de la muralla árabe, pues la casa vieja se apoyaba sobre ellos, y francamente nos fue muy fácil y no tuvimos dificultades, dado que al hacer una cata para averiguar la profundidad de los sillares de los cimientos, estos se apoyaban sobre terreno firme, a unos dos metros de profundidad.

*Este caso se me ha presentado en repetidas ocasiones: en trozos de lienzos de muralla, y sobre sus potentes y ciclópeos cimientos, hemos asentado el nuevo edificio una vez completado el estudio arqueológico que se necesita para la catalogación por el Ministerio de Cultura, dejando vis-
tos los restos históricos, normalmente árabes, para su contemplación.*

F) Sobre losas del Mioceno

Qué duda cabe de que el movimiento sísmico, vulgo terremoto, es el enemigo público de los edificios en altura, dado que la longitud de onda es casi imposible de averiguar y por qué dirección va a aparecer. Por tanto, la losa plana es la cimentación para este enemigo de la verticalidad, dado que esta actuará a modo de pantalla horizontal, minimizando sus efectos.

Pues bien, los conocidos cerros de Úbeda presentan una sección estratigráfica a base de unas capas pétreas de bastante potencia (espesor), gran continuidad lateral y morfología tubular. Se trata de areniscas calcáreas y calcarenitas cuyos estratos se apoyan unos sobre otros o bien llevan intercalaciones de limos y margas.

En Úbeda en concreto, en el antiguo colegio de los Salesianos, junto al parque Norte, tuve la oportunidad de sacar dos piezas enterizas de siete metros de longitud por sesenta centímetros de espesor que pesan cerca de cinco mil kg. cada una, y que con maquinaria pesada las transportamos al campo, en donde se ofrecen de mesa para sostener los manjares que nos comemos con los aceituneros en los remates al terminar la recogida de aceituna.

*Gracias a la cronología que me ofreció el amigo docto y compañero de esta confraternidad Pedro Alejandro Ruiz, se sabe que estas gigantes-
cas rocas se formaron hace unos siete millones de años, en el Mioceno superior, y más concretamente en el Tortoniense superior Messiniense.*



Estas lajas de piedra estratificadas, me las he encontrado también en Baeza y sus alrededores, para seguridad y estabilidad de sus renacentistas edificaciones.

G) Sobre calizas cristalinas

A no muchos kilómetros de la mencionada Baeza, en la denominada Leñares de Baeza (hoy Linares), nos encontramos con un estrato pétreo a gran profundidad, formado a base de piedra caliza, blanco como el armiño. Consultada recientemente la información geológica sobre la zona, probablemente se trataba de una dolomía de edad triásica, es decir, de comienzos del Mesozoico, hace unos doscientos cuarenta millones de años.

Corrían los años ochenta cuando tuvimos que vaciar un sótano en la bien denominada calle Riscos, esquina a la calle Tetuán. Gracias a la pericia de artificieros jubilados de las extintas minas de Linares, se pudo ir sacando, a base de cientos de microexplosivos de pólvora, la perfectamente cohesionada roca, no sin romper algunos cristales de las calles circundantes, pues cuando la hacían saltar los explosivos, la cristalina caliza... se troceaba en minúsculos trocitos pétreos difíciles de controlar..

Ni que decir tiene que estos cimientos son más seguros que ningún otro, pero salen carísimos económicamente hablando. Y los aparcamientos suelen tener unos precios difícilmente adquiribles.

H) Sobre arcilla o barro de botijo

*Como la naturaleza es caprichosa, a no más de diez kilómetros de la blanca y durísima dolomía linarense, nos encontramos con el denominado **barro macho** o barro de botijo, en la industrial urbe de Bailén.*

Se trata de arcillas con cierta proporción de arena fina, lo que aumenta su capacidad portante convirtiéndolas en materiales más favorables para colocar sobre ellos los cimientos del edificio ya que, además, sus características geotécnicas las hace menos expansivas.

I) Sobre restos arqueológicos.

Y para terminar, expondré, unos terrenos que albergan en su seno restos arqueológicos de cronología muy variable y variopinta. A modo de pincelada diré que en las Fuentezuelas de Jaén, junto al polideportivo, a comienzos de los noventa, nos encontramos unos sarcófagos pétreos, excavados en la roca de la primera época romana. La cimentación de nues-

tro edificio fue a base de zapatas excavadas en esa dura roca, al igual que hicieron los romanos hace dos mil años, con la diferencia de que, por aquel entonces, excavaban la roca para colocar féretros y nosotros colocamos zapatas de hormigón armado.

En Martos, junto al polideportivo, nos encontramos, a finales del siglo XX, unos restos árabes a base de muros, contrafuertes y demás elementos de defensa. Al no poder demolerlos, nos exhortaron a conservarlos tal cual, cubriéndolos con una gran capa de gravilla sobre una superficie geotextil. Sobre este elemento hicimos una losa de hormigón y sobre ella cimentamos el edificio. De esta forma salvamos el tesoro árabe para siempre y el Martos moderno es soportado por restos históricos de la antigua **Tucci**.

En otra ocasión, a comienzos del siglo XXI, en el Bulevar de Jaén, al encontrarnos restos arqueológicos de varias épocas entremezclados, la Delegación de Cultura creyó conveniente conservarlos y tuvimos que alternar la cimentación tradicional con zapatas (donde no había restos arqueológicos), con unos pilotes de hormigón armado que introducimos entre los restos arqueológicos para no deteriorarlos, y sobre ellos edificamos una esbelta construcción.

Esto de la arqueología es maravilloso para dejarla vista al aire libre y admirarla, pero creedme, es complicadísimo, a la vez que apasionante, cuando sobre ella, debes edificar moles de hormigón de diez plantas y, a la vez, debes conservar los restos arqueológicos para su exposición.

Resumiendo:

Después de cimentar sobre movedizas arenas de mar, escarpadas rocas, peligrosas arcillas expansivas, cristalinas corrientes de agua, ciclópeas murallas árabes, gigantescas losas del Mioceno, durísimas dolomías cristalinas, moldeables barros de botijo y variopintos restos arqueológicos, he podido sacar la conclusión de que:

«Es precisamente la complejidad, la que da a la profesión de Arquitectura su sublime belleza que toda persona sensible percibe, para su contemplación, goce y deleite, alabando la gloria de Dios».



Mientras que, con el resto del grupo, aplaudía a José María, me confesé a mí mismo que me alegraba de no haber sido minero, ni



Ángel Aponte y Soledad Lázaro

cimentador de construcciones: tantas cosas extrañas para mí... ¡Con razón los antiguos vivían en chozas!

También me dio la impresión de que Pedro Alejandro sería quien mejor lo entendería, por aquello de lo geológico, y Luis Berges, claro, y Arturo Vargas-Machuca... Y, en los momentos en que se ocupaba de la verticalidad de las construcciones, recordé una frase que mi hijo menor me refirió cuando llevaba alrededor de un mes supervisando proyectos y construcciones por la Costa del Sol. Me dijo:

— *Papá, ya sé por qué no se caen las casas.*

— *¿Por qué?* -le pregunté yo extrañado, supuesto que había terminado, y muy bien, sus estudios de ingeniería civil.

— *Porque Dios no quiere* -me respondió, rotundo, mientras yo dirigía mi mirada al techo que, en aquel momento nos cobijaba.

20

Postres idos, dulces de sobremesa y copita de resol, o resoli (como no estaba Ignacio Ahumada...), procedente de Torres y obsequio de Ma-

ría José Sánchez, o copita de anís Castillo de Jaén; o las dos cosas... y, con el dulce, el amargo entrevero del final.

Ya se apagaron los ecos de los toques de las horas de ánimas, de vísperas y de completas. Así que el Prioste, quizás por temor a que nos acercáramos a la de maitines, campanilleó de nuevo.

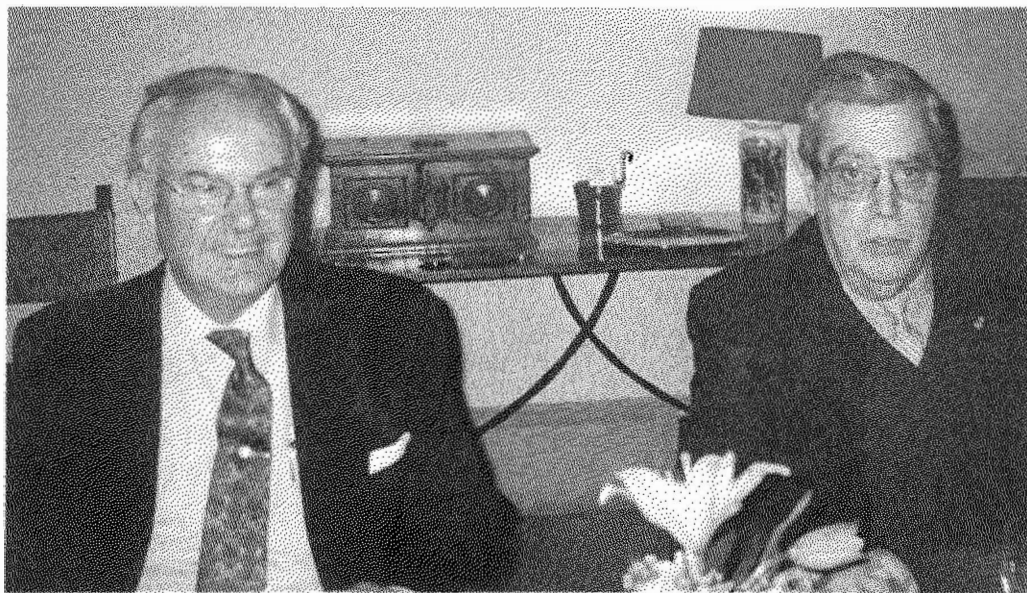
Era la una

y Pedro Casañas leyó la despedida.

Amigos: La Cena Jocosa del año 2004 toca a su fin. Con pena; pero es así. Antes de decir adiós, antes de decir hasta la cena del 2005, de ingratitud pecaríamos y poco agradecidos seríamos, si no mostrásemos hoy nuestro afecto y reconocimiento, a la persona que durante tantos años y en condiciones a veces precarias y dificultosas ha servido estas queridas cenas.

El amigo Antonio Molina Fernández, llegado que sea el próximo día de San Andrés, es decir, el treinta del mes en que estamos, cesa en su actividad hostelera por una bien merecida jubilación.

Su espléndido y querido restaurante La Ponderosa, cierra sus puertas tras más de cuarenta años de servicio al público. En su consecuencia,



José María Pardo y Fernando Lorite

a los Amigos de San Antón nos deja huérfanos en estos menesteres, por lo que bien nos acordaremos de él.

Amigo Antonio: en nombre de la Asociación y en el particular de cada uno de sus miembros, gracias, gracias y gracias; por las atenciones que hasta este instante nos has venido dispensando. Te deseamos, con nuestra gratitud, una larga y dichosa jubilación al arrimo y cariño de tu querida familia. Con este sincero y sentido aplauso, que sea por muchos años y que todos lo veamos.

(En este momento, la evidente portavocía que el señor Prioste ejerce, queda manifiesta en la piña de aplausos que estalla unánime y dirigida a don Antonio Molina Fernández, quien nos corresponde con un, también evidente, emocionado saludo. Vivimos uno de esos momentos en que, por un motivo feliz, el de la jubilación, se llega a una situación de tristeza, por la despedida, y, al tiempo, se siente la alegría de compartir el afecto por un amigo.

Y siguió el Prioste:)

Ya sí finalizamos, no sin antes reiterar una vez más las gracias a Natalio Rivas Sabater, por el gesto de acogernos en esta espléndida mansión-museo, para dar cumplimiento a la Cena Jocosa del año 2004. Natalio Rivas, muchas gracias.

Amigos todos. que la paz, cordialidad y fraternal amistad que ha presidido esta entrañable Cena, vuelva a repetirse en la Cena Jocosa del año 2005.



Mientras volvíamos a aplaudir, sobrevolaba por la sala el pájaro negro de la orfandad culinaria en que la jubilación de Antonio Molina nos dejaba para las siguientes celebraciones. No obstante, por lo mal acostumbrados que nos tiene, pienso que todos confiábamos desde ese mismo instante en que nuestro Prioste, como lo hace siempre, resolvería oportunamente aquella contrariedad.

Nos fuimos poniendo de pie y, desde la vetustilla grabadora tradicional, comenzó a salir la acostumbrada melodía que cierra las cenas y, por los cerros de Ubeda, a través de las rendijas de la casa palacio de los



María José Sánchez y Juan Antonio López

Vela de los Cobos, se fueron esparciendo las notas y versillos del Himno a Jaén. En el frío de la noche, por los viejos palacios ubedíes, choqueteaban los ecos de esa otra nuestra *Bella ciudad de luz...*

Al dejar el almo palacio, nos zambullimos de nuevo en la noche de la loma, escoltados hasta el autobús por el paisaje urbano renacentista de la sin par Úbeda.

Las luces de sus calles y plazas, así como las que, para embellecer la panorámica nocturna, arrancan a sus venerables piedras palaciegas los llamativos perfiles arquitectónicos y los tonos acaramelados que, si cabe, acumulan más nobleza a las fachadas y a los espacios, se grabaron nuevamente en la retina de cuantos transitábamos desde el umbral del palacio que abandonábamos hasta el prosaico (sin embargo de oportuno y práctico) autobús que nos trasladaría a Jaén.

Poquito a poco, por la Ronda de la Muralla, abandonamos la espectacular ciudad que nos había acogido y, por la carretera de cornisa que se convierte en mirador de ese tramo del valle del Guadalquivir, regresamos, satisfechos y gozosos, al par que un poco melancólicos y fatigados, hacia el Jaén que, una vez más, paradójicamente, nos separaría a algunos hasta que el azar quisiera o, como muy tarde, hasta la siguiente Cena Jocosa, la del 2005, que está ahí mismo.

Miré a Pedro Casañas con disimulo y, créanme, ya le noté que su caletre había comenzado a pergeñar las soluciones y medios para la dicha cena del año que viene. ¡Este Prioste...!

Coda:

Ya en el autobús sentado
de vuelta para Jaén,
que todo ha estado muy bien
ha sido lo que he pensado.

El marco ha sido genial,
el anfitrión, noble gente,
la compañía excelente
y el ambiente fraternal.

Y qué decir de la cena,
salvo que el tiempo se pasa
y, con dolor, otra casa
nos la servirá. ¡Qué pena!

También es de agradecer
el transporte aquí elegido,
que es mejor ser conducido
cerca del amanecer.

En fin, señor Portugués,
un regomello me embarga
y es que el Prioste me encarga:
– *Cuenta todo lo que ves.*

Y yo que, con once años,
empecé con la miopía,
por los cerros me salía
a contar cuentos extraños.
¡Perdone la Cofradía!

Y final

He de confesar que, ya acabada la Crónica que antecede, seguía sin convencerme el haber dejado nuevamente truncado el final de la historia de D. Lope de Sosa y de su Criado Portugués, así que lo comenté (¿con quién mejor?), con nuestro sorprendente y polifacético Prioste y, fruto de esa conversación y de la lectura del borrador de la crónica, allá

en el despacho, a la vera de San Ildefonso, me miró así como él lo hace cuando sabe que tiene una carta en la manga y...

— *Espera un momento* -me dijo, mientras que se levantaba y se dirigía hacia el archivo interior; ese lugar donde habitan o, mejor, donde dormitan los números atrasados de las *Sendas* y de las *Crónicas*.

Al cabo de unos minutos, regresó con un liviano cuadernillo en octavilla, cuyos papeles tenían el característico color alilla de mosca de los papeles viejos. Se sentó de nuevo a la mesa, pausadamente, a sabiendas de que me estaba despertando una muy viva curiosidad. Se ajustó las gafas y, sin más ni más, me leyó lo que sigue:

«...Aunque de otra mano y no ya en redondillas sino en romance, aquella peregrina historia continuaba así:

*-Dadme señora un billete
en el que, con buena maña,
le pintéis a mi señor
que padecéis gran desgracia:
que necesitáis fiar
a vuestro padre, mañana,
o que lo encarcelarán
por años, por una estafa
contra la hacienda real
que los jueces a él achacan.*

*Decilde que, por amor,
osáis hacerle demanda
de que otorgue al portador
toda su hacienda en la carta.
Y decilde que, si no
quisiera haceros tal gracia,
que entenderéis tal razón
y vuestro amor no menguara.*

*Cayó en la trampa el ratón
y aquella carta otorgara
y al criado se la dio
para que se la llevara.
Y bien que se la llevó
pues que a nadie la entregara.*

*La señora demandó
al pretendiente su carta*

y, entonces, se descubrió
que el criado la engañara.
La dama, que tal no era,
otro palomo buscara
y el caballero quedó
sin amor, tierras ni casa.

Fue hasta el Justicia mayor
a denunciar la jugada
y el buen hombre recordó,
esclavo de su palabra,
que firmó no denunciar
a su criado por nada.

Mohíno y desesperado
se encerró en una posada
a cambio de su jubón,
de su capa y de su espada,
que el posadero tomó
como prendas muy preciadas.

Una semana después,
el posadero lo llama
y le dice que, embozado,
un caballero reclama
la presencia del señor
que, arruinado, allí posaba
por culpa de un mal criado
y una coima malhadada.
Curioso baja el señor
donde el embozado aguarda
y este le alarga un papel,
sin descubrirse la cara,
que resulta ser aquel
que, ingenuo, el señor firmara
donando toda su hacienda
al portador de esa carta.

Incrédulo, lo relee
y las lágrimas le saltan.
Se dirige hacia el tapado
y le pide que le abra
las claves de aquella acción
y le descubra su cara.

Su criado descubrió
-pues era el que allí se hallaba-
el rostro ante su señor
y este discurso expresara:

-Espero que el gran dolor
que has pasado esta semana
te cure, en el corazón,
tu exceso de confianza,
tu irracional ilusión
por una mujer malvada
y que prudencia y razón
aniden por siempre el alma
que tienes, a mi entender,
excesivamente alba.

Y ahora, señor, como pago
y castigo por mi hazaña,
rompo el papel que te ató,
por honrado, a tu palabra.
Y, si me aceptas, señor,
como criado en tu casa,
dispón a placer de mí
que, arrodillado a tus plantas...»

— Y ahí se acaba -me dijo Pedro, mirándome y cerrando el cuadernillo-, este romance que, hace muchos años, encontré entre las hojas de un librote que me regaló uno de aquellos lañaores que recorrían las calles pregonando: «¡Se arreglan los somieres, se echan piezas y telas nuevas barataaas!», so pretexto de agradecimiento, porque yo le había ayudado a conseguir un expediente de buen comportamiento. Como no incluye ningún dato ni ninguna pista que sirviera para identificar a qué se refería, nunca lo contextualicé; pero al escuchar la lectura de tus hallazgos..., de pronto, he tenido la certeza de que este, sin duda, es el final de la tan misteriosa cosa que D. Baltasar del Alcázar no llegó a contar a sus lectores, por culpa de los vapores del vino de aquella cena junto a Inés...

Y, si lo dice el Prioste, por mí no hay óbice que oponer. ¿Tú, lector, qué hubieras hecho?

¡Quedad con Dios!

8

9

10

11



Imagen de San Antón. Anónimo siglo XVII, catedral de Segovia.

Addenda

a la Crónica de la Cena Jocosa del año 2004



De lo que por falta de tiempo no pudieron decir
cinco Amigos de San Antón en el transcurso de esta Cena:
Juan Antonio López Cordero, Antonio Martos García,
Arturo Vargas-Machuca Caballero,
Juan Espinilla Lavín y Pedro Jiménez Cavallé.

Las mezquitas de Jaén

JUAN ANTONIO LÓPEZ CORDERO



La religión ha identificado a muchas culturas como una seña de identidad que lo engloba todo, porque ha constituido una de las manifestaciones exteriores más relevantes. Con frecuencia unos cultos sustituyen a otros utilizando las bases materiales de los anteriores. Es el caso de las nuevas iglesias que surgen en época medieval tras la conquista de las poblaciones musulmanas tras consagrar sus mezquitas.

La mezquita tenía en el muro de la *qibla* el punto de referencia en la oración. La mayoría de las mezquitas de al-Andalus no están orientadas hacia la Meca. Ya en el siglo X, muchos alfaquíes estaban convencidos de ello, pero respetaban la tradición existente, basada en la astronomía popular. Los primeros árabes llegados a la Península orientaron las mezquitas de forma diversa, pues el concepto de *qibla* fue diverso según el período determinado. También influyen otros factores como la disposición del terreno, la estructura de la ciudad, la utilización de anteriores templos cristianos como mezquitas¹,... Ya en la ampliación de la aljama de Córdoba se inició un debate por parte de los astrónomos sobre la orientación de la *qibla*.²

¹ Teniendo en cuenta que los templos cristianos tenían el altar mayor orientado hacia el Este, la reconversión de las iglesias en mezquitas motivó un giro de la *qibla* hacia el Sur, que a la vez favorecía al rezo por su disposición transversal. En la Península las mezquitas están orientadas en un arco entre el Sureste y el Sur, entre 135 y 180 grados; mientras que la *qibla* moderna, calculada por coordenadas geográficas modernas, estaría situada entre el Este y el Sureste, entre 95 y 108 grados (RIUS, Mónica, *La Alqibla en al-Andalus y al-Magrib al-Aqsa*, Anuari de Filologia (Universitat de Barcelona) XXI (1998-99) B-3. Institut «Millás Vallicrosa» d'Història de la Ciència Àrab, Barcelona, 2000, p. 105)

² JIMÉNEZ, Alfonso, «La qibla extraviada», *Cuadernos de Madinat al-Zahra*, 3 (1991), p. 189-209; y RIUS, Mónica, *La Alqibla ...*, p. 104.

Los textos de la astronomía popular dicen que la *quibla* debe orientarse al cuadrante sureste, que comprendería el orto del Sol en los días de equinoccio y el Sur, buscando dirigirse hacia la estrella Suhayl, que no se ve desde esta latitud, excepto en los puntos más meridionales. Solía utilizarse para este fin la estrella polar. Decía *al-Umawi al Qurtubi* en el siglo XIII: «lograrás la *qibla*, en al-Andalus, colocando el Polo en el hombre izquierdo y dirigiéndote, luego, hacia el S. Donde quede tu vista, será la *quibla*». Otros autores como Ibn Aviv (m. 853), aconsejaban dirigir la *quibla* al orto del Sol en el solsticio de invierno (120 grados).³

Al igual que algunas de las antiguas mezquitas se habían erigido sobre iglesias visigodas, la reconquista cristiana cambió de nuevo el tipo de culto de estos lugares.⁴ En estos casos, el altar mayor de la nueva iglesia consagrada sobre la mezquita solía tomar un giro de 90°, tomando la dirección del culto hacia el cuadrante Noreste, en busca del orto del Sol de Verano o el Este como punto de referencia en la oración. Por otra parte, es una constante en todas ellas la planta basilical y su ubicación en plazas o plazuelas.

La crónica del Condestable Miguel Lucas de Iranzo nos cita las iglesias de Jaén, a las que éste acudía rotatoriamente a oír misa: Iglesia Mayor, San Lorenzo, Santiago, San Juan, San Benito, La Trinidad, La Magdalena, Santa María de Consolación, San Miguel, Santa Catalina, San Andrés, Santa Cruz, Santa Clara, San Pedro, San Bartolomé, San Francisco, San Clemente, y San Ildefonso; algunas de las cuales estaban adscritas a conventos. Aún hoy día permanecen muchas de ellas. De algunas tenemos las referencias de que fueron mezquitas, y otras podemos suponerlo por la traza que presentan, asombrosamente similar en casi todas.

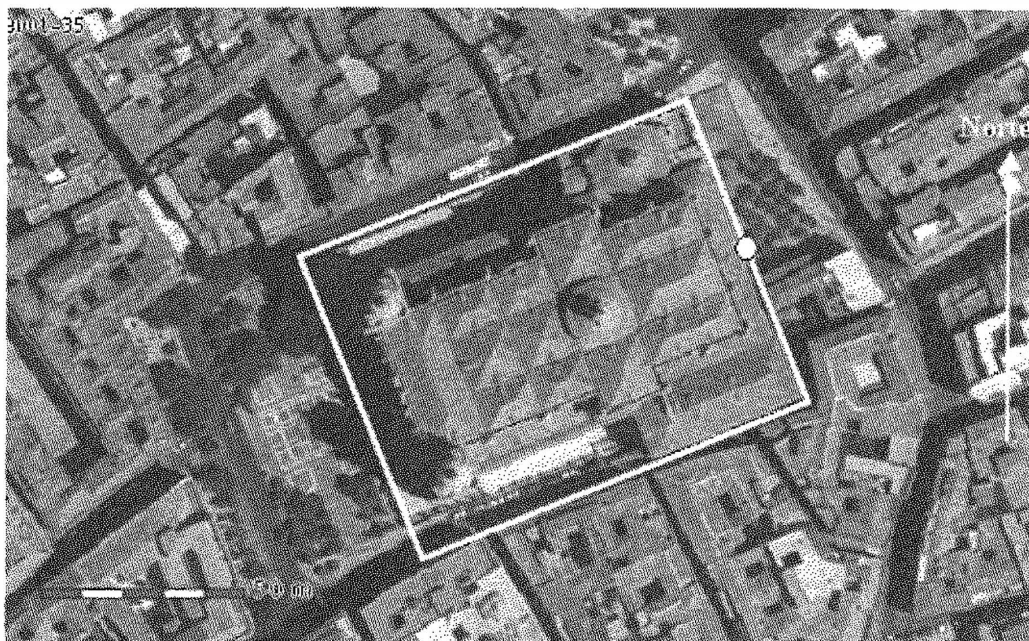
De la Catedral no hay duda, la *Primera Crónica General de España*,⁵ nos detalla el cortejo procesional que supuso la entrada triunfal de Fernando III en Jaén y como primer acto la purificación y conversión de la mezquita mayor de la ciudad en iglesia. También las *Memorias para la*

³ Rius, Mónica, *La Alquibla...*, p. 179-182.

⁴ Así en los casos de movilidad de la frontera nazarí con la consiguiente conquista de poblaciones cristianas, las iglesias consagradas volvían a ser mezquitas. En referencia a la conquista de Belmez, Cambil y Alhabar, entre otros castillos, por parte de los musulmanes en la segunda mitad del siglo XIV, dicen las crónicas musulmanas: «... castillos en los cuales purificamos las casas de Dios de las profanaciones de los ídolos y sustituimos las campanas por la palabra de la verdad» (Fuentes Pereira, Francisco José. «Crónica de fin de milenio en Bélmez de la Moraleda (I)». *Sumuntán. Revista de Estudios de Sierra Mágina*, núm. 15, CISMA. Carhelejo, 2001, págs. 235-250).

⁵ *Primera Crónica General de España*, editada por Ramón MENÉNDEZ PIDAL, Madrid, Editorial Gredos, 1997.

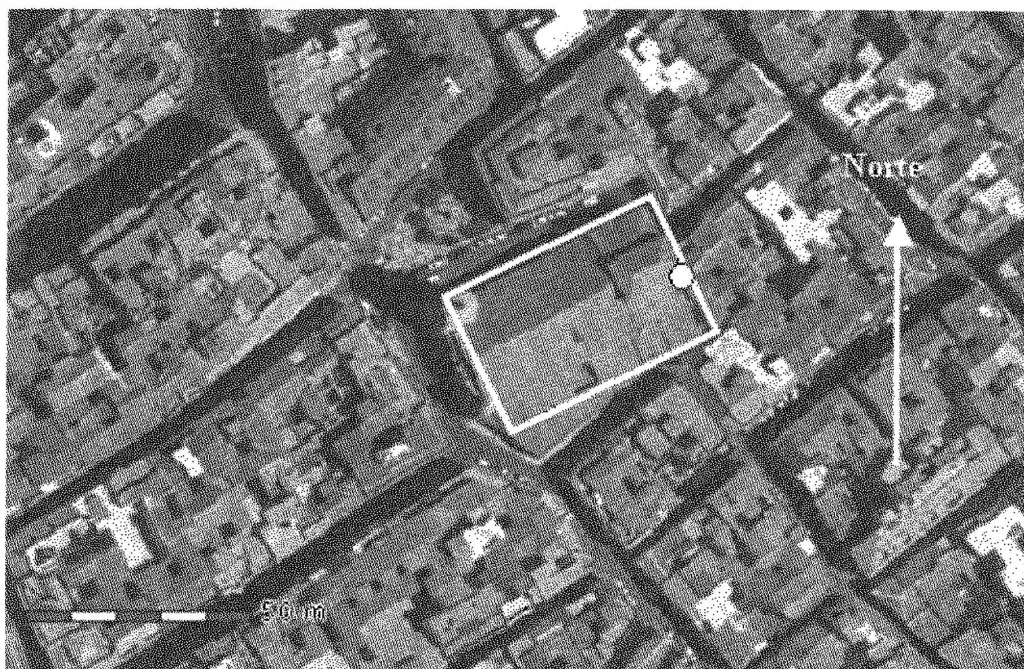
vida del santo rey Don Fernando III nos dicen que Fernando III «con esta seguridad entró triunfando en Jaén año de 1246, y dio la posesión de la plaza a la religión católica, pues fue el triunfo de la cruz el que se llevó en procesión a la principal mezquita que el obispo de Córdoba don Gutierre purificó y consagró a María Santísima. El Rey no contento con esto la erigió catedral, y la dotó con lo más florido que había en el distrito.⁶ Desde un principio, en ella se produjo el giro de 90 grados del altar mayor respecto a la *qibla*.



Catedral de Jaén

La Iglesia de San Ildefonso puede ser otra antigua mezquita por su distribución, pues sigue la tendencia general ya descrita. A ello se une su antigüedad, pues el primer obispo de Jaén, Fray Domingo, promulgó en 1248, a los dos años de la conquista de Jaén, el *Ordenamiento de la capilla de San Ildefonso*, dependiente de la Catedral, junto a la que se habilitaba un cementerio. La zona comprendía un arrabal protegido junto a los muros de la ciudad con corrales para ganado y algún que otro edificio que se fue poblando en los siglos posteriores. Con frecuencia se la identificado con un arrabal cristiano, pero la habilitación temprana de esta capilla y la ubicación del primitivo palacio de Fernando III durante su estancia en Jaén en el luego convento de Santo Domingo, también en

⁶ BURRIEL, Andrés Marcos (1719-1761). *Memorias para la vida del santo rey Don Fernando III*, Imprenta de la viuda de don Joaquín Ibarra, 1800.



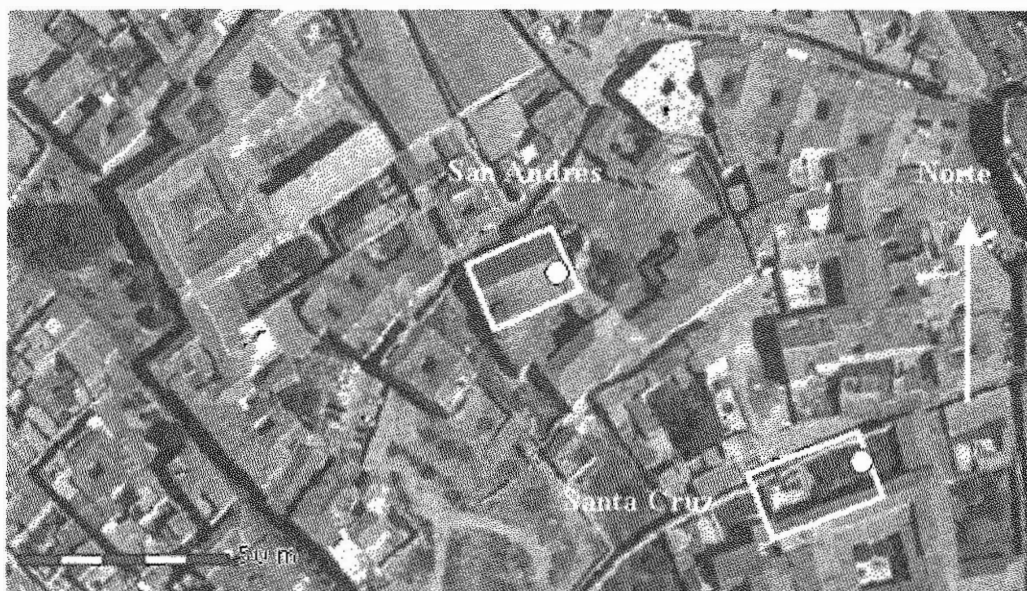
Iglesia de San Ildefonso

el arrabal, inducen a pensar como un lugar fortificado ya en época árabe como lo fue en la cristiana, y la ubicación de una antigua mezquita en el solar de la Iglesia de San Ildefonso.

La iglesia de San Andrés, o capilla de San Andrés, muestra también un trazado semejante. De la antigua iglesia de la Santa Cruz, absorbida por el convento de Santa Clara, sólo nos ha quedado un muro lateral que nos recuerda su orientación. Por estar situada en la judería, suele identificarse con una anterior sinagoga, pero probablemente fuese mezquita pues aparece citada entre las iglesias medievales de Jaén, y su orientación así lo atestigua. Por ser un barrio de escasa feligresía no pudo mantener la iglesia, la cual se arruinó en el siglo XVIII.

Sobre San Andrés y larga trayectoria en la vida espiritual y cultural giennense nos han ilustrado con suficiencia, Manuel López Pérez, Enrique Fernández Hervás y, sobre todo, María Teresa López Arandia. En ella, el clérigo Gutierre Doncel creó en 1515 una institución benéfico-docente, la Santa Capilla y Noble Cofradía de la Limpieza Concepción de Nuestra Señora, institución muy influyente en la vida local.

La Iglesia de San Juan, de estilo gótico, es una de las parroquias más antiguas, por su planta, probablemente también erigida sobre antigua mezquita, pues cumple fielmente las leyes básicas de la consagra-



Iglesias de la Santa Cruz y San Andrés

ción medieval de las mezquitas en iglesias, con el giro de 90 grados entre la *quibla* y el altar mayor. La celebración en su plaza de los concejos abiertos, de la pescadería y mercado de frutas y verduras, corridas de toros, etc., dejan constancia de ser el lugar uno de los puntos neurálgicos de la ciudad en época medieval.



Iglesia de San Juan

La iglesia de Santiago ocupaba gran parte de la actual plaza de Santiago, probable antigua mezquita que fue consagrada en iglesia, pues el muro lateral de la plaza, donde estuvo ubicado el edificio, donde aún se conservan las criptas, mantiene la misma orientación que la catedral, antigua mezquita aljama de la ciudad. Tuvo esta iglesia notable importancia en el pasado, de ella salía la procesión general con la que se hacía la proclamación de la Santa Bula de la Cruzada, se arruinó en el siglo XVIII y fue demolida en 1810⁷, y desde su torre, en el siglo XVII, se daba a golpe de campana el toque de queda de la ciudad, de nueve a diez en invierno y de diez a once en verano.⁸

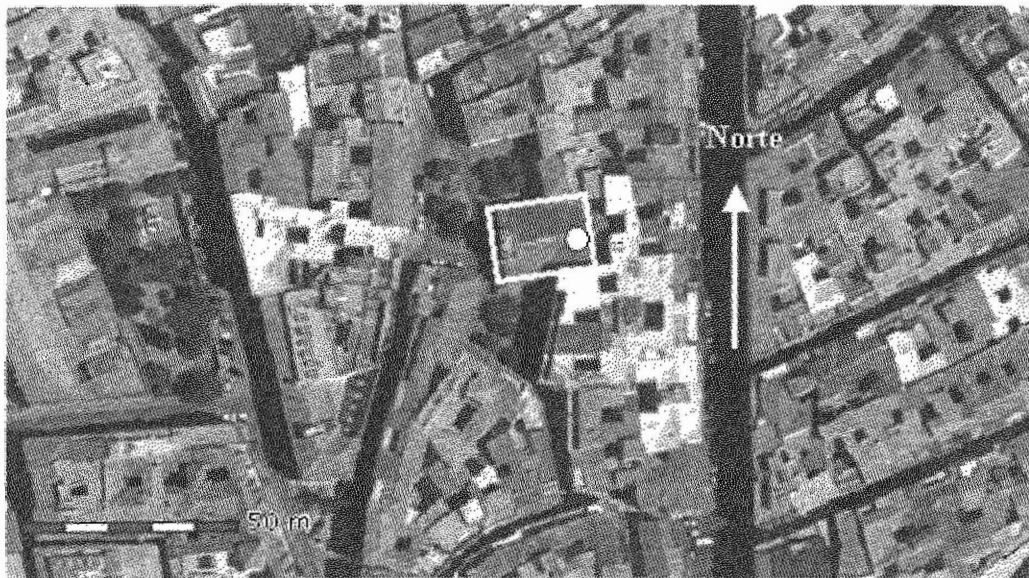


Ubicación de la desaparecida iglesia de Santiago

La planta de la iglesia de San Bartolomé es, junto a la de la Magdalena, ligeramente cambiante en su orientación respecto a las demás. El muro correspondiente a la *quibla* está ligeramente más orientado al Sur. Por lo demás cumple las reglas ya comentadas, giro del altar mayor respecto la *quibla*. Presenta planta basilical con tres naves.

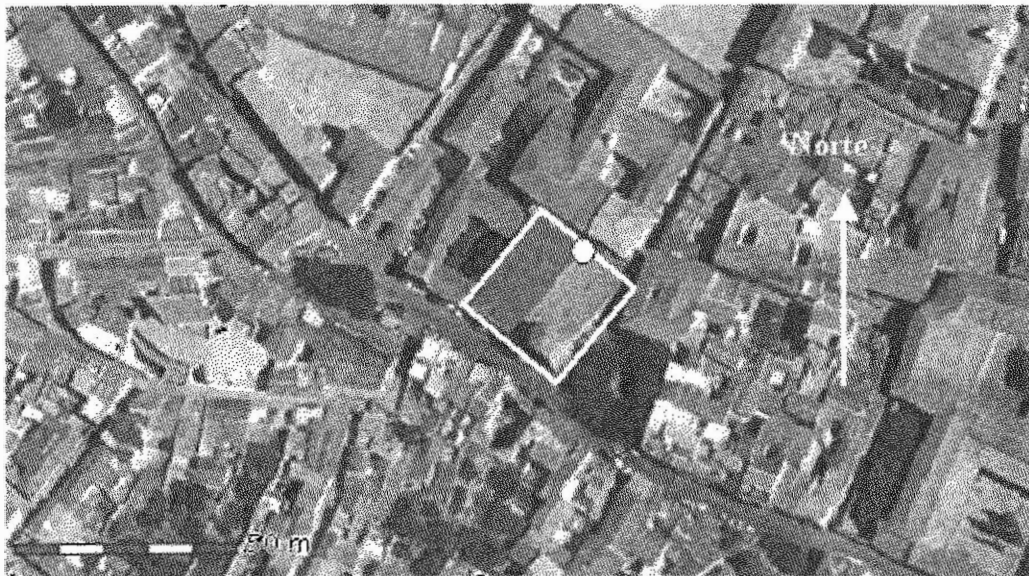
⁷ LÓPEZ LÓPEZ, Manuel, *El viejo Jaén*, Jaén, Caja Granada, 2003, p. 255.

⁸ JAÉN, Pedro de, «El toque de queda desde la iglesia de Santiago», *Senda de los Huertos*, núm. 39-40, Jaén, Amigos de San Antón, julio-diciembre-1995, p. 145-146.

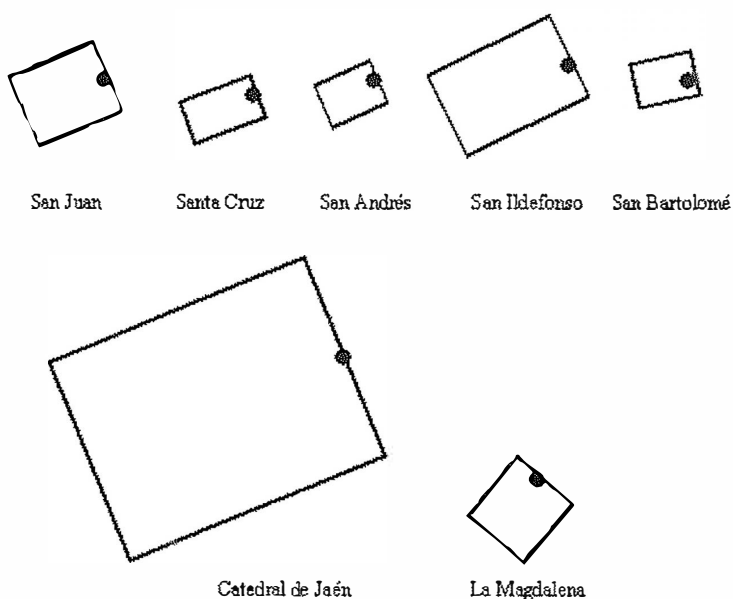


Iglesia de San Bartolomé

La Iglesia de la Magdalena parece ser que fue también mezquita musulmana por su distribución, el patio porticado, la torre denominada *morisca* ya en el siglo XVI; y, por supuesto, también la orientación con el giro de 90 grados del altar mayor respecto al muro de la *quibla*, que presenta una orientación ligeramente más hacia el Este que la generalidad de las antiguas mezquitas de Jaén.



Iglesia de La Magdalena



Sin duda, la mezquita de Córdoba fue el modelo para la mayoría de las mezquitas de Jaén que, a su vez, estaba basada en el edificio de la *Kaaba* de la Meca, orientado según determinados fenómenos astronómicos. El eje mayor coincide con el orto de Suhayl (150 grados), estrella usada en la tradición musulmana como orientadora de la *quibla* que, sin embargo, no puede ser vista desde al-Andalus; y el menor al orto del Sol en verano. En Jaén, la mayoría de las actuales iglesias (San Juan, San Ildefonso, San Bartolomé y la Catedral o antigua de Santa María, junto con las desaparecidas de Santiago y la Santa Cruz) tienen una orientación similar de la antigua *quibla*, 158 grados, similar a la tendencia de la mezquita de Córdoba, construida por el emir Abd-al-Rahman I sobre el emplazamiento de la basílica visigoda de San Vicente entre 785-787. Sucesivas ampliaciones hicieron Abd-al-Rahman II, año 833, derribando la *quibla* y añadiendo 8 tramos; el califa Abd-al-Rahman III; *Al-Hakem II*, entre 961 y 969, añadiendo 12 tramos, una nueva *quibla*, el *mihrab* y las dependencias que lo rodean; y Almanzor, añadiendo ocho nuevas naves. Así pues, las mezquitas de Jaén se incluirían en la tendencia al Sudeste. En ella se incluyen las mezquitas que tienen como referente el orto del sol en invierno (120 grados aprox.). Se construyeron entre los siglos VIII y XIII.

Esta tendencia es la que siguen la mayoría de las iglesias, antiguas mezquitas, de las poblaciones de la provincia. Común a todas ellas es su ubicación junto o dentro del castillo de cada población, de una u

otra forma dentro de un recinto murado, pues el castillo ampliaba sus murallas al resto de la villa. La peligrosidad de la frontera así lo exigía e, incluso, también solía existir un arrabal fortificado que ampliaba aún más el recinto fortificado de la villa.

Además de la orientación, han perdurado en algunas iglesias rasgos que recuerdan a las antiguas mezquitas, como en la iglesia de Santiago Apóstol de Jimena, donde aparecieron restos de alicatado tras el altar de la Inmaculada, orientado hacia el Este, por lo que podrían pertenecer al antiguo *mirhab*. Está situada cerca del castillo. La denominación de Santiago Apóstol recuerda al Santiago Matamoros muy presente en la frontera cristiana medieval y las antiguas cofradías del Señor Santiago de las poblaciones del reino de Jaén. La iglesia parroquial de Albánchez se edificó sobre la antigua mezquita y recibió en un principio la advocación de Santa María, que aún perduraba en el siglo XVI. A finales del siglo XVII estaba en ruina, por lo que se inició su reconstrucción con piedra de la cantería extraída en las proximidades. Pese a su reconstrucción la iglesia posee la primitiva planta así como su orientación. Se encuentra dividida en tres naves sostenidas por columnas. La primitiva iglesia parroquial de Bedmar debió surgir también tras la consagración de la antigua mezquita. Su primitiva advocación era a Santa María.⁹ También la de Pegalajar, bajo la advocación de la Santa Cruz, se encuentra dentro del recinto murado medieval; su fábrica actual es del siglo XVI y XVII, pero utilizando elemento anteriores, como la torre del homenaje del castillo como campanario y los restos de la antigua iglesia como sacristía, donde existe un muro que correspondería a la *quibla*, con los restos de un nicho con arco de herradura correspondiente a la parte superior del antiguo *mirhab*.

Dentro del cuadrante SE, con tendencia Sur, se enmarcan otras mezquitas. En la ciudad de Jaén se encuentra la actual iglesia de San Bartolomé, cuya *quibla* tendría una dirección de 169 grados, tendencia muy similar a diferentes mezquitas repartidas por todo el al-Andalus, como la de Tudela (Navarra), la Aljama de Toledo o San Juan de Granada. Tendencia semejante tiene la catedral de Baeza (172 grados) y la antigua mezquita mayor de Jódar, actual iglesia de la Asunción (166 grados).¹⁰

⁹ En el siglo XVI, bajo la advocación de Nuestra Señora de la Asunción, fue restaurada, pero no fue terminada hasta 1801. Es una iglesia de planta rectangular, de tres naves, su portada es ejemplo del manierismo de Francisco del Castillo.

¹⁰ Tras la conquista de Jódar en 1231, la antigua mezquita debió ser consagrada en iglesia, que también recibió la advocación de Santa María. Hasta el siglo XVIII no se le conoce por la actual advocación de iglesia de la Asunción. Presenta una orientación en el

En cuanto la tendencia al Este del cuadrante SE, se incluyen aquellas mezquitas orientadas a occidente con un error comprendido entre 1 y 28 grados hacia el Sur, responden a un cálculo de la *qibla* efectuado por los astrónomos, como en Medina Zahra. Esta corrección, cuando se intenta con otras mezquitas, suele encontrarse con la oposición de los alfaquíes, basada en la tradición.¹¹ En la ciudad de Jaén no existen antiguas mezquitas de tendencia Este, aunque sí en algunas poblaciones de la provincia, como en Huelma, donde la antigua mezquita, actual iglesia de la Inmaculada¹², tiene una orientación de 104 grados. Muchos casos de orientación de este tipo de mezquitas se fundamentan en el anterior uso de iglesia hispanorromana. En estos casos el altar mayor de la iglesia conserva la dirección de la antigua *qibla*.



antiguo muro de la *qibla* más hacia el Sur que otras iglesias. Hasta los años setenta del pasado siglo existía en el patio trasero, tras el altar mayor, un estanque que ya aparecía documentado en las Relaciones Topográficas del Felipe II y al que la tradición popular identificaba con la Fuente de las Abluciones, la cual tenía tres naves sostenidas por columnas de mármol según el geógrafo árabe Al-Himyari (ALCALÁ MORENO, Ildefonso, «La iglesia parroquial de la Asunción de Jódar. Patrimonio cultural de Sierra Mágina», *Sumuntán. Revista de Estudios sobre Sierra Mágina*, núm. 21, Carhelejo, Colectivo de Investigadores de Sierra Mágina CISMA, 2004, págs. 185-246.

¹¹ Rius, Mónica, *La Alqibla...*, p. 106.

¹² En Huelma, una vez que en 1438 fue tomada la villa definitivamente a los musulmanes por Íñigo López de Mendoza, Marqués de Santillana, la mezquita fue consagrada en Iglesia. Para la Iglesia Íñigo López de Mendoza hizo traer una campana y un crucifijo del monasterio de Santa Catalina de Jaén, además de un cáliz de plata de la Iglesia de Santiago, de la misma ciudad (QUESADA QUESADA, Tomás, *La Serranía de Mágina en la Baja Edad Media. Una tierra fronteriza con el reino nazarí de Granada*. Granada, 1989).

El viaje

ANTONIO MARTOS GARCÍA

*A Luis Armenteros, con el afecto
que siempre le tuve.*



Amigos:

Por primera vez en su ya larga andadura, los «Amigos de San Antón» celebran su anual encuentro fuera de la ciudad y alrededores que los vio nacer y crecer.

Consciente de la importancia del hito marcado, y sin encomendarme a tirios ni troyanos, he decidido convertirme en relator del viaje, que no en cronista de cuanto ocurra en la cena, que para ello hay persona más cualificada y ya señalada.

Y como principio requieren las cosas, he tomado en consideración indagar en primer término, las causas que han motivado tan inusitado evento.

Para ello, nada mejor que celebrar entrevista con el «dictador» de la misiva que, de forma sorprendente, nos comunicaba la celebración de la «cena jocosa» fuera de nuestras naturales «fronteras».

Puesto en camino, en tarde de este tan sereno otoño que estamos disfrutando, tiempo en el que los zumaques comienzan a rojear en nuestros campos, poniendo una nota de color entre el verdinegro de los olivares, di en rebinar que era muy distinto y distante de aquellos que conocí en mi niñez, donde si «Jabalruz tiene capuz y la Pandera montera, llueve quiera Dios o no quiera» que puede sonar un punto irreverente, pero que da fuerza al refrán. Otoños en los que, por feria, el viento ponía patas arriba a las endeble casetas de venta de baratijas y turrone, tensando hasta casi romper las cuerdas que sujetaban las lonas de los circos y demás «cacharros» de feria.

Tiempo en el que el cielo se abría, dejando caer torrentes de agua que bajaban por las empedradas calles de forma tumultuosa precipitándose en amplios sumideros.

Hogaño, por contra, es apacible. Estamos en noviembre, mes de los santos, de los difuntos, mes matancero y corre un ligero vientecillo que juega a arrinconar hojas secas para luego, con algo más de fuerza, volverlas a esparcir.

En cuanto a Jabalcuz, presenta su leonado lomo con manchas oscuras de pinar, coronado por un cielo huérfano de nubes y de azul intenso que para nada hace presagiar la tan necesaria lluvia.

Son días de inexistentes crepúsculos, pues debido a la orografía que nos rodea, el sol se derrumba de improviso tras los cerros que nos circundan, dejándonos a las seis de la tarde a oscuras.

Es entonces cuando las células fotoeléctricas detectan la bajada de luminosidad ambiente, accionando de forma automática el encendido del alumbrado público, lo que me llevó a rememorar los tiempos en que dicho alumbrado era puesto en funcionamiento por unos empleados provistos de largas pértigas de madera rematadas en horquillas metálicas y éstas a su vez, recubiertas de cinta aislante.

Con tal artilingio, accionaban el interruptor que daba corriente al alumbrado callejero, hartos deficientes, no sólo por su pobre luminosidad, a la que había que añadir lámparas fundidas y alguna que otra destrozada por la cruel puntería de un zagal habilidoso en el lanzamiento de piedras.

Y como el pensamiento es comparable a un cordero pascual, que sube, baja, da cabriolas y corre de una a otra parte, con estos y otros que sería enojoso consignar, casi sin darme cuenta, me trasladé de la en tiempos conocida como collación de Santo Alifonso, a la de Santa María, en una de cuyas recoletas calles tiene fijada su residencia el muy magnífico señor Don Lope de Sosa.

Casi de sopetón, me encontré frente a la casa en la que desde tiempo inmemorial mora el antes mentado, personaje de tanto arraigo en nuestra ciudad, que hasta tiene calle rotulada con su nombre.

Es casa provista de portada de almohadillada piedra, huérfana de blasones, de desplomados muros como si fuera venirse al suelo. A ambos lados de la puerta, presenta ventanas bajas de fuerte enrejado, cuyas acristaladas hojas están cubiertas por espesos visillos que impiden el oteo del interior.

Sobre la portada, balcón de afiligrada baranda y flanqueándolo, dos ventanas con salientes rejas y tejadillos de yeso cubiertos por azulejos.

Una puerta de regular tamaño y recia clavazón, en una de cuyas hojas se abre un postigo, da acceso a un zaguán de suelo de guijas y no muy amplio, cerrado por otra puerta, ésta de menor alzada, de la que cuelga, a la derecha del visitante, una cadena terminada en asidero con forma de estribo.

Cuatro veces necesité manejar el tal llamador, lo que se reflejaba en un lejano repicar, hasta percibir un lento y leve arrastrar de pies. Se abrió un ventanillo protegido por recio alambre en forma de cruz, tras el que apareció un rostro aviejado y falto de afeitar al tiempo que, una desdentada boca, inquiría: «¿Qué desea voacé?».

Dime a conocer como miembro de la Confraternidad de «Amigos de San Antón», expresándole el deseo de entrevistarme con Don Lope de Sosa para tratar de asunto relativo a un desplazamiento fuera de nuestra ciudad a efectos de celebrar «cena jocosa».

Se descorrieron cerrojos que, al chirriar, denotaban no les vendría mal unas gotas de aceite –tan denostado antes y ahora tan ensalzado– se alzaron aldabillas y me fue franqueada la entrada de la casa habitada por tan alto personaje.

Precedido por la muy encorvada figura del que me abrió la puerta, llegamos a una sala baja en donde embutido en amplia tarima, un brasero de dorado metal y buen tamaño, en cuyas ascuas se había consumido una porción de alhucema que perfumaba el ambiente, ofrecía un tenue calor, lo que hacía sentirse cómodo, habida cuenta del relente que ya se empezaba a sentir en la calle.

Antes de ocupar asiento en un sillón de brazos y respaldo de madera, sujetos por palillos torneados que se abrían en abanico, dió unas cuantas puñadas a un cojín de rojo y ajado terciopelo, adornado en sus bordes por un deshilachado galón que en tiempos debió de ser dorado. Al terminar, como descansando del esfuerzo, se dejó caer sobre el asiento de enea, colocando el cojín para acomodo de su maltrecha cintura.

Recuperado el resuello, exclamó: «Válame el Cielo lo que el osado Prioste, que comanda tropilla de tan altos varones, así como de sapientes damas, ha tenido la osadía de acometer hogaño».

A continuación me indicó que su señor Don Lope, andaba algo destemplado de cuerpo y ánimo, por lo que después de haber ingerido un buen tazón de leche caliente, sobre la que había migado media libra de pan tierno, había tomado la plausible determinación de retirarse a su aposento, toda vez que el aire fresco que se colaba por las mal ajustadas puertas que cerraban amplios terrados provistos de capuchinas y éstas

a su vez, desprovistas de cierres, hacía que se sintiera un tanto descompuesto, prefiriendo el acomodo de la cama al incómodo sillón que ahora él ocupaba.

Me contó cómo el Prioste le llenó la cabeza de pájaros y al socaire de que corrían nuevos tiempos, no siempre habían de hacerse las cosas en el mismo sitio y que había llegado el momento la modernización, por lo que Don Lope, inflamado por tales conceptos, mandóle traer el recado de escribir, maduró en su caletre la misiva y le hizo plasmar en el papel lo que yo ya sabía.

Él, por su parte, una vez ausentado el Prioste –que no es de bien nacidos criticar a nadie en su presencia– intentó hacerle comprender a Don Lope que no había estado muy acertado al citar a los miembros de la Confraternidad para su desplazamiento a bedá, argumentando que tenía noticias de que Don Natalio Rivas era señor de moderadas y metódicas costumbres. Hombre dedicado al estudio y a la investigación, poseedor, según es fama, de importante biblioteca que, para solaz de su intelecto, alberga un buen número de incunables y al que sin duda íbamos a causar molestias, por que era bien sabido que los «Amigos de San Antón», eran espaciados en el yantar y el beber, muy dados a la conversación que si bien de vez en cuando era interrumpida por perentorio toque de campanilla, no era menos cierto que tal interrupción se producía para que alguien, cruzando los brazos y mirando al techo o sacando algunas cuartillas, dirigiera a los asistentes algún tipo de parlamento.

Otrosí, alegaba el peligro que suponía el tener que hacer desplazamiento por carretera por los muchos irresponsables que por ella transitan, por lo que estaba poniendo al borde de la desaparición a tan notable Confraternidad en caso de que ocurriera algún tipo de accidente.

Y remató diciendo que, entre el terminar de la cena, el viaje de regreso y el llegar de cada mochuelo a su olivo, sería bien entrada la madrugada, lo que no estaba bien, toda vez que los que vieran a tan sesudos varones y damas de tan alta reputación, retirarse a horas tan intempestivas, pudiera poner en tela de juicio su honor y su honra.

Me dijo que, a tales razonamientos, Don Lope le contestó en estos o parecidos términos: «Has de saber, mi muy querido y fiel criado, que la bonhomía de Don Natalio Rivas, señor que entre otras y muy notables virtudes, tiene la de ser acogedor y amigo de sus amigos, se sentirá muy satisfecho de dar cobijo en su casa a una Confraternidad que, año tras año, y desde hace muchos, viene celebrando cena en memoria de la que en tiempos se le ofreció a Don Alfredo Cazabán Laguna, titán de las letras y al que tanto debe la cultura jiennense, toda vez que a través de la

revista que él fundó, haciéndome el alto honor de bautizarla con mi nombre, sacó a flote todo o gran parte que de riqueza cultural atesora esta provincia, tan olvidada por unos y otros, por lo que se pudiera considerar que, al celebrarse la susodicha cena, en la ciudad que le vio nacer es como un ofrecimiento a su persona, ya que en su memoria viene repitiéndose año tras año. beda, que es ciudad acogedora, no te quepa temor alguno de que sabrá agradecer este gesto.

La fina percepción de Don Natalio, no tengas duda, habrá tomado la idea con cariño por que él también ama a la cultura, que de ello tiene merecida fama, atreviéndome a calificar su bello palacio renacentista como ágora de la docta palabra y mesón donde la CULTURA -con mayúscula- goza del mejor de los aposentos.

En cuanto al peligro que pudieran correr por tener que desplazarse, has de saber que ya no son tiempos de incómodas diligencias ni de malos caminos con salteadores que, en nuestra juventud, nosotros conocimos. Hoy existen cómodos autobuses conducidos por manos expertas que ponen el mejor de los cuidados en dejar a los viajeros sanos y salvos en sus puntos de destino.

Malhaya del malandrín o follón que ose mal decir sobre tan prudendas como recatadas damas, ya que es sabido y notorio que a tan reconocidas virtudes, unen la de ser mujeres de muy amplios saberes, por lo que cualquiera que formule una mala queja sobre su comportamiento, será tildado como felón que no merece ser tenido en cuenta por el resto de los mortales.

He de advertirte que, según me ha contado el Prioste, en esta cena se producirá el ingreso de María Soledad Lázaro, mujer de grandes virtudes (como las otras) y muy entendida en arte, de lo que tiene dadas sobradas pruebas a través de innumerables escritos.

Por lo expuesto, queda demostrado que nadie podrá decir nada sobre damas tan bien famadas, como tampoco de varones, personas de probada rectitud y honesto proceder, incapaces de dar el más mínimo escándalo. A lo más que se pudiera pensar, caso de que los vieran, es que vienen de ofrecer consuelo en algún velatorio.

Con que despeja tus temores, abre el ánimo y deja que uno y otros, disfruten de una noche de cena, donde el anfitrión goce por su acogida y los huéspedes por los agasajados y bien recibidos».

Esto, más o menos, fue lo que me dijo el «Criado Portugués» quien todavía sentía recelo por si a Don Natalio Rivas le ocasionaríamos quebranto en su metódica forma de vivir, prometiéndome que algún día me

contaría la vera historia de su señor, que siempre fue un tanto fanfarrón y un mucho fantasioso, de ahí su aprobación a tan insólito desplazamiento.

Guardé para mí lo antes reseñado y el día en que había de celebrarse la cena, junto con mi amigo del alma Francisco Cano, del que casi siempre he vivido en el mismo barrio y a tiro de piedra el uno del otro, requerimos su coche y juntos, tomamos la dirección de la por ahora Plaza de las Batallas, a la que no descarto que algún día le cambien de nombre por aquello del pacifismo.

Dejamos el coche bajo el cobijo de un árbol que ofrecía una intermitente caída de hojas y esperamos la llegada del autobús, lo que se produjo a las seis y cuarenta y cinco de la tarde, tal y como estaba previsto.

Poco a poco, nos fuimos juntando y con muy escasas ausencias, pero muy sentidas, iniciamos el desplazamiento a las siete en punto.

Vi en los rostros de todos reflejada la expectación que supone un viaje y cierta alegría contenida, por lo que pensé que, si la edad no embridara comportamientos contrarios con el peinar de canas, más de uno hubiera entonado el «Asturias patria querida», que era canto que se interpretaba en cualquier holgorio campestre que por tal se tuviera, con más o menos desacordados sonos, que eso es otro cantar, pero con indudable ahínco y buena voluntad. Hoy, y por mor de las autonomías, ha sido ascendido a himno regional, por lo que ha caído en desuso en los antes dichos menesteres.

Por cierto que, en una de las entregas de los premios Príncipe de Asturias, no dejó de llamar mi atención el ver con que recogimiento, el Arzobispo de Oviedo entonaba aquello de: «Tengo que subir al árbol, tengo que coger una flor y dársela a mi morena que la ponga en el balcón».

Cuestión ésta puede que poner en entredicho a tan alta dignidad eclesiástica a la que se le suponen solemnes votos de castidad y celibato.

Y es que son ocasiones en las que, por una u otra causa, se puede ver cualquiera en un aprieto.

Recuerdo cuando, junto a mi esposa, nos fue impuesta la medalla como pertenecientes a la Santa Capilla de San Andrés.

Pedro Morales Gómez-Caminero (q.e.p.d.) a la sazón componente de la Junta de Gobierno y actuando como maestro de ceremonia, nos invitó a acercarnos al altar «junto con sus respectivas esposas» y al reparar en el bueno de don Juan Higuera Maldonado, todo un canónigo de la

S.I. Catedral de Jaén, dijo por lo bajini: «Bueno, el que la tenga». Que así de desairado puede verse cualquier mortal en momento determinado.

El viaje, tuvo el inconveniente de que se hizo de noche, lo que nos restó la contemplación de un ameno paisaje y desde nuestro quebrado y montuoso entorno, llegamos a las suaves lomas de Baza, ciudad que, junto a la de Baeza, ha recibido el título de Patrimonio de la Humanidad, que yo cambiaría por el Orgullo de la Humanidad, por que el hombre, que tanto ha destruido, debe sentirse orgulloso no sólo de haber levantado tales edificaciones, sino de haberlas sabido conservar, preservándolas de mal nacidas especuladoras piquetas.

Apeados y tras un ligero y empinado paseo, nos encontramos a la puerta del palacio donde habría de celebrarse la cena.

Esperándonos, Don Natalio Rivas. Junto a él, con amplia y acogedora sonrisa, Ramón Quesada Consuegra, asiduo colaborador de «Senda de los Huertos» y persona que conoce, como pocos, todos los entresijos de su bella ciudad, de la que es su más rendido amante.

El Prioste nos fue presentando uno a uno, recibiendo cordial apretón de manos por los antes dichos y cuando la presentación hubo terminado, Don Natalio nos vino a decir que aquella noche él era el invitado y nosotros los dueños de la casa.

Aquel recibimiento, me vino a confirmar que los temores del «Criado Portugués» eran infundados, tomando cuerpo lo que sobre Don Natalio opinaba Don Lope.

Allí nos reunimos con Maribel Sancho, Vicente Oya, Rufino Tallante y María Soledad Lázaro, con la que departí buen rato, por que con su padre, Diego Lázaro, había compartido «mili» y fatigas en el Regimiento de Cazadores de Sagunto, Séptimo de Caballería, según rezaba en la puerta de entrada al acuartelamiento, sito en Sevilla, en los campos de Pineda.

En esta ocasión, como en todas las anteriores, recibimos un recuerdo. Se trataba de plato hecho y decorado en el alfar de Titos, artesano que convierte en obras de arte el barro que toca.

Agradable velada, como en todas las «cenas jocosas» y regreso a Jaén.

Ya en la Plaza de las Batallas, punto de salida y llegada, despedida efusiva de los compañeros de viaje y cena y junto con Antonio Martínez Lombardo y Francisco Cano, tomamos el coche de éste, dejamos a Antonio en su casa, llegamos a la de Francisco, quedó el coche en la cochera

y anduve los escasos metros que me faltaban para llegar a la mía, pero eso sí, eligiendo lugares en sombra, no fuera a producirse el que alguien me viera y diera en pensar: «Sepa Dios de donde venga».

Hasta aquí, amigos míos, lo que fue mi entrevista con el «Criado Portugués» y el somero relato del viaje.

Salió todo cual estaba previsto por un Prioste que tan calculado lo tiene, y en próxima entrevista a celebrar con el antes mencionado criado, para que me cuente cosas sobre su señor, le tranquilizaré el ánimo explicándole que, el Prioste, como siempre, acertó y que Don Natalio Riva nos abrió los brazos y su casa, contento de que nuestro anual encuentro tuviera lugar en tan extraordinario palacio repleto de bellas cosas y tan cargado de historia.

Y la paz.



Los Amigos de San Antón y el Xacobeo 2004

ARTURO VARGAS-MACHUCA CABALLERO

Con la celebración del Xacobeo 2004, uno de mis deseos era ganar el Jubileo, para lo cual estuve en contacto con el Colegio de Arquitectos, así como con otras Asociaciones.

Entonces me dio por pensar que con los Amigos de San Antón podría hacer el camino de una forma especial, para lo cual lo primero que hice fue pensar en qué consistía o qué es lo que significa realmente.

Consultando alguna bibliografía lo primero que comprobé es que hay que ser Peregrino, que es la persona que por devoción, visita un templo, santuario o lugar sagrado, normalmente fuera de la residencia habitual, para venerar el lugar, las reliquias o las imágenes que representan un santo de otra época.

Como este año la Cena Jocosa se celebraba en Ibañeta, pensé esta es la excusa, para cogiendo el rábano por las hojas, poder hacer el Camino. Dicho Camino tiene como tres aspectos, uno físico que es el que materialmente se realiza, nos desplazábamos a la Casa Palacio Vela de los Cobos. Otro el humano, que es el que nos lleva a tratarnos con amigos con los que hacía tiempo no coincidíamos. Y finalmente otro espiritual, que es el encontrarnos a nosotros mismos y vivir la fraternidad.

¿Y cómo se marcaron los iniciales Caminos? Fue muy sencillo los primeros monjes escribieron las actas de los mártires e itinerarios de los peregrinos de su época. Éstos aparecieron promovidos por San Antonio Abad (el santo de los animales), + 350. Hasta entonces vivían como anacoretas en los desiertos, abandonando su vida social para dedicarse sólo a Cristo. Se crearon los cenobios con sus reglas y escritos espirituales. Apareció la literatura hagiográfica con las vidas de los cristianos mártires, que se veneraban como santos y un segundo grupo de cristianos ejemplares, los que peregrinaban a los Santos Lugares y a Roma. Escribían sus vidas e «itinerarios» sirviendo de guía a otros que deseaban peregrinar, y los que no podían, estos relatos les edificaban con la descripción de los Santos Lugares.



Aquí vino mi sorpresa al comprobar que nuestro San antón tuvo tan importante participación en los inicios de los Caminos de peregrinaje. Pero no sólo en ese detalle relación sino que a partir del siglo XII, se formaron Asociaciones civiles de Peregrinos como continuación de las Cofradías similares a lo que hoy son Asociaciones de Amigos de los Caminos de Santiago de España.

Ya hay coincidencia, Amigos y San antón. Amistad en el más amplio sentido, se comparten alegrías y tristezas, se ayuda desinteresadamente, se acepta a cada uno como es, se vive el compañerismo y la cordialidad, sensaciones, risas, conocimientos, etc. etc.

Para mí y mis colegas nuestra Patrona, la Virgen de Belén en su huida a Egipto, ya fue peregrina, junto a San José y el Niño Jesús. En su vida hicieron más peregrinaciones de Nazaret a Jerusalén. Dándonos ejemplo de esas virtudes que acompañan a la amistad. Y con los del gremio de las obras tenemos otros ejemplos, así Santo Domingo de la Calzada + 1109, benedictino, ya de mayor se retiró cerca del río Oja, próximo al Camino Francés, dedicando el resto de su vida a cuidar a los peregrinos y los caminos, colaborando con él numerosos voluntarios de la zona, arreglando las calzadas y construyendo puentes y un hospital donde falleció rodeado de pobres y peregrinos. Después de muerto siguió favoreciendo a los peregrinos con sus milagros. ¿Quién no conoce el del gallo en la catedral de Santo Domingo de la Calzada?

Es el patrón de los Ingenieros de Caminos españoles.

Para los Arquitectos Técnicos y Aparejadores, su patrono es San Juan de Ortega + 1163. Y también en el Camino Francés fundó un Santuario Románico, en los Montes de Oca, dedicado a los peregrinos, con albergue, tiene fama en toda Europa por la sopa de ajo que obsequian para cenar y la tertulia que se hace con los asistentes; también tiene fama por el fenómeno del Sol, que todos los años en los equinoccios del 21 de marzo y 22 de septiembre, aproximadamente a las 18 horas, un rayo de sol entra por un ventanal, iluminando un capitel románico con la escena de la Anunciación, donde está el Arcángel San Gabriel mirando a la Virgen, pero Ella mira a otro lado por donde llega el rayo de luz que la ilumina como si fuera el Espíritu Santo. Este detalle destaca el conocimiento que como constructor tenía, aparte de la ciencia teológica.

Y así, sin pretender tan alta espiritualidad, nos gustaría servir no sólo a los Amigos de San Antón sino a toda la Sociedad, a cuantos nos dedicamos a la noble profesión de la albañilería. ¡Qué buena manera de hacer un buen Camino!



La Atlántida y Jaén

JUAN ESPINILLA LAVÍN



Sierra Sur de Jaén. Paisaje de extraordinaria belleza. Paraje de **Otiñar**, lugar maravilloso, primigenio, donde el espíritu se aísla del tráfigo de la vida ordinaria. Su ambiente envolvente induce a pensar en el modo de vivir de tiempos pasados. Un paseo por sus bosques, veredas, quebradas, cerros, riscos, es trasladarse a un mundo primordial donde el contacto con la divinidad creadora sería constante.

Un día, hablando con mi amigo Juan Cámara Liébana, me contó que estaba trabajando, a finales de la década de los cincuenta, al frente de una cuadrilla en la apertura de la carretera para llegar a donde se haría el **Pantano de Quiebrajano**, en el tramo que va desde el acceso del poblado de **Santa Cristina** a la antigua aserradora, en la desembocadura del **Barranco de la Tijana**, tras una fuerte voladura se abrió un boquete en el talud de las rocas que desbastaban. Salía mucho fresco de la cueva que dejó al descubierto. Por curiosidad entró en ella, ¡quedó impresionado de lo que vio! En seguida llamó a su jefe y le contó lo que había visto, éste, junto con el ingeniero de la obra, que era el Sr. Visado Navarro, y el amigo Juan, penetraron en la cueva. Se encontraron con un esqueleto perfectamente conservado y que tenía clavado dos puñales de piedra, uno en el pecho y otro en la cabeza, medía 2,10 a 2.20 metros de largo, no recuerda bien; en su lado derecho tenía un hacha de piedra, de color oscuro «con un agujero para el palo», y en derredor restos de vasijas unas «gordas y otras normales». Dice que avisaron a una institución cultural de Jaén para su estudio, donde después llevaron todo lo hallado.

Pronto lo relacioné con el dolmen del cerro Veleta, con las abundantes pinturas rupestres de la zona y con los petroglifos del **Barranco de la Tijana**. ¿Quién sería este personaje? ¿En qué época vivió? Cómo sería su forma de vida?

En torno al año 3000 a.c.. existían en el Alto Guadalquivir dos grupos de población culturalmente distintos: los pastores-cazadores recolectores de la Sierra Sur y Piedemonte y los agricultores de la Vega del Guadalquivir, los unos apegados a tradiciones culturales arcaicas, los otros con una cultura material pujante, innovadora, éstos vivían en cabañas semienterradas, agrupadas en aldeas. En el enfrentamiento de estos dos modos de vida se impuso el de los agricultores. ¿Sería este el enterramiento de un jefe de grupo?

Algunos autores opinan que los dólmenes eran construcciones megalíticas para celebrar ritos funerarios, por los enterramientos encontrados en ellos o en su proximidad; otros mantienen que estos restos son de época posterior a su erección, y que sus fines eran de iniciación.

Resumiendo diré que los constructores de los dólmenes eran procedentes de una cultura superior que expresaron sus ideas en pinturas crípticas y que demostraron sus poderes construyendo monumentos incleíbles que fueron venerados por los hombres a través de los siglos como obra de seres sobrenaturales, dotados de poderes que las comunidades circundantes consideraban como mágicos. Los pueblos cazadores con los que convivían los respetaban como dioses. Las armas encontradas en el interior de estas construcciones mágicas probablemente serían las ofrendas y exvotos que depositaban estos vecinos como muestra de respeto y vasallaje.

El arqueólogo Fernando Niel constató que las estructuras craneadas encontradas en las excavaciones megalíticas no respondían a un pueblo determinado. Es como si una especie de «misioneros» portadores de una idea y de una técnica, partiendo de un centro desconocido, hubieran recorrido el mundo. Estos seres habrían establecido contacto con determinadas tribus y no con otras, lo cual explicaría las zonas en las que no aparecen megalitos. Esto indicaría por qué los monumentos megalíticos se superponen a la civilización neolítica y explicaría también las leyendas que atribuyen su construcción a seres sobrenaturales. Hombres capaces de poner verticalmente bloques de trescientas toneladas y levantar tablas de piedra de cien mil kilos. Parece ser que estos «misioneros» se limitaron a enseñar a los autóctonos a que erigieran dólmenes y menhires.

Los poderes de este pueblo superior no eran solamente la construcción de megalitos sino que también poseían los secretos de la agricultura, ganadería, cerámica y otros. Estos hombres debían tener una fuerza sobrehumana o unas facultades y conocimientos paranormales.

El sitio que elegían para levantar los dólmenes y menhires eran lugares donde las corrientes telúricas positivas se manifiestan intensa-

mente. Estas corrientes son de naturaleza electromagnética que recorren el planeta. Nacen de cursos de agua; de fallas de terrenos diferentes y otras proceden del magma terrestre. Su influencia posibilita tener experiencias trascendentales. Los dólmenes fueron objeto de culto y de peregrinaciones por parte de aquellos que quisieron, tal vez, aprender en sus fuentes el poder de quienes los habían construido. Las enseñanzas de los conocimientos que los maestros transmitían a sus adeptos eran secretas y las detentaban una minoría a través de los años.

El poder o la energía que emanaba de los dólmenes hacía que los iniciados adquirieran la sabiduría antigua mediante el desarrollo de facultades extrasensoriales. En España hay templos cristianos levantados sobre dólmenes (en Jaén Fray Juan de la Misericordia vivió en una choza sobre uno de ellos en **Rioguchillo**). Los templarios solicitaron estos enclaves para el asentamiento de sus encomiendas cuando los lugares fuesen conquistados.

Los petroglifos se encuentran con abundancia en las costas atlánticas, por el Occidente Europeo y Africano y por el Oriente Americano. Aparecen preferentemente en las rocas y en la orilla del mar. Se podría pensar en una tierra mítica que existió en el atlántico, que por un cataclismo se hundió en el Océano, la Atlántida, y que los supervivientes se refugiaron en ambas orillas desde donde irradió su influencia hacia el interior. A pesar de haber sido grabados por culturas distintas, sin conexión entre ellas, coinciden en las formas, en los elementos iconográficos y en la temática de los mismos. Quisieron representar sus conocimientos y sus creencias. Se han transmitido a través de las distintas culturas que han ocupado ese territorio. Se datan desde finales del neolítico hasta la edad del bronce.

Tanto el lugar como las rocas grabadas han sido considerados como espacios sagrados por todas las generaciones y evolucionadas estructuras culturales. Estos enclaves, como los megalíticos y lugares con pinturas, han servido, además de culto, de enseñanza. Motivos que aparecen son: laberintos, círculos concéntricos, cruces, swásticas, figuras humanas esquematizadas, etc., es frecuente que los círculos concéntricos estén atravesados por una línea recta que desde el exterior lleva hasta el centro, llamado cazoleta. Estas insculturas significan ideas que sólo así podían ser representadas convenientemente y que el mundo simbólico tradicional ha repetido en todas las viejas culturas de la humanidad.

Volviendo a nuestro Jaén, en **Cerro Veleta** tenemos un dolmen (hay otros que no están excavados); al lado hay restos de unas columnas redondas, partidas; otras piezas triangulares que pudieran ser remates arquitectónicos; y presidiéndolo todo, como si se tratara de un altar, la

piedra sonante, sí, una piedra como las demás en apariencia pero que al golpearla tiene el sonido de una campana. Depende de la intensidad del golpe y la zona donde se aplique para que el sonido sea más agudo o grave. Estas piedras se usaban para despertar facultades que pusieran al individuo en contacto con energías más sutiles de la naturaleza, para curaciones o para acceder a estados de conciencia alterados. El sonido ha sido utilizado desde la antigüedad por la cultura tibetana, egipcia y otras muchas para guiar a los que morían hasta otro plano de existencia. Existen otras piedras de estas características en la finca «El Cuco», en el paraje de **Puerto Alto** en **El Canjorro** y en el **Cerro de la Mella** en su cara norte.

Como vemos, toda esta zona tiene un «algo» especial que era captado por nuestros antecesores, por eso construyeron los dólmenes, grabaron petroglifos, pintaron sus ideas con símbolos en las muchas cuevas y abrigos que existían allí, como la de los Soles en el acantilado, e incluso habitaron en la proximidad de sus lugares sagrados, como muestran los restos de cabañas y zócalos de piedra, de planta más o menos circular que hay en la meseta y el bastión fortificado de la parte alta.

Las zonas próximas son importantes en restos arqueológicos y ambientales: **Arroyo de la Parrilla**, **Cañones de Río Frío** y **El Canjorro**. Este último pertenece a zona de influencia de Los Villares, la cual tuvo una cultura megalítica muy considerable, como lo describió don Francisco de Bonilla y Anguita en su libro *Cosas rancias de mi pueblo* de lo hablado con un historiador, el Sr. Góngora, cuando estuvo allí hacia 1838/40, sobre los trabajos líticos esparcidos por el suelo, «como si una raza de cíclopes lo hubiesen habitado en las remota antigüedad».

Como se ha dicho, una de las insculturas que se repiten son los círculos concéntricos atravesados por una línea recta. Esto me trae a la memoria la descripción que hizo platón de la tierra de la Atlántida donde el dios Poseidón se unió a una mujer, Clito, que habitaba en una montaña en el centro de la isla, la que «fortificó y aisló circularmente la altura en que ella vivía. Con este fin hizo recintos de mar y de tierra, grandes y pequeños, unos en torno a los otros. Hizo dos de tierra, tres de mar y, por así decir, los redondeó comenzando por el centro de la isla, del que estos recintos distaban en todas partes una distancia igual. En este elevado lugar estaba el Palacio Real, situado dentro de la acrópolis, y en medio de ella se levantaba el templo consagrado a Clito y Poseidón». Sigue diciendo que sobre los brazos circulares de mar que rodeaban la antigua ciudad materna construyeron al comienzo puentes y abrieron así un camino hacia el exterior y hacia la morada real. ¿No es semejante esta descripción con la de los petroglifos?

Situémonos de nuevo en Jaén, en las noticias publicadas sobre las excavaciones en **Marroquíes Bajos**. Decían que aquí hubo un asentamiento de la edad del cobre que estaba organizado circularmente por fosos concéntricos excavados en la roca, 4 intramuros y 1 al exterior de su muralla, reforzados de adobe o piedra y con evidencias en su fondo de circulación de agua. Esta disposición es muy parecida a la ciudad Atlante.

Para finalizar, quiero sugerir que la inscultura es una representación de la ciudad de donde provenían y que después repitieron el modelo en **Marroquíes Bajos**, por tanto: ¿Jaén fue en su origen una colonia Atlante?



Seises de Úbeda en la Catedral de Jaén

PEDRO JIMÉNEZ CAVALLÉ



Uno de los temas que en general se suele obviar por considerarse, quizás, poco relevante –al pertenecer al estamento inferior de una capilla de música, donde el maestro de capilla es la figura principal– es el de los mozos de coro o seises, olvidándonos al así hacerlo de que el día de mañana éstos ocuparán un cargo de rango superior y posiblemente de organista o maestro de capilla. Nosotros queremos referirnos ahora precisamente a los niños cantores que llegaron a la catedral de Jaén procedentes de una ciudad como la de Úbeda, aunque para situarnos antes hablemos de las relaciones musicales entre la iglesia de Jaén y los músicos de la ciudad ubetense.

A la vista de las noticias encontradas en documentos del archivo de la catedral de Jaén observamos que la relación entre la música y los músicos de dicha iglesia y los de la ciudad de Úbeda, era bastante fluida a través del intercambio de sus músicos. Así observamos como ya desde el uno de julio de 1546 se concede licencia a los músicos de la iglesia jiennense, que tocaban las chirimías, para ir a Úbeda a las fiestas que allí se celebraban (?). O más tarde, en 1624, cómo se nombra de maestro de capilla de la colegial de Úbeda a Gil de Barrionuevo, quien había prestado un buen servicio en la catedral.

A la inversa, encontramos como en 29 de noviembre de 1830 se nombra a José León, organista de la Sacra Capilla del Salvador de Úbeda, como juez examinador en las oposiciones al órgano de la catedral, junto, hay que decirlo, a Francisco Montijano que era organista de la catedral de Baeza. Por cierto que entre ambos hubo sus más y sus menos. Ambos organistas fueron también requeridos por las mismas fechas para hacer un reconocimiento del órgano e informar sobre el mismo.

Todo ello supone que las relaciones entre las instituciones eclesiásticas de una y otra parte eran lo suficientemente cordiales como para

permitir estos intercambios entre sus músicos. Sin embargo, hay también que decir que, en esta política de puertas abiertas, en este pequeño comercio de músicos, salía gananciosa la iglesia de Jaén que recibía más que daba, ya que eran más los músicos que entraban que los que salían. Cosa bastante lógica, si tenemos en cuenta que la catedral, por una parte, tenía un mayor prestigio, mientras que, por otra, podía ofrecer mejores salarios a sus músicos. Y en esta época, como en la nuestra, privaba también la ley de la oferta y la demanda.

Aunque ha habido músicos de todo tipo que desde la ciudad de Ubeda han intentado, y en algunos casos conseguido, ingresar en la catedral jiennense como maestros de capilla (el caso de Francisco de Paula González), organistas (Francisco de la Fuente), instrumentistas (un músico corneta) o cantores, han sido estos últimos, los músicos de «voz los que más y de forma constante han destacado; en especial los llamados mozos de coro o seises a quienes nos vamos a referir inmediatamente, sin mencionar a otros: cantores, salmistas y sochantres.

La llegada desde Ubeda de mozos de coro o seises ha sido algo constante en la historia de los músicos de la catedral. Ya desde poco antes de mediar el siglo XVI encontramos la presencia de un mozo de coro ubetense en nuestra catedral: así en 1548 se recibe por mozo de coro, a cargo del sochantre, a Francisco Ortiz, hijo de Juan Ortiz, vecino de Ubeda. A partir de este momento este hecho va a ser una constante a lo largo de los siglos XVI (que se repite 5 veces) y XVII (10 en total, dos de ellos contraltos), disminuyendo algo en el XVIII (tres veces) y dándose sólo algún caso aislado en el XIX (una solicitud). No obstante durante el siglo XVI, en las décadas de los cincuenta y sesenta, se traían también los mozos de coro de Castilla».

Los mozos de coro o seises formaban parte de la capilla musical, cantando como tiples y estaban a cargo del maestro de capilla y del sochantre, quienes estaban obligados a vestirlos y darles de comer en su propia casa cuando no existía el Colegio de Seises, creado en el siglo XVIII. En principio las voces de los seises sólo apoyaban o sustituían las voces de tiple, en algún caso la de contralto, cuando éstas escaseaban, de aquí que su presencia puede parecer que no era totalmente imprescindible. No obstante, en muchas iglesias, y parece que la iglesia de Jaén es una de ellas, o en épocas difíciles, recaía sobre ellos la responsabilidad de la cuerda de tiple.

A veces llegaban mozos de coro un tanto creciditos en los cuales se había producido ya el cambio de la voz de niño a la voz de hombre, como ocurrió en 1557 cuando se recibe al cantor tenor Gómez, natural de Ubeda, con 5.000 maravedís y se acuerda que le dé de comer el maes-

tro de capilla en lugar de dos mozos que le faltan de los cuatro obligados. Es de suponer que éste procedería de alguna de las iglesias ubetenses donde había ejercido de seise y donde había adquirido una formación musical y religiosa.

Otro caso parecido lo vemos en 1574 cuando se recibe a Diego Molina, contrabajo, vecino de Ubeda, con el salario de un clericato mas el correspondiente a un mozo de coro. Esto último delata su procedencia como seise.

Tenemos constancia también de cómo en los años 1559 y 1592, respectivamente, se reciben a Juan de Extremera, y Juan de Pareja, vecinos de Ubeda, a cargo del maestro de capilla, de quien expresamente se dice que ha de darles de comer.

Durante el siglo XVII la catedral sigue con la misma política de buscar mozos de coro en Ubeda, tal y como se le ordena a Martín de Mogollón, cantor y sochantre de la catedral, en 1619. Pero lo insólito no era eso, sino el hecho de que algunas instituciones andaluzas recurrieran también a la misma ciudad en busca de seises. Así ocurrió con la contratación de un tiple por parte de la Capilla Real de Granada para la Navidad de 1627, o con el viaje que el maestro de capilla de la catedral de Málaga, Alonso de Torices, realizó a la ciudad jiennense con el mismo motivo de reclutar voces de niño para su iglesia. Lo que hace pensar que esta tierra de nuestra provincia por alguna razón que hoy se nos escapa era propicia para la proliferación de voces infantiles de bastante calidad. El mandato del Cabildo de la colegiata de Olivares (Sevilla), que dio licencia al organista Andrés de Santisteban para ir a «buscar seises en Jaén, Ubeda y Baeza, a donde es natural que suele haber los tales muchachos» amplía a otras ciudades de nuestra provincia la búsqueda, al mismo tiempo que señala la naturalidad con que aparecen este tipo de voces cualificadas. No sabemos si se trata de voces ya cultivadas o no, aunque se darían lógicamente algunos casos de voces educadas. Los únicos centros de formación en el canto eran los religiosos y de ninguno de los seises encontrados se dice que procedan de instituciones como la colegiata de Ubeda, la iglesia del Salvador o la del Hospital de Santiago, de la misma, por sólo citar las de mayor relieve en este sentido.

A lo largo del siglo XVII encontramos casos como el de Luis de Toral, vecino de Ubeda, en 1601; o Hernando Zarco, natural de Ubeda, en la plaza de Bartolomé Gutiérrez -quien debe ser despedido por no aprender-, con el salario de 28 ducados y un cahiz de trigo, en 1604; posteriormente a Diego de Raya, contralto con 30.000 maravedís y 12 fanegas de trigo en 1609; a Gerónimo de (...) con 12 ducados y un cahiz de trigo, en 1611, a Alonso Deblas, con 24 ducados y 10 fanegas de trigo,

en 1617, y a Francisco Maza, con 24 ducados de salario y 12 fanegas de trigo, en 1619, todos ellos procedentes de Ubeda.

Relacionado con la última de las adquisiciones se acuerda librar 27 reales a Martín de Mogollón, para acabar de pagarle el viaje que hizo a Ubeda para traer mozos de coro; mientras que con posterioridad, en 1620, se decide dar 30 reales a Melchor Fernández, clerizón, para que vaya a Ubeda por un muchacho de coro; y en el mismo año, se conceden 40 reales a Simón Dávila por ir a Ubeda durante 4 días a buscar tiples; todavía hay más casos: en 1631 se dan 50 reales para que Pedro Bosque, que había sido seise, vaya a Ubeda por más mozos de coro, o en 1638 cuando se da comisión al doctor Ribas para que haga lo propio.

En ciertas fiestas de tanta solemnidad como las de Navidad deberían resultar imprescindibles, pues en 1641, el 22 de octubre, el maestro de capilla, que era José Escobedo, pensando en las próximas fiestas navideñas, se presentó en el Cabildo y expuso cómo no había músicos para celebrar la fiesta del Santísimo Nacimiento, pidiendo remedio a ello y acordándose que el vicedeán «escriba a Ubeda al D^or Castilla vicario e ynforme q tiples o contraltos abra Para traerlos a Jaen Para La capilla».

No sabemos a quienes recibieron para ese acontecimiento, pues no se recogen en las actas capitulares, sí que para el año siguiente, 1642, se recibió por mozo de coro a Antonio, natural de Ubeda, con 16 ducados de salario y 3 fanegas de trigo, acordándose que el maestro de capilla le tenga en su casa. El mismo año tras el informe del mismo maestro se recibieron a los cantores que el referido había traído de Ubeda: Martín de la Sierra, presbítero contralto, y su sobrino Francisco de Luna, tiple, el primero con el salario de 1.500 reales y 12 fanegas de trigo y el segundo con 500 reales.

Por el viaje que hizo a Ubeda el maestro de capilla, se le concedieron 100 reales de ayuda de costa; debatiéndose en el cabildo siguiente, si á es gracia o justicia satisfacer al maestro de capilla por ir en busca de músicos, acordándose el 10 de marzo de 1648 que el maestro de capilla vaya de nuevo a Ubeda a buscar mozos de coro, tiples, y que se le pague el viaje con cargo a la fábrica. Como vemos el trasiego del maestro a la ciudad ubetense era continuo durante la primera mitad de este siglo.

A fines del mismo, en 1681, encontramos una noticia más sobre el tema cuando se acuerda recibir a un muchacho de Ubeda, que se encuentra en esta ciudad, para seise de esta iglesia, con el salario acostumbrado.

Durante el siglo XVIII parece que remite el hecho, no sabemos si es porque las circunstancias connaturales a los niños de Ubeda han

cambiado, o porque la catedral de Jaén disponía de una mayor dotación de cantores que no hacía necesarios tantos seises, o simplemente porque se había creado un Colegio de Seises en la catedral que funcionó de 1721 a 1743, y posteriormente a partir de 1792. De esta última etapa conocemos cómo en 1796, tras el informe del maestro de capilla Ramón Garay sobre los opositores a la beca de seise vacante del Colegio de S. Eufrasio, se tomó el acuerdo de votar en secreto y salió electo y nombrado con 8 votos Bartolomé de Linares, natural de Ubeda, obteniendo Cayetano de Torres, natural de Mengíbar, tres votos.

El mismo maestro Ramón Garay, en 1797, informa sobre los seises que son útiles para el servicio de la capilla de música y del coro, y también de los que hay que excluir, acordándose librar edictos convocando plazas de seises, para admitir a los que según su voz y circunstancias de buena vida y costumbres lo merezcan, y que dichos edictos se hagan extensivos a las ciudades de Baeza, Ubeda, Andújar, y a las villas de Bailén y de Linares, para que se presenten a ser examinados. Aquí la convocatoria aparece más diluida por cuanto afecta casi a toda la provincia de Jaén.

En la misma fecha de 1797 encontramos la presencia de un seise ubetense cuando su carrera como tal está a punto de extinguirse para convertirse en cantor. Bartolomé Olivares, natural de Ubeda y seise de S. Eufrasio, que tiene entendido será excluido, solicita otro destino. En 1798 se da por vacante su plaza y se acuerda admitirle como capellán del coro asistiendo con la capilla de música para su instrucción y concurriendo diariamente al Colegio de Seises a dar lección de música, lo que se le hará saber al maestro de capilla. Acaba su función como seise, por razón de edad, pero sigue su labor en el canto, al mismo tiempo que continúa con su formación musical en el mismo colegio. Una forma de promocionar sin cambiar de centro.

Del siglo XIX sólo tenemos una noticia más que aportar, y con ella terminamos: en 1837 se ve un escrito de Francisco Javier Serrano, sargento primero licenciado del Regimiento de Caballería de Borbón, residente en Jaén, diciendo que desde hace dos años tiene un hijo en la colegiata de Ubeda y que en su edad de 9 años demuestra buena voz e instrucción musical, por lo que pide que se le coloque en el Colegio de Seises. Se acordó que se le tenga presente cuando surja una vacante y haya de proveerla, previo examen y demás requisitos que procedan. No hay más noticias sobre el caso.

Al final de esta exposición queda una pregunta sin contestar ¿Qué tenía de especial la voz de los seises procedentes de Ubeda? ¿Eran o no voces cultivadas en alguna de sus iglesias bien dotadas para la música?



COLOFÓN

ACABOSE DE IMPRIMIR ESTA OBRA, EN LA
MUY NOBLE, FAMOSA Y MUY LEAL CIUDAD DE JAÉN,
EN LOS TALLERES DE CATENA 3, S.L. DE JAÉN,
EL DÍA 25 DE NOVIEMBRE DE 2005,
FESTIVIDAD DE SANTA CATALINA
DE ALEJANDRÍA.



